

LA FAVORITA DEL SEÑOR

Ana Teresa Torres

I

Mi nombre es Aisa-Umm-al-Hakam, hija del valí Al-Munim-Umm-al-Hakam y de su decimoséptima concubina Yadiyá, nieta de Ibn-Ganiya, destronado por Mutasim-al-Hakam a mediados del siglo XII de la era cristiana. Fui la sexta hija de Yadiyá, después de tres mujeres y dos varones; uno desapareció en extrañas circunstancias al nacer, y el otro, Mahib, educado para suceder a mi padre, murió tempranamente.

Cuando nació Yadiyá lloró la desgracia de haber tenido otra niña y me entregó al eunuco para que me arrojara al mar, pero éste, de mejor corazón que aquella loba, me guardó e hizo que me alimentara una de mis primas, a quien se le había muerto el recién nacido. Viendo mi madre que yo había sobrevivido, me aceptó a su lado y crecí en el harem de Al-Munim donde viví hasta la edad de diecisiete años, cuando Roger de Tamarit invadió la isla con otros señores cristianos y mató a mi familia, incendió el alcázar y la mezquita, y me llevó consigo a su castillo para servir a su esposa, mi señora Helena de Tamarit.

Tamarit es un castillo situado a la orilla del mar, en el Levante de la península donde mi pueblo estableció el reino del Al-Andalus. Aún debe alzarse su torre, que, en mi recuerdo, se llamó Torre de la Mora. Pero antes de relatar cómo sucedieron los acontecimientos, me place recordar mi niñez en la isla en que nació pues fue el momento más dulce de mi existencia.

Debo decir que Yadiyá, a quien no deseo llamar madre, me educó como correspondía a mi rango y que si no fuera por las circunstancias que ya mencioné, mi destino habría sido casarme con algún secretario o consejero de mi padre o trasladarme al harem de un sultán del sur, donde hubiera podido llegar a ser una concubina o quizás una esposa. Pero nada de esto ocurrió y mi vida tomó un camino imprevisto.

La casa de las mujeres estaba emplazada dentro de la alcazaba. Tenía tres patios adornados de fuentes y de flores, y tantas salas que me pregunto si alguna vez las recorrí todas. Herméticas celosías defendían el secreto de lo que en ellas acontecía, bajo la mirada de los eunucos, vigilantes de que las mujeres guardáramos orden y nuestro solaz no traspasara sus disposiciones. Sin embargo siempre una gran algazara hervía en nuestras habitaciones y patios, en los baños y salas. Vivíamos creo que más de doscientas personas, entre las esposas, las concubinas, los niños, los eunucos, las nodrizas, maestras, esclavas y sirvientas. Era una ciudad dentro de otra ciudad, y dentro de ella también existían diversos reinos. Yadiyá dirigía uno de ellos. Aunque era una concubina sin importancia, y después que me concibió mi padre nunca la volvió a visitar, ella se preciaba de haber sido una de sus favoritas. Nunca pude comprobar este honor que endulzaba los años en que ya había perdido su juventud. Decía Yadiyá que mi padre Al-Munim había querido desposarla y que las intrigas de otra concubina lo habían impedido. Su mayor esperanza estuvo puesta en que mi hermano Mahib llegara a sucederle, pero mi tío, quien era muftí del palacio, lo mandó a envenenar en favor de su propio hijo, mi primo Yacub. La muerte de Mahib agrió el carácter de Yadiyá y a partir de entonces, me contaba Tamím el eunuco, no tuvo otro pensamiento que volver a darle un hijo a Al-Munim. Pero nació yo y debió renunciar a sus ambiciones. Crecí en el amor del Señor, del Único, del Amo, y en el destino de obtener el goce de ser su elegida, al igual que todas las otras niñas y mujeres que me rodeaban, como me lo enseñaron mi nodriza y mis maestras de danza y de música, como me lo transmitieron las viejas que cuidaban de nuestra educación y me concedieron el don de leer y escribir en bellos signos.

Cuando tenía diez años jugaba con otras niñas en uno de los patios, alguien me empujó y me rompí una ceja contra el saliente de una columna. Las mujeres que vigilaban nuestros juegos corrieron conmigo en brazos para curarme porque sangraba

mucho, y una de ellas mientras limpiaba mi herida me relató un sueño. Yo estaba en su visión rodeada de palomas que comían en mis manos, y era ese el signo de que yo sería algún día la favorita del Señor.

—¿Cuándo tuviste ese sueño? —le pregunté.

—Hace ya tiempo —me dijo—, cuando dejaste la nodriza y comenzaste tu educación.

—¿Y por qué no me lo habías contado antes? —insistí.

No me quiso dar otra explicación pero me prometió que siempre que soñara algo de mí me lo diría. Ella era Naryis-al-Abbas, y su primer nombre quiere decir junco, porque era la mejor bailarina del harem, y la que me enseñó la danza más completa, pues sabía mover el vientre hasta llegar a la decimotercera posición. Naryis nos decía que si nuestro Señor era muy gordo esa era la única posición en que podría penetrarnos, pues había hombres tan obesos que, si la mujer no sabía abrir sus piernas de aquel modo, no lograrían nada. Todas nos reíamos de aquello y jugábamos a decir que esperábamos que el Todopoderoso nos reservara a alguien de mejor aspecto que un barril grasiento.

Mi padre fue siempre un hombre delgado, de musculatura fina, de largos brazos y piernas, que aun en su madurez, pues cuando yo nací tenía treinta años, parecía un bello joven. Lo vi tres veces en mi vida. La primera, siendo niña, un día que vino a nuestra casa y estuvo toda una tarde con nosotras, mientras las mujeres cantaron y bailaron para él. La segunda, desde el ajimez, montado en su caballo, saliendo de caza, y la tercera cuando Roger de Tamarit entró a saco en el palacio y mi padre le suplicó llorando que no me llevara consigo. Pero el Señor de Tamarit, sin bajarse de su montura, lo decapitó en el instante. Esas fueron las tres veces en que vi al Gobernador, mi padre, y su recuerdo es para mí el fresco olor de sus vestidos y la bella sonrisa de sus hermosos dientes.

El día que mi padre, Al-Munim, había decidido visitar la casa de las mujeres, llegó todo vestido de blanco, y cuando atravesó el patio principal nos arremolinamos en la galería de la planta alta para verlo pasar. Se dirigió a la sala mayor y los eunucos nos ordenaron bajar. Sentado en los cojines más ricos guardó silencio y dio comienzo a la fiesta. Yo estaba entre las otras niñas, en la última fila, y apenas si lograba distinguirlo entre las cabezas de tantas mujeres. Se inició el baile y las danzarinas se adelantaron frente a él. Cantaron y recitaron, y a mediodía las viejas dispusieron la presentación de la comida. Al-Munim invitó a algunas de las concubinas a sentarse junto a él para compartirla y pude observar la expresión de disgusto de Yadiyá por no haber sido llamada. Mi padre reunió junto a él a unas ocho o diez mujeres, escogiéndolas entre las más jóvenes, y entre ellas estaba Naryis, quien recitaba zéjeles para el agrado del Señor. Las niñas nos adelantamos a servir los platos y los depositamos a su alcance para que los probara y luego invitara a las escogidas a comer. Así fueron pasando las tortas de hojaldre relleno de carne picada de pichón, mezclada con pasta de almendra, el cordero estofado y sazonado con comino, los platos de ave especiados con hierbas y aceitunas, las tortas de piñones, las nueces picadas, los pasteles de avellanas y miel, y las copas de vino. Cuando terminaron de comer, Al-Munim enjuagó su boca con agua aromatizada, y con una palmada despidió a las mujeres que lo habían acompañado. Todas esperaban saber cuál sería la elegida para acompañar al Señor en su lecho.

Naryis se quedó sentada a su lado. Las esposas y concubinas no pudieron impedir un suspiro de decepción y enojo, pues Naryis era una danzarina esclava y las concubinas consideraban que a ellas les tocaba en primer lugar el honor de estar con él. Pero Al-Munim las despreció, y sentado junto a Naryis ordenó que continuara el entretenimiento. Salió así una danzarina que hacía juegos acrobáticos, y después dos

muchachas que dominaban los juegos malabares, y pude ver los bellos dientes de Al-Munim reír con el espectáculo.

Tamím anunció que a continuación Naryis bailarí sola, por deseo de nuestro Señor, y que mientras la danzarina se preparaba, nos invitaba a comer del rico banquete. Fue entonces cuando me di cuenta de que habían transcurrido varias horas sin comer ni beber nada, y me dirigí junto con las otras niñas hacia las fuentes donde reposaba todavía una gran cantidad de manjares que Al-Munim y las escogidas no habían consumido. Pero no tenía hambre. Apenas si probé algunas migajas y bebí un poco de jugo de membrillo. Mis ojos estaban fijos en él. Sentía mi corazón como si hubiera bebido del vino que las viejas tragaban y me parecía que el tiempo se había suspendido y que nada de lo que ocurría a mi alrededor existía verdaderamente. Escuchaba lejanas las voces que nos ordenaban sentarnos y guardar silencio para contemplar el baile de Naryis. A pesar del ruido que producían las gargantas de tantas mujeres y las panderetas que acompañaban a la bailarina, estaba absolutamente sola en la contemplación del Señor, mi padre, Al-Munim.

Siempre me producía mucha alegría contemplar a Naryis en su baile y todas deseábamos llegar algún día a bailar como ella, pero aquella tarde no le dirigí mis ojos ni una sola vez. Un intenso dolor en lo más profundo de mí me había inundado por completo. Mi mirada había quedado enganchada del rostro de Al-Munim, la blancura de sus vestidos estallaba en luz dentro de mis ojos, y yo de pronto reconocí en mi interior que el Señor, aun cuando fuera mi padre, era todo mi deseo. No lograba poner en palabras lo que me ocurría en aquel momento, sólo la dolorosa mirada que me unía a él, y saber que su presencia era todo para mí. No podía pensar en un mayor tormento que en su próxima desaparición, pues sospechaba que cuando el baile de Naryis terminara él se iría de nuevo a sus aposentos y su ausencia sería para mis ojos como quedar ciegos.

En aquel estado no me había dado cuenta de que Naryis se había acercado hacia donde yo me sentaba junto a las otras niñas, y agarrándome del brazo me llevó hasta el centro del salón. Me invitó así a bailar con ella para el Señor, y según parece lo hice muy bien. No puedo recordarlo. No sé cuánto tiempo duró el baile ni cuáles fueron los pasos que en aquel momento logré dar. Sólo recuerdo que cuando la música cesó, Al-Munim me llamó a su lado y me preguntó mi nombre.

—¿Eres hija mía, Aisa? —me volvió a preguntar.

—Yadiyá me dijo que soy hija de ella y de mi Señor Al-Munim —logré contestar.

Él se rió y pude sentir la frescura de su boca y el fuerte perfume de algalia que se desprendía de sus vestidos.

—A veces las mujeres mienten —contestó entre risas.

Yo me quedé en silencio. Ninguna palabra se me ocurría.

Después Al-Munim se levantó, se despidió, y salió de nuestra casa.

Anocheía. Yo subí a mi habitación sintiendo un peso profundo y sin poder atender a las bromas y a los comentarios de mis compañeras de habitación. No reparé en que Tamím subió detrás de mí y me llamó. Sin decirme una palabra me tomó de la mano y salimos de la casa. Atravesamos la calle que la separaba del palacio del Señor, y juntos recorrimos sus salas y patios. Por fin nos encontramos frente a sus habitaciones.

—El Señor te espera —me dijo Tamím, y abriendo la puerta me hizo entrar ante la presencia de mi padre.

La puerta se cerró tras el eunuco y quedé sola ante él. Al-Munim me tomó de la mano y me condujo a una mesa en la que se disponían algunos platos de dulce y frutas. Me invitó a probarlos y yo lo hice por temor a desagradarlo, pero en verdad mi garganta no aceptaba nada. Al-Munim se despojó de su ropa y quedó vestido solamente con sus

calzones y la camisa. Desenrolló las medias que tapaban mis piernas y retiró mis zapatos, así como las joyas con las que aquel día me habían adornado. Soltó mi pelo que había recogido en unas trenzas, y me preguntó si sabía jugar al ajedrez.

Asentí con la cabeza y me condujo a la mesa donde estaba dispuesto el tablero. Hicimos varias partidas, en las que él me felicitaba por mis buenas jugadas y se reía cuando yo lograba desaparecerle alguna pieza. Me dejaba ganar simulando que no lograba desbaratar mi juego, y pensaba largo rato antes de iniciar un movimiento, como si el mío hubiera sido tan hábil que no lograra responderlo. Durante el juego me preguntó cosas sencillas de mi vida, como cuáles eran mis distracciones preferidas, o los nombres de mis amigas favoritas, mi comida predilecta o mis aficiones musicales. No recuerdo mis respuestas. Sé que hablaba pues él me volvía a preguntar, pero no sé qué le decía yo a él. Trataba de que mis palabras le agradaran pero, al mismo tiempo, eran como palomas que volaban lejos de mí sin que yo pudiera retenerlas ni dirigir su vuelo.

Cuando terminamos de jugar, me sentó en los cojines que estaban junto a la ventana y me acomodó entre sus piernas. Me acarició el pelo y los ojos. Yo le daba la espalda y no podía mirar los suyos. Sus manos recorrían mi cabeza y yo sentí un estremecimiento que me provocó un impulso a vomitar pero logré contenerme. Entonces se acostó boca arriba y me sentó a caballo sobre él. En esa postura continuó acariciando mi pelo y mis ojos, sus manos recorrían mi nariz y mis labios, cuando su dedo entró en mi boca yo sentí la inclinación de chuparlo. Estuve haciéndolo un buen rato y un calor desconocido comenzó a recorrerme. Al mismo tiempo experimentaba la sensación de que estaba mareada y que podía perder el conocimiento, pero Al-Munim, quizá comprendiéndolo, me apretó contra su pecho y me dijo palabras de consuelo que tampoco recuerdo.

Después me tomó en sus brazos y me acostó a lo largo de su cuerpo. Mi cabeza llegaba a la altura de su pecho y mis pies tocaban sus rodillas. Acarició su miembro hinchado y llevó mi mano hacia él para que pudiera experimentar su llenura. Yo besé sus manos que continuaban acariciándolo, y después tomó mi cabeza y la acercó de modo que mis labios pudieran rozarlo. Con suavidad Al-Munim lo introdujo en mi boca y, aunque era demasiado grande para contenerlo, continué sorbiéndolo como él me había enseñado a hacer con su dedo. Sentí entonces despertar en mí una avidez nueva y esperé que en mi boca se derramara su leche, pero él se contuvo y no ocurrió.

Extendió mi cuerpo sobre los almohadones y me quitó la camisa que lo cubría. Quedé así completamente desnuda frente a mi Señor. Él empezó entonces a lamerlo, acunándome en sus brazos, hasta que se detuvo en los botones que eran todavía mis pechos y estuvo prendido de ellos largo tiempo, como si bebiera el más dulce de los líquidos. Con una mano acarició mi sexo y con la otra introdujo un dedo en mi anillo. De ese modo ambas manos entraron dentro de mí y yo sentí su lucha por encontrarse. Un grito parecía desprenderse de aquel espacio que las manos de mi Señor estrechaban y de nuevo sentí un mareo y temí desmayarme.

Entonces Al-Munim me pidió que lo besara en los labios mientras apretaba mi cuerpo contra su miembro y sentí así la frescura de su aliento. Su miembro erguido acariciaba mi sexo y yo deseaba que me penetrara pero, al mismo tiempo, temblaba de temor porque era tan grande que sabía que, si lo introducía, sería para mí muy doloroso. Pero no lo hizo. Mi padre volteó mi cuerpo y quedé boca abajo para que pudiera lamer mi espalda e introducir su lengua en mi interior, y así estuvo un buen rato hasta que de nuevo me volteó hacia él y volví a sentirlo dentro de mi boca. De pronto, bruscamente me apartó y su jugo estalló cayendo sobre mi rostro. Mojó, entonces, un pañuelo en el agua de la jofaina y lo limpió con cuidado. Después me acunó de nuevo y yo me entregué al sueño entre sus brazos.

Cuando me desperté estaba en mi habitación, en mi cama al lado de las otras niñas. Era de día y escuché las voces y el murmullo de las conversaciones que acompañaban el despertar en la casa de las mujeres. Naryis se acercó a mí y me dio los buenos días.

—Tuve un extraño sueño anoche —le dije en voz baja—; soñé que mi padre me poseía.

Miraba fijamente a los ojos de Naryis para saber, a través de ellos, la verdad.

—¿Qué recuerdas de tu sueño? —me preguntó.

—Recuerdo el fresco olor de su boca y el fuerte aroma de algalia en sus vestidos —contesté—, la firmeza de sus manos y la dureza de sus huesos, la suavidad de sus labios y el calor de su lengua.

—Yo también tuve un sueño anoche. Te vi en un caballo blanco recorrer la arena.

Comprendí que mi cuerpo no había soñado y que verdaderamente aquella noche había sido la favorita de Al-Munim.

Poco después cumplí once años.

Era mi mayor placer ir al hamam. Nuestra sala de baños tenía fama de ser, según oí decir, una de las más espaciosas y mejor provistas del Al-Andalus. Nos llevaban por la mañana, cuando ya el sol quemaba los ladrillos, a la primera habitación. Allí nos quitábamos la ropa y las masajistas preparaban nuestro cuerpo para el ejercicio. Luego pasábamos a la alberca en la que los eunucos nos enseñaban a nadar y, después de la clase, nos permitían disfrutar de su frescura y jugar a perseguirnos unas a otras.

Ocurrió un día que yo me bañaba desnuda con mis compañeras y nos salpicábamos a propósito, cuando una de ellas propuso jugar a empujarnos a la alberca. La que cayera al agua debía inmediatamente volver a salir y correr para empujar a otra. Me tocó el turno y empujé a mi prima Fátima, causando las carcajadas de todas pues era muy gorda y cayó levantando una gran cantidad de agua. Parada al borde de la piscina, mi vista recayó en Naryis. Estaba a poca distancia de nosotras pero yo no la había notado. Sus ojos tocaron mi cuerpo y yo me sentí turbada.

Después entramos en la sala templada, en la cual las maestras de ejercicios nos reunían en fila y nos obligaban a los saltos y contorsiones que preparaban nuestro cuerpo para la danza. Enseguida accedimos a la sala caliente para que las viejas nos enjabonaran y untaran nuestra piel con aceites y perfumes de limón y ámbar, y por último nos esperaba la sala fría en la que los eunucos derramaban sobre nosotras las jofainas de agua limpia hasta dejar el cuerpo reluciente, después de lo cual nos vestimos y pasamos a las salas de enseñanza para aprender a escribir y recitar poesía.

No vi más a Naryis en todo el día. Después de la cena, sin que yo hubiera tenido tiempo de darme cuenta de su presencia, se acercó a mí y me llamó aparte.

—Tuve otra visión —me dijo al oído.

—¿Y cuál era? —le pregunté curiosa.

—Una loba comía de tus pechos —me contestó.

—Pero es una visión muy triste —dije apenada—. Trae mala suerte.

—No es esa su interpretación, Aisa. Quiere decir la visión que tu cuerpo es una ofrenda más delicada que un cordero.

Sorprendida por sus palabras no quise decírselas a nadie. Revelar los sueños puede hacer que no se conviertan en realidad y yo quería más que ninguna otra cosa que mi cuerpo cumpliera el destino para el que con tanto cuidado había sido preparado. Cuando ocurrió esa visión de Naryis yo tenía trece años, ya mi sangre se había evidenciado y mis pechos eran, como dice un poeta, alondras que pedían acariciar el viento. Naryis me había enseñado todas las posiciones del baile y yo era su alumna preferida. Mi voz era clara y suave a la vez, y sabía tocar el laúd con bastante precisión. Había aprendido muchos poemas que podía recitar para la dulzura de mi amado, y en los atardeceres sentía el calor bajar a mi sexo pidiendo agua que lo refrescara. Mis brazos y piernas habían sido adiestrados para enroscarse como una culebra en torno a la cintura de mi Señor y sólo esperaba que llegara el momento de encontrarlo. Pero Naryis me enseñaría más.

Aquella noche en que me comunicó su visión, cuando las demás dormían se coló entre los cojines sobre los que yo descansaba.

—¿Duermes, Aisa? —me susurró, y sin que yo le contestara rozó mis labios con los suyos.

Pasamos toda la noche envueltas la una en la otra y me dormí sintiendo la tenue presión de sus dedos sobre mis sienes y el olor que sus manos dejaban en mi cuello. Cuando desperté no estaba a mi lado.

A la noche siguiente busqué su mirada antes de irme a acostar, pero como viera que sus ojos no me seguían me acerqué a ella y le pedí que volviera conmigo. Su negativa me causó una dolorosa sorpresa.

—¿Cómo es posible —le dije— que me hayas hecho beber tu leche para luego darme sed?

—Fue parte de tu educación, pues ya te dije que tu destino es ser la favorita del Señor.

Irritada me volví a mi lecho, no sin antes decirle que no necesitaba de sus lecciones si estas habían de ser tan duras. Pero Naryis no se conmovió por mi enfado y al día siguiente me llamó para la clase de danza como si nada hubiera ocurrido entre nosotras.

Por las tardes cada una disponía de su tiempo. Había quienes disfrutaban de pasar las horas peinando sus cabellos, trenzándolos y destrenzándolos, o rebuscando en los cofres los utensilios para el embellecimiento. Así se pintaban las uñas con alheña roja, y las cejas y pestañas con colirios negros, o se echaban en el pelo ungüentos de arcilla para volverlo sedoso o lo lavaban con pétalos de rosa y azafrán para que su apariencia resplandeciera. Sentadas en los cojines, algunas bordaban la seda o hacían velos y camisas, o se probaban brazaletes y collares y discutían por los regalos que habían recibido, pues mi padre siempre enviaba joyas y perfumes al harem para contento de todas. Otras se dedicaban a la cocina, pues muchas de las concubinas, entre ellas Yadiyá, que ya habían perdido la esperanza de ser llamadas al lecho del Señor, tenían como fuente de alegría la entrega a la comida. Bien es cierto que nuestros platos son los más sabrosos y atractivos al paladar, y que su preparación fue después una de mis prendas alabadas por los señores de Tamarit, pero nunca encontré en la comida un sustituto apropiado de otros placeres. Mi mayor venganza contra Yadiyá, que me dio la vida para después querérmela quitar, era bailar ante ella y mostrarle mi cuerpo terso y ágil como un pez. En las cocinas de la casa de las mujeres, ella y las otras viejas pasaban las tardes engullendo pastas y almendras, mojándolas en vino, y consumiendo bandejas de higos y dátiles sin descanso hasta la hora de la cena en la que volvían a comer varios platos más, y así un día tras otro Yadiyá, cuando murió aplastada por las piedras que lanzaron los hombres de Roger de Tamarit, pesaba más que dos carneros juntos.

Yo trataba de encontrar a Naryis en medio del bullicio de las conversaciones de la tarde pero su presencia era siempre evanescente. Siempre parecía estar en otra cosa. Si pasaba era rápidamente y dirigiéndose hacia otra sala; si por casualidad se sentaba un rato con las otras jóvenes de su edad, se levantaba apenas yo aparecía; si le pedía que nos repitiera algún movimiento de la clase de danza, evadía mi petición.

Volví a verla durante una de las clases de poesía. Recitábamos por turno los versos que habíamos aprendido y me tocó a mí. La maestra me llamó para que me adelantara al centro de la sala y me dijo que escogiera los versos que más me gustaran. Me levanté de la rueda que formaban mis compañeras y al pararme frente a la maestra vi que detrás estaba Naryis observándome. Sentí de nuevo sus ojos fijos en mi cuerpo y me pareció que me bañaban en tibieza.

—Mis versos favoritos son los que tratan del amor —le dije a mi maestra.

—Di los que tú quieras —me insistió— y dinos el nombre del poeta.

—Son unos poemas de Al-Buhturi que tú nos enseñaste —y comencé a recitarlos.

*Tu amor, que cautiva,
me infligió su tormento,
y lo que en ti seduce
me engañó.
Yo era libre
y tú, esclava;*

*yo caí en servidumbre
y tú recobraste la libertad.*

Mientras mis labios decían los versos mis ojos no podían separarse de los de Naryis. Había aprendido aquellas palabras tan bien que mi memoria se veía libre y podía así hablar sin en verdad saber qué decía. La mirada de Naryis sobre mi cuerpo, y al encuentro de la mía, me turbaba de tal manera que me parecía estar a solas con ella. Las otras niñas aplaudieron y mi maestra me incitó a continuar. Recité entonces estos:

*Nunca olvidaré
nuestra noche
en un largo abrazo
cuando el raudo viento
del deseo
mezclaba unas con otras
las flexibles ramas.*

Cuando terminé bajé la cabeza para limpiarme una lágrima sin que nadie se diera cuenta, y cuando volví a levantarla Naryis había desaparecido. No dormí esperando que ella acudiera a mi lecho, pero no lo hizo. Pensé que aquella noche en que había dormido conmigo era un capricho ya saciado y que nuestro encuentro no se volvería a repetir. Me prometí a mí misma continuar mi educación para ser la favorita del Señor y no volver a comprometer mi corazón con mi cuerpo.

Una de nuestras distracciones preferidas era imaginarnos con quién nos casaríamos y pelearnos por el príncipe más bello o el amo más dulce. Decía yo entonces que, aunque nada más fuera por ver el mar, quería abandonar nuestra casa y casarme en la península. Era tanto lo que se hablaba de la riqueza de nuestras ciudades en el sur que yo le aseguraba a mi prima Fátima que haría todo lo posible por llegar a ser la esposa de un sultán de Granada, pero ella se reía de mí y decía que no era mi nombre suficientemente grande para tanto, y tendría que conformarme con algún funcionario. Mi prima Fátima era hermana de Yacub, hija de un muftí y de una hermana de Yadiyá. Y yo era de rango superior.

—Soy hija del valí —le recordé cuando se burló de mis aspiraciones.

—Pero en esta isla perdida nadie sabe de ti, y tu padre no es un guerrero importante. Sólo se ocupa de disfrutar de las mujeres y de la caza. Cuando mi hermano Yacub le suceda, yo seré digna de ser la esposa del hombre más importante de nuestro pueblo.

—Eres gorda y poco agraciada. Si te eligen pasarás los días cuidando de tus hijos y comiendo pues tu esposo nunca te buscará.

Me pareció que la había herido y le pedí perdón. Quise mucho a Fátima y fuimos hermanas. Nuestras rencillas no pasaban de ser juegos de niñas y sentí un profundo dolor cuando vi su cuerpo ensangrentado el día en que Roger de Tamarit invadió nuestro reino.

Cuando aquel año llegó la fiesta del Mahrayan, a la que yo nunca había asistido, Al-Munim concedió el permiso para que las mujeres pudiéramos participar de ella, y fuimos conducidas por los eunucos y los guardias. Fue esta la primera vez que yo salí de la casa de las mujeres.

Descendimos por las calles hacia el centro de la población, en medio de los cantos y de la música. Apretadas unas contra otras, todas las mujeres formábamos un

bulto que se movía al unísono. Algo me detuvo, al principio no lo reconocí, pero luego sentí el deseo de Naryis en la punta de unos dedos que acariciaban mis pezones. Un grupo de muchachas nos empujó y las manos de Naryis se desprendieron de mi cuerpo, de nuevo se perdió entre el gentío y no pude encontrarla durante la fiesta. No había volteado mi rostro para verla pero estaba completamente segura de que era ella, y a pesar de ser el Mahrayan nuestra fiesta más hermosa no recuerdo nada de aquella celebración. Cuando anochece los eunucos nos recogieron, subimos hacia la alcazaba y mis pensamientos estaban vacíos. Subíamos despacio pues la cuesta era empinada y nadie se fijaba en mí; todas hablaban acerca de la fiesta y todavía acompañaban con sus cantos al pueblo, cuando en una esquina Naryis me abrazó y me deslizó hacia el interior de una de las últimas calles antes de llegar al palacio. Me empujó en la oscuridad y recostándome sobre la pared me besó profundamente. Después volvió a empujarme para que me uniera al resto de las mujeres que se alejaba.

Esa noche estuve segura de que ella vendría a mi encuentro, pues había tocado en sus labios su deseo, y pretextando que la música y el griterío me habían fatigado me acosté y fingí dormir. Naryis esperó a que mis compañeras de habitación estuvieran dormidas y aquel tiempo se me hizo tan largo que me parecía morir en la espera, pero finalmente terminó y Naryis apareció frente a mí. Se agachó y me dio la mano para que la acompañara a la habitación donde ella dormía con las esclavas. Era una gran sala en la que yo nunca había estado. Escogió un recodo, separado del lugar donde las otras jóvenes descansaban, y en él transcurrió lo siguiente:

Se alargó al lado mío y me dijo:

—Hermana.

Pensé que era una manera de hacerme sentir su proximidad pero Naryis continuó:

—Soy hija de Yadiyá y de Al-Munim, como tú.

Mi sorpresa pedía una explicación.

—Sí, fui la tercera hija de Yadiyá y ella me repudió al nacer. Dijo que su hijo había desaparecido y que yo era hija de una esclava que estaba de parto por los mismos días que ella. Cuando tú naciste también te hizo desaparecer y Tamím te salvó.

—Lo sé —le dije llorando.

—Fui entregada a la esclava, quien me tomó por suya, pues estaba tan fatigada y quebrantada del parto que no se dio cuenta de que su verdadera hija había muerto.

—¿Todo eso te lo contó Tamím? —le pregunté.

—Todo eso me lo contó nuestro padre, Al-Munim.

Conocer el origen de Naryis me conmovió en sollozos y ella me tomó entre sus brazos. Sentí que mi piel anhelaba extenderse a lo largo de su piel y que no podía esperar más para sentir el placer que ella me había anunciado con su beso cuando me escondió en la oscuridad de la calle. Quería conocerla hasta el último pliegue; extasiarme frente a sus ojos y dejarme devorar por ellos mientras mis manos apretaban la cintura de junco que le había dado nombre; que me contemplara hasta que ambas nos perdiéramos en la continuidad de nuestra mirada; que me pusiera encima de ella para que el vello de nuestros pubis se enredara sin que fuera posible distinguir uno de otro y que sus pezones acariciaran los míos mientras nuestras lenguas se cruzaban sin que pudiera saberse cuál era la suya y cuál la mía.

Quería tomar su pelo para tapar en él mi cara y oler su perfume de modo que se adhiriera a mi piel hasta que exhalara de mi propio interior. Y sentía un impulso irrefrenable, quería que Naryis obligara a mi cuerpo, aún más pequeño que el suyo, a arquearse boca abajo mientras ella se cimbrea sobre mí como si se tratara de un animal de dos cabezas. Deseaba que Naryis hundiera su mano en mi vacío y todo mi

cuerpo ardía en el solo pensamiento de que nadara en mi pozo más profundo, mientras mi boca recibía la suya y yo saboreaba su saliva como la más intensa bebida.

Y todo eso que deseaba ocurrió. Naryis extrajo de mí un gemido profundo y luego me sobrevino una ensoñación en la cual me encontraba viajando en otras esferas. No quería bajar de allí pues temía que ella, como en otras oportunidades, desapareciera de mi lado, pero en medio de mi respiración escuché la suya hablándome con palabras tan íntimas y tan hondas que me turbaban. Entonces me atrajo de nuevo junto a ella y enlazándose a mi cuerpo estuvimos conociéndonos hasta que guió mi mano a su interior y dejó que mis dedos lo recorrieran. Luego, llevada por el deseo de poder sentir que su piel y la mía eran la misma, profundicé mi lengua en ella, y después la abracé para sostener el llanto que su placer le provocaba.

Cuando me desperté Naryis dormía junto a mí y debía ser muy tarde pues ya el sol calentaba y la habitación había quedado sola. Su mano estaba entre mis pechos y ella permanecía abrazada a mí.

Este fue nuestro último encuentro. Días después me comunicó que mi educación estaba terminada y que ya había sido preparada para cumplir mi destino. Sin embargo, y a pesar de que mi deseo no se había secado, no le guardé rencor por ello. Al igual que la noche que estuve con mi padre, fueron momentos que se grabaron en mi cuerpo para siempre, sin desgastarse por el tiempo. Pocos meses antes del aciago día en que las huestes cristianas entraron al asalto, Naryis me anunció que había tenido otra visión.

—Un león arrastraba tu cuerpo.

—¿Y cuál es su sentido? —pregunté.

—Es de mal agüero. Pero después un pájaro de muchos colores te transportaba en su pico por encima del mar.

—¿Cómo es el mar, Naryis? ¿Tú lo has visto? —quise saber.

—Yo nunca lo he visto pero tú lo verás.

Nada más me dijo de sus visiones. No sé si su conocimiento le permitió adivinar el curso de mi vida a partir de la ocasión en que contra mi voluntad abandoné la isla en la que había nacido. Tampoco a partir de entonces supe más de ella, y supongo que, como la mayoría de nosotros, murió aquel día.

III

La casa de las mujeres en el palacio de mi padre estaba situada en la parte más baja de la alcazaba. Salí de ella dos veces: el día en que Tamím me llevó en la oscuridad ante la presencia de Al-Munim y el día del Mahrayan en que dormí con Naryis. La primera vez que vi el mar fue durante la travesía desde mi isla hasta el castillo de Tamarit. Al dolor de los estragos que Roger de Tamarit y sus huestes causaron en mi ciudad y en mi gente, se opuso la maravilla de aquellas aguas que tanto había deseado. Pensé que si me hubiera ido a Granada o a Córdoba, como anhelaba de niña, tampoco hubiera regresado a la isla y a los míos, y ese pensamiento, aunque burdo, me consolaba de su definitiva ausencia. De nada hubiera valido intentar oponerme a los que me llevaban cautiva y sólo me quedaba esperar que no arrojaran sobre mí su rito de agua para convertirme en cristiana. Cuando vi por última vez a mi padre, y su bella cabeza rodar bajo la espada de Roger, a mi odio se unió el irrenunciable orgullo de ser islamita.

Llevaron consigo varios cautivos, todos los que cupieron en sus naves. Entre los rehenes había también otras mujeres, pero casi todos eran hombres que capturaron para emplearlos en los cultivos de sus tierras. Roger de Tamarit, cuando ya la nave se había alejado de la costa, y estaba seguro de que nuestros gritos no se escucharían en la isla, aunque ciertamente eran pocos los sobrevivientes que desde ella pudieran oírnos, hizo sacarnos a la cubierta, pues nos habían apelmazado en la sentina. Nos separó según nuestras virtudes. Arrojó al agua a dos mujeres que le parecieron demasiado viejas y a uno de los hombres que había recibido una herida y sangraba tanto que no podría resistir el viaje, en quien reconocí a uno de los guardias de mi padre. Me fue ordenado pasar ante él y luego me volvieron a mi puesto entre las otras mujeres capturadas en las casas del poblado.

Oscurecía lentamente cuando Roger me mandó a llamar y me hizo sentarme a su lado, en la torre de la nave. Yo no hablaba entonces su lengua, de modo que no podía contestar a sus preguntas, empeñado como estaba en que yo le respondiera. Comencé a llorar y creo que se convenció de que mi silencio no se debía a mi rebeldía sino a ignorancia. Me señaló el poniente que a lo lejos se contemplaba. La belleza de aquel espectáculo, insólito para mí, sobrecogió aún más mi tristeza.

Entregarse a quien se odia es una prueba difícil. Recordé el león que Naryis había visto en sus sueños, arrastrándome en sus fauces, pero también vino a mí la visión del pájaro que me transportaba encima del mar y supe que Roger me había escogido entre las otras cautivas para ser suya. No me sorprendí cuando me acuñó entre sus piernas y besó mi espalda lentamente mientras me hablaba. No saber qué querían decir sus palabras excitó mis sentidos. Su voz era bronca, su pronunciación áspera, y yo intuía en su lenguaje la expresión del deseo que yo le provocaba.

Su poder y su crueldad para matar se trastocaban ahora en una naturaleza desconocida e inesperada y yo percibía en su tono la dulzura que pretendía hacer llegar a mis oídos. Su cuerpo fuerte y grande, sus manos callosas, sus rasgos toscos y su penetrante olor eran para mí una nueva experiencia. Nunca hasta entonces había estado con otro hombre que mi padre, y la delicadeza de los gestos de Al-Munim, su clara y entonada voz, el fresco olor de sus vestidos y de su boca, contrastaban con la torpeza de Roger, y aun así, al sentir sus besos lamiéndome el cuello, me pareció como un ternero joven que buscara a su madre, y un ardor distinto a todos los que había conocido se despertó en mi piel. Cuando su lengua parecía haberse secado, me tomó toda junto a sí y hundió su cabeza en mi seno buscando mis caricias. Su pelo rojizo y encrespado tentó mis manos y mis dedos se perdieron en él. Estuvimos así un largo rato. La noche había caído toda y por primera vez percibí la oscuridad sobre el mar y la profunda emanación

de salitre que se desprendía del oleaje que caía sobre la cubierta. Roger, señalando las constelaciones, trataba de explicarme algo acerca de ellas. Yo le contesté en mi lengua, y ambos nos reímos de nuestro diálogo imposible. Por fin él recordó una palabra árabe, «estrella», y la repitió incansablemente, como un niño que aprende a hablar. Decía: «estrella, estrella, estrella», y luego me enseñó a decirla en su lengua, y a mi vez, como si también fuera una niña, repetí: «estrella, estrella, estrella».

Besó mi vientre, sus manos buscaron mi sexo y penetraron suavemente en él. Sus dedos estiraban mi piel. Después me besó en la frente y de nuevo me habló, esta vez largamente. Yo entendí que quería decirme que había llegado el momento y que era necesario que contuviera el dolor para obtener luego el placer. Me acostó en el suelo y su miembro hinchado comenzó a empujar mis paredes. Me producía un dolor quemante. De pronto tuve la sensación de una puerta que se abría y de alguien que invadiera todo mi espacio. Luego percibí un calor húmedo y Roger se separó de mí. Comprendí que el acto había terminado sin que yo pudiera gozarlo y al acariciar mi dolorido interior, unas gotas de sangre mancharon mis dedos. Roger me abrazó fuertemente y volvió a hablarme, pero fuimos interrumpidos. Un marinero se acercó dando voces y Roger se levantó de inmediato.

Un amanecer llegamos a Tamarit. Era una pequeña fortaleza que se alzaba a poca distancia del agua, de la cual sobresalía una torre. Roger me señaló con el dedo el castillo y comprendí que me quería decir que allí viviría a partir de entonces. Comenzó a dar las órdenes para arriar las velas y preparar el desembarque y pareció olvidar mi presencia. Sin embargo no era así. Los marineros me ayudaron a bajar y me condujeron hacia el castillo. Entresaqué de las frases de uno de ellos que estaba destinada a servir a la esposa de Roger, Helena, y que me conducían a sus habitaciones. No volví a ver a los otros cautivos. Durante aquel día tampoco vi más a Roger. Se despidió de mí con su ancha sonrisa y me pareció entender que, para él, haber matado a mis padres, a mis hermanas, a Fátima, a Naryis, a Tamím, y a tantos desgraciados como aquella noche cayeron, no significaba nada. Yo no tenía entonces palabras para explicarle mi dolor y la contradicción de mi corazón, y más adelante, cuando pude hacerlo, ya no quise. La última noche de la travesía comprendí que Naryis me había enseñado no sólo el hallazgo de mi placer, sino el don de interpretar los sueños. Tuve una visión en la que aparecía un ternero ahogándose en el mar, y supe que mi sueño quería decir que así mi odio quedaba sumergido en la distancia que separaba mi tierra de esta a la que había llegado.

Un sirviente me condujo hasta el segundo piso donde se encontraba la habitación de Roger y Helena. El castillo me pareció húmedo y sombrío y recorrí sus salas con gran tristeza. Sus pisos eran fríos, sus paredes desnudas y oscuras. Por fin llegamos a la habitación de Helena. Había en ella unos pesados muebles, sin alfombras, ni cojines, ni tapices, con una gran cama en el centro. Era un ancho recinto, y observé que a cierta distancia de la cama se encontraban varios jergones de paja. Helena me indicó el mío. A diferencia nuestra, los cristianos duermen con sus mujeres. Durante el día, en cambio, las mujeres viven en su cámara, dedicadas a la costura y a la rueca o a la lectura de sus libros santos, y aunque no les está prohibido como a nosotras abandonarla, en verdad no lo hacen. Helena me hizo seguirla a través de una escalera de caracol que partía de un recodo del pasillo y subimos por ella. Era la torre en la cual estaba su cámara y la de las otras damas que la acompañaban, dos primas de Roger que eran huéspedes del castillo. Dijo mi nombre en alta voz y las mujeres levantaron los ojos de su costura para mirarme, pero ninguna se dirigió a mí. Sentí odio hacia ellas, yo era la hija de un valí y, al menos, me debían respeto. Después volvimos a bajar a la gran habitación que había

comprendido sería la mía, pues en la cámara de la torre no había camas ni jergones que indicaran que allí podía dormirse. Fue entonces cuando reparé en una imagen aterradora que pendía sobre la cama principal. Era un hombre crucificado y sangrante, y fue mi primera visión del dios de los cristianos.

Helena vio que el llanto me invadía al mirar aquella imagen y me dijo algunas palabras que intentaban consolarme. Su pronunciación era más dulce que la de Roger y supe después que hablaba la lengua de Oc, de las gentes de la Provenza, de donde ella procedía. Por medio de gestos me dio a entender que comenzaría a enseñarme para que pudiéramos comunicarnos. Pero yo no cesaba de llorar. Roger había desaparecido, el silencio de aquel recinto, tan diferente al nuestro donde siempre se escuchaba el vocerío de las mujeres, se me hacía intolerable. Helena me preguntó si tenía hambre y negué con la cabeza. Me arrebujé en el jergón que me había adjudicado e intenté dormir. Debía ser ya noche profunda cuando sentí el vozarrón de Roger y su fuerte olor. Poco después comprendí que estaba poseyendo a Helena. Estuve muy atenta pero apenas si se escuchaba su respiración. En pocos minutos todo quedó en silencio y destapándome el manto que me habían dado pude ver que ambos dormían.

Roger y Helena tenían tres hijos. Las más pequeñas eran dos niñas llamadas Clara y Silene. Nadie parecía haberles enseñado nada, pasaban el día con las nodrizas, llorando y gritando como dos aves que despellejaban, y tratar de hablar o jugar con ellas se hacía imposible. Ningún juego les divertía, ninguna adivinanza les llamaba la atención, y si intentaba que aprendieran al menos a jugar al escondite fracasaba, pues alguna de las dos se caía o se asustaba de quedar sola y era necesario deshacer la partida. Yo no tenía ningún gusto en estar con ellas pero pensaba que, si estaba a las órdenes de Helena, de alguna manera debía justificar mi presencia. A Helena, sin embargo, no parecía importarle mucho de las niñas y no mostraba ninguna atención especial hacia mí por mis intentos de distraerlas. Por lo tanto las abandoné y me limitaba a saludarlas cuando las encontraba por las mañanas. Sus nodrizas no las bañaban nunca por temor a que se resfriaran y ambas apestaban. El hijo mayor se llamaba Enric y debía tener unos diez u once años cuando llegué a Tamarit. Era ya un muchacho bastante alto, de bozo incipiente, que vivía con unos sobrinos de Roger en la otra ala del castillo. Había comenzado su educación de caballero y no se le permitía convivir con su madre. De vez en cuando la visitaba en la cámara de las damas y jugaba conmigo al ajedrez. Era muy iracundo y caprichoso y no soportaba que yo siempre le ganara.

—¿Quién te enseñó a jugar? —me dijo furioso una vez que le gané varias partidas seguidas.

—Tamím, el eunuco.

—¿Y qué es un eunuco?

Se lo expliqué y eso lo enfureció más.

—¿Cómo un hombre convertido en mujer puede jugar tan bien al ajedrez? —contestó airado.

—Pues yo soy mujer y te he ganado muchas veces —le dije riendo, y fue tanta su rabia que tiró las piezas al suelo.

Enric, sin embargo, era más divertido que sus hermanas y tenía al menos interés en aprender costumbres y curiosidades distintas a las que conocía. Le enseñé muchas palabras en mi lengua, y él a mí en la suya. Cuando Roger salía de caza o estaba ocupado en los asuntos de sus tierras, me invitaba a pasear con él y a montar a caballo. Era muy buen jinete y me enseñó a cabalgar. Primero lo hice en su montura, y más adelante me atreví a pasear sola. Descubrí así que cerca del castillo había un pequeño río de escasa profundidad, que corría entre piedras bajando de la montaña, y quedé

maravillada pues nunca había visto uno. Enric me explicaba cosas del campo y de los cultivos y decía que cuando fuera mayor iría con su padre a conquistar reinos de moros. Creo que a veces olvidaba que yo lo era.

La comarca que rodeaba Tamarit me parecía un paraje extraordinario. Desde la casa de las mujeres, en mi isla, no se divisaba el exterior y debía contentarme con las explicaciones que me daban los eunucos o las viejas que habían tenido mayor ocasión de salir de ella. Yo le contaba a Enric que si su padre no me hubiera hecho cautiva mi destino habría sido casarme con un importante hombre en Granada o en Córdoba y vivir en un hermoso palacio rodeado de fuentes y de palomas. Enric se reía de mis fantasías.

—Hubieras sido muy infeliz, los moros tienen muchas mujeres, y a ti no te hubiera tocado más de una vez al año estar con tu marido.

—Yo soy la favorita del Señor –le dije con un gran convencimiento.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque me lo dijo Naryis.

—¿Y quién es Naryis?

—Naryis era mi hermana y los hombres de tu padre la asesinaron –le contesté, sintiendo un profundo abatimiento y a la vez un deseo de matar.

Enric quedó en silencio, sin saber qué decirme. Al fin y al cabo era un niño.

—No me gustaría que mataran a mi hermana –dijo después de un buen rato, como hablando para sí mismo, y luego me cogió de la mano y me invitó a buscar hojas, pues sabía que me gustaba.

Cuando los días eran templados salíamos a recoger flores y plantas. Yo le enseñé a buscar las que se usan para las especias, y las había por cierto muy buenas para condimentar la comida, la que ellos hacían era tan pobre que al principio casi no quería comerla. Me llamaba desagradablemente la atención la manera como todos metían las manos al mismo tiempo en la escudilla o bebían del mismo pocillo, y me daba asco ver cómo desgarraban los alimentos con los dedos, salvo las sopas que sorbían ruidosamente con una cuchara muy basta.

Un día que habíamos salido al campo, Enric no quiso acompañarme más a buscar hojas porque le pareció cosa de mujeres.

—Ya soy un caballero y no puedo perder el tiempo en esas boberías.

Le revolví el pelo con la mano y empecé a perseguirlo para darle a entender que aún me parecía un muchacho. Corrimos hasta que la respiración se nos agotaba y él me empujó al suelo. Rodé debajo de sus piernas y sentí su mirada muy firme entre mis ojos. La sostuve para darle a entender que no le tenía miedo, pues a veces era muy torpe y algo brusco en sus juegos. Comprendí que no me estaba invitando a una lucha. Me miró dolorosamente y de pronto salió corriendo y se perdió entre unos matorrales. Yo corrí tras él pero no lo encontraba. Grité con todas mis fuerzas porque tenía miedo de quedarme sola y no poder luego volver al castillo. Además sabía que Enric estaba sufriendo y no deseaba hacerlo sufrir. Después de dar muchas vueltas, al fin lo encontré tumbado debajo de un árbol, boca abajo. A la vez lloraba y gemía mientras se agitaba el miembro. Esperé a que terminara y cuando lo hizo salí de mi escondite pretextando que lo encontraba sin haberlo visto antes.

—Tuve mucho miedo –le dije.

—Yo también –me contestó en voz muy baja, y dándome la mano apuró el paso hacia el castillo.

Había unos grandes nubarrones en el cielo y corrimos. Cuando llegamos a las puertas estábamos empapados. Enric se acercó a mí y me abrazó tenuemente, luego desapareció y yo subí las escaleras hacia la cámara de las damas.

Helena me estaba esperando preocupada. No me había visto en toda la tarde y temía que me hubiera ocurrido algo. Le dije que había estado con Enric en el campo.

—Enric ya no es un niño y no debes jugar con él —me contestó secamente.

Le confesé que me aburría estar todo el tiempo en el castillo. No me gustaba coser, no sabía leer en latín ni en romance, y pasar todas las tardes mirando por las ventanas de la torre me secaba el alma.

—Pero, en cambio, las noches las pasas muy divertidas —me cortó.

Yo había pensado que Helena dormía cuando Roger bajaba de la cama grande y se acostaba conmigo en el jergón. Guardé silencio.

—A Roger parece que le gustan mucho tus artes.

Helena era una mujer muy triste. Muchas veces yo la veía mirar por la ventana como si esperara algo, contemplar indefinidamente las olas romperse sobre las piedras y escuchar los graznidos de algunas aves que volaban alrededor de la torre. Pasaba la mayor parte del día sin hacer nada, su mayor virtud era la rueca y su único entretenimiento hablar con las otras damas que la acompañaban, que eran muy tontas y siempre estaban dispuestas a alguna maledicencia. Sentía compasión por ella y quizás hubiera querido disfrutar de su amistad, pero ante aquel comentario sobre mis relaciones con Roger me pareció de mayor prudencia callar.

—Algún día tendrás que enseñarme todo eso que sabes hacer tan bien —me dijo al rato, riéndose, y yo, de nuevo, preferí el silencio.

Tuve por aquel año a mi primer hijo, Ramiro, y también Helena volvió a ser madre de otro varón, pero nació muy débil y no pasó del primer mes. El mío en cambio era un torito, y su vivacidad y alegría encantaban a Roger. Cuando nació me regaló un brazalete pues sabía cuánto me gustaban las joyas. Yo quise, entonces, recompensarlo con el mejor obsequio de mi cuerpo; aunque nunca me lo había pedido estaba segura de que le causaría mucho placer. Amasé aceite de almendras hasta lograr una suave pasta, y con la ayuda de unos huesecillos estuve durante días introduciéndomelo hasta lograr que mis músculos fueran flexibles; quería no sólo ofrecerle a él un gusto sino experimentarlo yo y evitar el dolor que me causaría. Cuando me pareció que estaba preparada le ofrecí mi espalda. Roger se inclinó sobre mí y yo sentí su fuerte respiración en el cuello y los esfuerzos que hacía por penetrarme sin hacerme daño. El sufrimiento, sin embargo, era muy intenso, y tuve que morderme los dedos para evitar gritar pues no quería que Helena se despertara. Los ojos de Helena en la oscuridad, mirándonos, hubieran roto mi gozo.

El grueso miembro de Roger estaba en mí y me sentía muy dichosa, a la vez que, sin poderlo evitar, lloraba de dolor. Sentía que mi interior se rasgaba y que un ardor muy fuerte, como si me quemaran, se apoderaba de todo mi cuerpo. Me parecía tener a un animal entero adentro y estuve tentada de gritar y empujarlo pero no lo hice y me alegró mucho no haberlo hecho. Roger, saliendo de mí, me abrazó. Estuvimos un largo rato abrazados, como nunca lo habíamos hecho, pues con frecuencia Roger se quedaba dormido inmediatamente después. Pero aquella noche estuvo despierto acariciándome con sus manazas, lamiendo apresuradamente mi rostro y dejándose acariciar el pelo por mí. Su ternura torpe me excitaba y le pedí que me penetrara de nuevo en la forma acostumbrada. Como ya estaba algo cansado tardó mucho tiempo en lograr la plenitud y lentamente fue llegando a mí su fuerte olor a animal mojado de placer, irrumpiendo una y otra vez entre mis paredes. A pesar de lo que había sufrido tuve en aquella oportunidad mi mayor intensidad con Roger. Éramos como dos naufragos intentando arribar a una playa única y perdida. Su cuerpo, su olor, su sabor se confundían con el mío, y de pronto me parecía él ser yo misma, o yo su miembro que intentaba

traspasarlo. No sabía si el interior era mío o suyo, ni podía distinguir su placer del mío. Por un momento, me pareció amarlo. Amarlo como había amado a Naryis, como había amado a Al-Munim. Pero cuando amaneció y la luz brillante del Levante entró por la ventana que se veía desde el suelo en el que todavía Roger y yo estábamos acostados, comprendí que el sentimiento que nos había unido había desaparecido, como la noche despeja el día, y sólo quedaban sobre el jergón dos cuerpos que se deseaban con una total convicción.

IV

La primera vez que les preparé una tafaya quedaron asombrados y las mujeres que servían en la cocina me miraron con malos ojos. Nunca antes habían guisado un cordero cocido, adobado con cominos, hinojos, hierbabuena y menta, y tanto les gustó que Roger ordenó al copero que buscara en la bodega el mejor vino para rociarlo. La sala de comer era un desnudo espacio en la planta baja del castillo, al cual llegaba el olor de las porquerizas que le restaba mucho agrado. En aquella ocasión habían venido a pernoctar otros caballeros cristianos que procedían del sur de Francia, y ellos también alabaron mucho mi plato; de postre, unos pasteles de almendras fritas con aceite, espolvoreadas con azúcar y miel, y alrededor de ellos, unos racimos de gruesas uvas. Recordé el banquete que habíamos servido en la casa de las mujeres para Al-Munim, considerando que este era apenas un bocado de aquel.

Bebimos todos mucho aquella tarde y Roger más que ninguno, de modo que cuando la comida terminó se retiró tambaleante y cayó en una pesada siesta. Los huéspedes siguieron sus pasos y también desaparecieron. Helena me invitó a acompañarla a la torre junto con las damas que siempre la seguían como unos perrillos, y una vez allí las despidió diciéndoles que quería dormir, pues el vino había hecho su efecto. Quedé sola con ella. La cámara de las damas disponía de tres salas; la mayor, en la que se guardaban los útiles de costura; otra, algo más pequeña, en la que estaban los atriles con los libros santos y donde las damas practicaban su lectura, y la tercera, aún más estrecha, que servía de cuarto de vestirse y de hacerse las sangrías. Su mobiliario lo componían algunas sillas y unos cojines tirados en el suelo, y hasta ella me llevó Helena. Se acercó a mí y me habló muy cerca. Su olor me repugnó. Yo no había perdido mis hábitos y me lavaba al menos una vez al día, ocasionando así las burlas de todos los sirvientes y las miradas severas de las otras damas. Para quien, como yo, había disfrutado de los hermosos baños de la casa de las mujeres en el palacio de mi padre, transportar escuálidas jofainas y acarrear un pesado balde de agua fría por aquellos corredores y escaleras era una triste faena. Las criadas se hacían en la frente la señal de la cruz cuando me veían por las mañanas repetir mi tarea, y una de las damas de Helena comentó una vez que tanto baño era pecado. A la pregunta de Helena de si cuando me bañaba lo hacía desnuda, respondí con una carcajada pues no me imaginaba otro modo de hacerlo, y ella me advirtió que cerrara bien la puerta, por temor a que alguien pudiera observarme y perjudicarme por aquella costumbre. Helena, que yo supiera, se había lavado solamente para la fiesta de Pascua, y estábamos aquel día en pleno verano.

Me invitó a sentarme en los cojines y me dijo:

—Enséñame a amar como tú lo haces.

Ciertamente quedé sorprendida. Yo los había visto a ellos, cuando él la poseía, pero era tan corto su acto que casi no molestaban mi atención. Nunca la escuché a ella gemir y de Roger apenas si se oía una respiración más profunda. Lo hacían con frecuencia pero sin gusto. Sentí sus manos buscar mi cintura y su aliento pestífero al lado del mío. Era bella, sin duda, pero la belleza no es lo único que incita al placer.

—¿Tú nos miras cuando Roger me posee? —le pregunté.

—Siempre —contestó.

—Yo pensaba que dormías —acerté a decir.

—Vi cuando te tomaba por la espalda.

Me pareció que los ojos de Helena me habían robado mi placer. Aquella noche en que Roger y yo descubrimos cuán profundo navegaba nuestro deseo, yo había entendido que cuando Naryis me profetizó que sería la favorita del Señor no se refería solamente a mi padre sino a cualquiera que por su condición fuera el amo, el único. Los

ojos de Helena habían sido testigos de su entrega, pues, en verdad, aunque él me había poseído como los señores toman a sus eunucos o a sus muchachos, era yo quien lo había tomado profundamente en mí y había tocado la hondura de su intimidad y su certeza. Roger, pensé, no sabe ser un señor, pues el amo despide a todas las mujeres cuando escoge a su favorita. Nadie puede ver al Señor cuando se entrega al amor, cuando es un niño desvalido que depende de una caricia para seguir respirando y tiembla por un beso, así provenga de una esclava.

—¿Y qué viste? —insistí.

—Vi que te poseía como los caballos lo hacen con las yeguas y que tú llorabas. Vi que deseaba tu cuerpo y que lo hacía suyo. Cuando él está conmigo apenas si siento sus manos en el mío, todo transcurre tan rápidamente que es como un abrir y cerrar de ojos. Después que Roger se levanta, enseguida lo escucho roncar, y yo quedo solitaria y pensando que lo único que sucederá es que tendré un nuevo hijo. Quiero que me enseñes el arte que tú conoces, quiero que me entregues tu secreto.

Recordé a Naryis y supuse que ella jamás habría tomado a Helena como alumna. Naryis me había entregado un secreto que yo no podría concederle a Helena, pues mi hermana me enseñó a llamar al deseo con el deseo, y yo no sentía nada por aquella mujer. Por el contrario, su presencia tan cercana me producía asco.

Pero era mi dueña y yo no tenía otra decisión que obedecerla.

—Si quieres que te enseñe debes bañarte —le dije.

Abrí un cofre en el que guardaba su ropa y tomé una camisa limpia. Saqué también unos perfumes que rara vez usaba y unas cintas, y sin hacer ruido bajamos las escaleras y salimos del castillo en dirección al riachuelo que yo había conocido con Enric.

Cuando llegamos le ordené que entrara en el agua y que yo le rociaría la cabeza con un cazo que había tomado de la cocina. Al principio sintió miedo, a pesar de que el agua no era profunda y apenas si llegaba a las rodillas, por lo que yo misma me desnudé y me metí. Era un mes de pesado calor y sentir el agua fresca me puso de buen humor.

—Ven —la llamé—, te va a gustar.

Helena dudaba aún y tuve que tomarla de la mano y ayudarla a sentar sobre una piedra, mientras le quité toda la ropa y contemplé por primera vez su cuerpo. Siempre iba vestida con tantas prendas que en verdad no sabía si era flaca o gorda, ni de qué color eran sus brazos. Cuando la vi desnuda me di cuenta de que tenía más o menos mi edad, quizás unos pocos años más que yo, y se lo pregunté.

—Tengo veinticinco —me dijo—, ya he pasado mi juventud.

—En la casa de las mujeres en el palacio de mi padre había algunas que parieron hasta los treinta y ocho, y las viejas decían que el cuerpo de la mujer está mejor dispuesto para el amor entonces que cuando es una jovencita.

—Pero tú eres menor que yo, tienes diecinueve.

—Sí, pero yo he heredado la sabiduría de quienes conocían el secreto del cuerpo.

—¿De quiénes? —quiso saber.

Pero yo no le quise decir que había estado con Al-Munim, ni tampoco con mi hermana.

—Eso es parte del secreto —le di por respuesta.

El color de su piel era excesivamente blanco para mi gusto. Sus ojos demasiado transparentes y su pelo, aunque hermoso, me parecía demasiado fino y pálido. Ella se quedó extasiada frente a mi cuerpo desnudo y alabó la tersura de mi piel y su tonalidad. Me acarició los cabellos, que yo había dejado crecer hasta los hombros, pues en mi isla los llevaba cortos, y pasó su mano por mi cuello. Sentí que en ella se despertaba una sensación que le era desconocida y la atemorizaba.

—Lo primero que debes saber, si quieres aprender el arte del amor, es no temer tu propio deseo. Si te avergüenzas de él, no podrás ejercerlo.

Dicho esto, pasé a bañarla, y fui echando agua sobre su cabeza hasta que me pareció que estaba limpia. Luego le insistí para que ella misma se mojara una y otra vez, y entrara suficiente agua en sus cavidades. La hice tomar buches hasta que sus dientes estuvieron limpios y que se los lavara con algunas hojas de hierbabuena que arranqué para ese fin. Después de un buen rato Helena estaba adecentada, la ayudé a secarse y le derramé encima los perfumes que había traído conmigo, luego le trencé el pelo con mis cintas, y la perfumé de nuevo hasta que su olor era grato e invitante.

—Ya estás preparada para iniciar tu educación.

Helena estaba muy contenta y me confesó que la sensación del agua en todo su cuerpo y el haberse sumergido por primera vez en ella le habían ocasionado un desconocido gusto.

Me dispuse, pues, a su placer, recordando mi experiencia con Naryis, pero aquí era yo la maestra y ella la niña. La acosté sobre un nicho de hierba y fui revelándole los caminos de su cuerpo que ella misma desconocía. Llevé su mano derecha hacia su interior y suavemente presioné sus dedos para que comenzaran a acariciarla. La palpé con los míos para comprobar que estaba húmeda y ella, al tocar mi mano, me pidió que continuara. Lo hice durante un tiempo para que sintiera el ritmo constante y la certeza necesaria, pero la dejé sola.

Tuvo un estremecimiento y confesó que era el primero de su vida. Aunque corto y débil me pareció que la lección estaba aprendida y pasé a sus pechos. Sentí alegría cuando se irguieron y buscaron mis labios y se los chupé un rato para que experimentase un placer que no podía darse a sí misma, pero luego llevé la punta de sus dedos hacia ellos y los acariciamos juntas hasta que ella misma se quedó un buen rato disfrutándolo. Me pidió que los besara y lo hice. Conocí por primera vez el hastío del deseo cuando no nace de uno mismo.

Me pareció que para el primer día no debía enseñarle todo lo que Naryis me había transmitido en una larga noche, y por otra parte el sol declinaba y sentimos frío de estar desnudas y mojadas. Nos vestimos y encaminamos hacia el castillo. Helena iba en silencio y me tomó una mano. Cuando llegamos aún dormían todos de aquella pesada digestión y nos sentamos solas en la torre a contemplar el poniente.

—Algún día te contaré mis secretos —me dijo.

—Cuando tú quieras. Hablar del amor también forma parte de su ejercicio.

—Pero los secretos que tengo no son felices como los tuyos —continuó— sino tristes. Cuando contemplo el mar desde esta ventana pienso mucho en ellos y sufro por no poder compartirlos. Pero todavía no me siento capaz de confiártelos.

Nuestra conversación fue interrumpida por la presencia de las niñas Clara y Silene, que venían con sus nodrizas a darle las buenas noches, y yo aproveché la ocasión para retirarme. Echada en mi jergón pensé que los secretos de Helena eran seguramente deseos que había dejado atrás. Siempre el deseo parece estar en otro reino.

Llegó el invierno sin que se produjera otro encuentro con Helena. Vi caer las hojas, endurecerse el viento, oscurecerse los días hasta que el mar se revolvió frío y gris frente a la ventana de la torre de las damas. Tuve que interrumpir los baños que disfrutaba al alba, cuando estaba segura de que nadie me veía, pues ya hasta la primavera no podría tomarlos. El clima de mi isla era más benévolo y los días de encierro alrededor del brasero se me hacían muy largos. Mi hijo Ramiro era un niño fuerte y sonriente, y estar con él era casi mi única distracción, excepto las noches en que Roger me llamaba.

Mi hijo era cristiano y su padre lo había hecho bautizar solemnemente por el párroco de la comarca. No pude oponerme, pues había perdido mi voluntad, y al menos agradecí a los señores de Tamarit que no me violentaran bautizándome a mí también. Mi dominio de su lengua era ya casi perfecto, y las ropas que traje cuando fui capturada ya se habían roto, de modo que vestía a la usanza de las cristianas, salvo por algunas cintas y velos que pude conservar y las bandas que cubrían mis piernas. Comencé a pensar que mi infancia y mi adolescencia en la isla pronto se convertirían en un recuerdo, y que mi vida en verdad transcurriría en Tamarit. Cuando nació Ramiro tuve por un instante la tentación de huir con él, pero fue sólo una idea fugaz. No había ningún lugar en la Tierra al que pudiera ir. Me preguntaba a veces qué quedaría de los míos allá en la isla y cuál habría sido su destino, pero nunca me atreví a preguntárselo a Roger, la única persona que podría saberlo, puesto que la había conquistado. En mis sueños veía el palacio incendiado, mi última visión antes de partir, y renuncié a mis deseos de volver por sentirme incapaz de intentarlo.

Roger y Helena me daban rango de dama, me sentaban en la mesa para comer con ellos, y si había huéspedes que convivían transitoriamente en el castillo era igualmente invitada a participar de su compañía. Mi hijo estaba a cargo de una nodriza y Roger me había hecho saber que pensaba darle educación de caballero. Helena aceptaba su paternidad sin objeciones e incluso le regaló algunos juguetes de cuando Enric era niño. Nada me faltaba en Tamarit, y aprendí a vivir sin nostalgia para que el recuerdo de mi vida anterior comenzara a parecerme un sueño que pertenecía a otra.

El invierno se me hacía largo. También los paseos por el campo habían sido suspendidos y, salvo alguna visita de Enric en la que jugábamos partidas de ajedrez, la monotonía de los días era insoportable. Si no hubiera sido por la presencia de Roger, cuyo deseo no cedía con el tiempo, creo que no hubiera experimentado la sensación de estar viva. Yo seguía siendo la favorita del Señor, y eso sostenía mi existencia.

Cuando llegó la primavera, y reanudé los paseos y los baños de mar, volví a sentirme alegre y le propuse a Helena continuar su aprendizaje, pues con aquella corta lección no me parecía que estuviera preparada.

—Pensé que te habías olvidado del día que estuvimos en el río —me dijo.

Le aseguré que no lo había olvidado, pero como ella no había tampoco repetido su intención, había concluido que se daba por satisfecha.

—En absoluto —me contestó—. No hay noche en que Roger esté contigo en que no te envidie.

—Soy tu sierva. Dispones de mi vida.

—Pero no de tus deseos... —y comprendí que a pesar de su triste e insípida compañía Helena era una mujer inteligente.

Llevé a cabo lo ofrecido, y una mañana muy temprano, apenas el sol despuntaba, salimos escondidas del castillo y nos dirigimos a la playa. Había entre las rocas una cueva en cuyo interior cabían dos o tres personas, y que se mantenía seca durante varias horas hasta que la marea comenzaba a subir por la tarde. La conduje hacia ella y le pedí que se acostara y cerrara los ojos para aprender a recibir el cuerpo del amante sin distraerse en otra sensación. Era mentira, sin embargo. Temía no poder fingir el deseo en mi mirada, pues su centelleo es un privilegio que no puede producirse a voluntad.

Se escuchaba el ruido del mar rompiendo contra el pequeño acantilado que separaba el castillo del agua y estuvimos juntas hasta que el calor nos señaló que la mañana estaba avanzada y que nuestra ausencia sería percibida. Dejamos la cueva y yo metí los pies en el agua. Helena, súbitamente, sintió ganas de bañarse y entró en el mar. Las corrientes estaban tranquilas y me daba ternura la ingenuidad de su risa al verme

nadar a su alrededor. Nos secamos apresuradamente y corrimos hacia la entrada posterior del castillo, justificando nuestra salida con la excusa de que Helena había prometido rezar en una ermita que se encontraba a poca distancia, y que para mayor sacrificio se había obligado a llegar a ella antes del alba. Nadie lo dudó, o a nadie le importó. Roger había salido muy temprano también a vigilar unos sembrados y sólo las damas se quejaron de que Helena no hubiera solicitado su compañía para ir a la ermita. Mi curiosidad se despertaba ahora. Quería saber cómo Helena pondría en práctica lo que conmigo había aprendido.

Pasaron varias noches sin que nada sucediera. Roger y ella mantuvieron su acostumbrada relación y pensé que o había sido yo una pobre maestra o ella una alumna desaprovechada, hasta que en una ocasión Helena me llamó para que la acompañara a la torre. Cuando subimos, vi con sorpresa que sacaba las llaves de la cerradura, y dándome las buenas noches, salió y me dejó encerrada. Comprendí que aquella era la ocasión elegida para ejercitarse y que no quería que mis ojos le robaran el placer. No me quedó otro camino que imaginar su encuentro.

Cada vez que, después de terminada la cena, Helena me llamaba para subir a la torre, ya sabía que me quedaría allí encerrada hasta el día siguiente. Las noches en la torre eran aún más frías que en la cámara de dormir. Los cristales de la ventana no cerraban bien y el viento se colaba por ellos, no había un jergón sino apenas dos o tres cojines en los que me doblaba, tapándome con una manta, y la humedad se me metía en los huesos. No tenía, sin embargo, nada que decir. Helena podía decidir así sobre mí y mucho más, yo no era más que una cautiva a su servicio, y Roger, por no irritarla, tampoco le hacía ver su crueldad. Por otra parte, yo había llegado a querer a Helena y el resto de las ocasiones ella se comportaba conmigo como siempre, me daba el mismo trato benévolo que la caracterizaba, y durante el día compartíamos las tareas y las horas como si nada ocurriera. Helena no me hablaba de sus noches con Roger, y por lo que acontecía entre nosotros cuando él estaba conmigo, deduje que yo seguía siendo la favorita del Señor.

Tuve a mi segundo hijo, Ramón, y durante un tiempo estuve apartada de los oficios del amor pues el parto fue largo y difícil y quedé en mal estado, hasta que mi cuerpo se fue recuperando y volví a ser la misma. Ramón se parecía a Roger aún más que Ramiro, su piel era muy blanca y sus ojos claros, tenía como él el pelo rojizo y enroscado, a diferencia de Ramiro, que reflejaba mucho más los rasgos de mi pueblo. Me sentí muy orgullosa de mis dos hijos, eran bellos, sanos, alegres. Después del segundo parto le pedí permiso a su padre para bajar por las tardes a la playa y estar allí con ellos, aduciendo que el aire del mar mejoraría mi salud que había quedado quebrantada. Roger no se opuso, pues él también amaba el mar y además estaba satisfecho de mí por haberle dado otro hijo.

Hubo por entonces mucho movimiento en el castillo. Vinieron como huéspedes varios señores con sus esposas, sus hijos y su séquito a pasar una temporada en Tamarit. A pesar de que siempre me habían permitido convivir con ellos, la llegada de esta gente cambió bastante las costumbres. No fui admitida a las comidas ni a las conversaciones de la sobremesa. Helena pasaba largo rato con las otras damas en la torre y mi presencia era a veces esquivada encomendándome tareas sin importancia y que nunca habían estado a mi cargo. Roger me buscaba con menos frecuencia. En parte porque después de cenar se quedaba hablando con los otros caballeros hasta bastante avanzada la hora, o porque salían durante todo el día a caballo y regresaban exhaustos. Comprendí que algo se estaba fraguando pero no encontraba el modo de averiguarlo. Los sirvientes del castillo siempre me miraron con desconfianza, algunos porque no habían tenido trato con árabes ni judíos y nos consideraban traidores y sinuosos. Otros porque envidiaban mi posición y los privilegios que Helena y Roger me concedían, en suma, con ninguno tenía la confianza para preguntarle su opinión de lo que sucedía y pensé que no tenía otro remedio que esperar a que las circunstancias se desarrollaran. Estaba entonces muy lejos de saber cuánto cambiaría aquella visita mi destino.

Enric salía con frecuencia con los otros jóvenes a cabalgar con ellos o a cazar, y compartían el ejercicio de las armas. Tampoco lo veía mucho. Un día, sin embargo, yo estaba sentada en la arena sola, había dejado a mis hijos durmiendo protegidos en la cueva, y sin otro quehacer contemplaba el mar. Acababa de cumplir veinte años, y ese acontecimiento había pasado sin que me diera cuenta. Todavía conservaba un brazalete que me regaló Tamím, el eunuco, cuando cumplí los trece. El recuerdo de Tamím me entristeció por algunos momentos. A él le debía la vida, cuando Yadiyá, enfurecida porque había tenido otra hembra, quiso arrojarme desde los peñascos al mar. No lo vi el día que Roger entró en la isla, pero era poco probable que un fiel servidor de mi padre se hubiera salvado de la matanza. Me había hecho el firme propósito de no recordar la isla, y cuando el dolor me invadía con su memoria lo apartaba de mí con furia. Agradecí en ese momento la inesperada presencia de Enric.

Vio que yo me había descalzado e hizo lo mismo. Comenzó a jugar a enterrarme los pies en la arena y a hablarme de cosas sin importancia para disimular su turbación. El sol estaba en lo alto y hacía bastante calor. Se quitó la ropa y quedó con el torso desnudo y unos apretados calzones que marcaban los músculos de sus piernas. No era muy alto, apenas un poco más que yo, pero su cuerpo era bien proporcionado, sus miembros firmes y ágiles, su piel curtida por la vida a la intemperie y tenía las facciones de Helena, endurecidas por su virilidad. Comencé a echarle arena sobre su pecho, y a dibujar caminos sobre su plana superficie, aún lampiña. Mi mano, sin consultar mi voluntad, lo acarició. Percibí un latido acelerado debajo de mis dedos y su mirada implorante y, a la vez, atemorizada. Me sobrepuse y le pregunté:

—¿Qué edad tienes, Enric?

—Pronto cumpliré catorce.

—Pero ahora tienes trece —le dije riendo. Y me levanté y corrí hacia la orilla.

Él me siguió, me empujó al agua y entramos en ella los dos. Me retó a una carrera y por supuesto le gané. Nadaba sin pericia y muy lentamente, y pronto lo dejé atrás.

—Tengo que aprender a nadar mejor —me dijo cuando volví a su lado—, de lo contrario no seré un buen navegante.

—¿Vas a embarcarte?

Comprendí en su gesto azorado que el muchacho había cometido una indiscreción.

—No lo sé, pero supongo que algún día lo haré.

No lo quise importunar pero se me hizo evidente que Roger preparaba una nueva expedición marítima y que a ello se debía la presencia de los visitantes.

Volvimos a la arena y a través de sus calzones mojados vi su miembro abultado. El pelo, que usaba bastante largo, le chorreaba y sentándose a mi lado se lo secó con mi blusa. Me acosté boca arriba en silencio y traté de calmar la vehemencia que me invadía pero Enric se acercó a mí y me besó tenuemente en los labios. No respondí a los suyos y él insistió. De pronto me encontré enroscada con él y dando vueltas hasta que la arena se pegó de nuestra piel. Él tomó mi mano y la llevó a su miembro esponjado. Lo palpé y me fui humedeciendo hasta sentir una punzante y agitada necesidad de tenerlo dentro de mí. Sus dedos torpemente me acariciaron por dentro, pero era tanta el ansia que me asaltaba que fue suficiente aquella inexperta caricia para sentir que me derramaba y mi gemido se confundió entre los graznidos de las aves que constantemente volaban sobre el acantilado. Me sentí sorprendida en mi deseo. Comprendí que se había ido acumulando al recibir en mis ojos la herida de su absoluta inocencia.

—Yo te quiero —me dijo.

Sus palabras, dichas con un acento que revelaba toda la simplicidad de alguien que ha abierto un misterio sin saberlo, produjeron en mí mayor apetencia que la contemplación de su cuerpo. Quería poseerlo totalmente, y me parecía que estábamos solos en el mundo y que ningún otro lazo nos unía que no fuera la pureza con la que empezó a besar mis pechos. Mi cuerpo era un recinto sagrado en el cual aquel niño quería entrar para siempre, y pensé que nunca volvería él a sentir un miedo como el que surgía de estar bajo mi posesión. Yo sabía que aquel encuentro profanaba algo y que la conciencia de ello también me causaba temor, pero el gusto con el que él bebía de mis pezones me daba, a la vez, la seguridad de que no podía detenerme. Unidos a través de su boca y mi pecho, aquel niño era mío como nadie lo había sido nunca. Una sensación de vértigo me sobrecogió.

Cuánto tiempo estuvimos así, no lo sé. Él, acostado sobre mí, y yo rozándole el pelo, besándolo a veces con brevedad, otras entrando profundamente mi lengua en su boca hasta sentir que llegaba a una interioridad innombrable. Él, chupándome los pezones, a veces con cuidado de no herirme, otras con una furia que parecía querer arrancármelos. Cuando nuestros rostros se hartaban de verse, nos refugiábamos en nuestros sexos y él me acariciaba una y otra vez el mío y yo metía el suyo entre mis dientes hasta que era una parte de mi lengua. Enric intentó introducirlo en mí pero percibía que su miembro, aún pequeño, no lograba llenar mi interior. Yo estaba tan mojada que lo sentía resbalar entre mis pliegues y me alivió cuando él se derramó sobre mí. Quedamos abrazados formando un solo cuerpo, en silencio para escuchar nuestra respiración y diciéndonos a veces pequeñas palabras que no significaban nada y eran apenas la excusa para entreabrir nuestros labios y saborearnos un poco más. Cuando las

lágrimas de Enric me salpicaron el rostro, algo en mí se conmovió de tal manera que no pude evitar llorar yo también.

A lo lejos otro llanto, el de mis hijos que habían despertado, nos volvió a la realidad. Corrí hacia ellos y Enric también lo hizo. Un fuerte dolor me tomaba toda. La separación de su cuerpo era como una amputación. No sabía entonces que pocos días después partiría con su padre y que no regresaría nunca más. Pienso que él sí lo presentía y la intuición de la muerte había dado mayor fuerza a su necesidad de mí. Creo que fui su única entrada en el amor y que él se llevó de mí todo lo que yo podía dar. Cuando Roger volvió de su larga expedición, supe que Enric había muerto en un combate naval. Allí, en el fondo del agua donde reposaron sus restos, se ahogó también mi más dolorosa entrega. Porque él me deseó sin esperanza y sin propósito, sin siquiera buscar su propio placer. Me deseó desnudo, desde la absoluta seguridad de que no le era dado evadirse del abismo.

Regresamos al castillo con Ramiro y Ramón a cuestas, y aún no había llegado Roger con los otros caballeros. Helena nos vio entrar pero no sospechó nada y se contentó con regañarnos por nuestra tardanza, pues había mandado a llamarme varias veces y los sirvientes no me encontraban. Dispuso órdenes y así, sin otra transición, tuve que ir a la cocina para ocuparme de la preparación del guiso.

A la mañana siguiente partieron los visitantes y Roger anunció que en breve tiempo él también lo haría, llevando consigo a Enric y a los sobrinos que se educaban en el castillo. Aunque en verdad la noticia no tomaba desprevenido a nadie, se produjo un gran revuelo y todos los sirvientes estuvieron atareados en los preparativos. Fueron días en los que Tamarit hervía en medio de los carros que transportaban los víveres hasta los barcos, los caballos y mulas, las armas. Cuando las cinco naves que componían la expedición izaron sus velas, los servidores domésticos, las damas, Clara y Silene, mis dos hijos y Helena y yo descendimos a la arena para despedirlos. Nadie lo había dicho pero no tenía ninguna duda de que el objetivo de aquel viaje era otra vez la conquista de alguna de nuestras ciudades. En la limpia mañana en que zarparon tuve ante mis ojos la visión de un sol que como una bola incendiada caía sobre el mar, y supe que en alguna parte mi gente estaba esperando la muerte.

Enric se acercó a mí antes de subir al barco. No lo había vuelto a ver desde el día en que nos amamos en la playa. Creo que no sólo porque estuviera muy ocupado con la expedición sino porque no lo había querido. Entendí que nuestra despedida ya había tenido lugar, y que al aproximarse para decirme unas palabras de adiós no era él, sino el futuro Señor de Tamarit quien venía a decírmelas. Cuando casi dos años después el barco regresó sin Enric, el momento hiriente de nuestra despedida se me hizo presente con toda la agonía que nuestro breve encuentro había despertado. Pero ya había aprendido a vivir sin mirar atrás y a que los desprendimientos fueran para mí como los accidentes de la naturaleza, violentos y pasajeros.

También la separación de Roger me dejaba una sensación de agostamiento. La noche antes de su partida vi a Helena luchar en medio de una intensa preocupación y una rara alegría, cuya causa en ese momento me era desconocida. Helena pasó el día impartiendo órdenes irritadas, insultando a sus criados, gritando a las damas y pellizcando a Clara y a Silene que lloraban inconsolables. Cenamos brevemente y muy callados.

Yo me acosté en el jergón y Helena y Roger en la cama. Pensé que dormirían para guardar fuerzas para el día siguiente pero no fue así. En el trajín de la partida Helena había olvidado mi presencia y el encierro al que me sometía. Así como Helena nos había espiado, ahora era yo su testigo. Al ver que ella, aunque fuera torpemente, intentaba poner en práctica lo que yo le había enseñado, y al comprobar que Roger no se

limitaba a aquel episodio áspero y rápido con que solía tomarla, me imaginé entre ellos y me pareció que un gran placer sería colmado si él se introducía en mí, y luego su miembro pasaba de mi boca a la de ella, o de su interior al mío, pero temí que mi proposición los disgustara y me abstuve.

Aquella noche decisiva en que Roger abandonaba Tamarit no fue la ocasión. Tuve que contentarme con ver cómo Helena había aprendido a lamer su miembro, y a abrir sus pechos a sus caricias, y sentir el dolor de que, mientras él la llenaba y se deslizaba en ella, yo estaba sola con mi interior humedecido, y volteándome en el jergón dejé que mis manos cumplieran el doloroso propósito de aliviar mi soledad.

Cuando hubo terminado con ella, Roger bajó de su cama y se acostó a mi lado. Permaneció en silencio sin tocarme y rechazó mis caricias. Estaba completamente desnudo y sentí el fuerte olor que delataba su excitación. Su miembro me pareció más grande que nunca. Parecía una daga que se alzaba enhiesta y afilada y que temblaba en la claridad que la luna llena expandía sobre nosotros. Súbitamente me tomó en sus brazos nervudos y me colocó sobre él, casi suspendida en el aire. Sin otro prólogo fui penetrada y su miembro entró y salió de mí hasta que un grito de placer lo detuvo. Con más fuerza aún se hincó en mí, como un animal que buscara hurgarme hasta el fondo de mis huesos. Por fin Roger descansó y su semen se desparramó entre mis piernas. Levanté la vista y encontré los ojos de Helena mirándonos fijamente. Era imposible que la violencia del acto la hubiera dejado dormir. Yo estaba exhausta y Roger de inmediato cayó también dormido. Cuando se despertó todavía a oscuras, fingí dormir para que no sintiera vergüenza de despedirse de su favorita con un beso de ternura.

Estuvimos en la arena hasta que los barcos se alejaron y los perdimos de vista. Subimos entonces corriendo hacia la torre de las damas y desde allí pudimos aún divisar las banderas que ondeaban desde los palos mayores. Imaginé una larga y monótona jornada en la que nada sucedería y vi con hastío que las damas de Helena abrían sus libros santos para rezar y encomendar a su dios la vida de los que, en su nombre, se dirigían a conquistar a los infieles.

Hacia la hora del almuerzo un sirviente anunció que el señor Bertrand Ros había llegado.

—¿Quién es el señor Bertrand Ros? —le pregunté a Helena pensando que ella también estaría sorprendida. Pero no lo estaba.

—Bertrand es mi primo, y viene de Oc para cuidar el castillo durante la ausencia de Roger.

La naturalidad de su respuesta me dio a entender que todo el castillo había estado esperando a Bertrand Ros menos yo.

VI

Al anuncio del criado Helena bajó las escaleras de la torre comiéndose los escalones; pensé se descalabraría antes de llegar al rellano. Comprendí la causa de la alegría que había observado en ella los días antes de la partida de Roger y que tanto había despertado mi curiosidad.

Bertrand y Helena se abrazaron un largo rato y ninguno de los dos tuvo pudor de sus lágrimas. Cuando pudo recuperar la palabra, Helena se dirigió a mí y a las damas que observábamos la escena, y explicó que no veía a Bertrand, su querido primo, desde hacía muchos años. Las damas se precipitaron a saludarlo y a inclinarse ante él, y yo también me acerqué. Él apenas si levantó la mirada cuando Helena me presentó como Aisa-Umm-al-Hakam, la hija del valí Al-Munim-Umm-al-Hakam; hizo caso omiso de la pomposa presentación y no me dirigió la palabra. Era evidente que para Bertrand Ros yo no pasaba de ser una más de las siervas del castillo. Entonces subió con Helena a la cámara de la torre, acompañado por las damas que de inmediato se ofrecieron a despiojarlo y lavarle los pies para adecentarlo después de tan largo viaje, y Helena me indicó que preparara algo de comer, pues seguramente el Señor de Ros estaba hambriento. Me fui a la cocina y tuve que darle comida no sólo a él sino a los criados que había traído consigo.

A partir de ese día iba a permanecer en la cocina mucho más de lo que me imaginaba. Siempre había guisado para Roger, que disfrutaba mucho de la comida árabe, pero lo hacía de vez en cuando por alguna festividad o por alguna ocasión especial, o simplemente por el gusto de complacer a los señores de Tamarit, y a mí misma, pues la comida de las cocinas del castillo nunca me agradó. Pero ahora Helena dispuso que yo sería la cocinera mayor y que estaría encargada de dirigir a las otras mujeres, por lo que veía más apropiado que yo durmiera en las dependencias de servicio. Todavía me parecía escuchar el vozarrón de Roger retumbando en las salas del castillo, y ya Helena había ordenado mi destino de otra manera. No me quedaba ninguna duda de que aquella nueva circunstancia obedecía a que deseaba disfrutar de mayor intimidad con Bertrand, y como prueba bastaba ver que había arreglado para él una habitación a poca distancia de la cámara principal.

Preparé unas almojábanas, regadas con miel, canela y pimienta, y luego una carne de cordero fría amasada con acemite y aderezada con especias. Helena llamó al copero para que buscara un buen vino en la bodega y no tuvo el valor de despedirme de la mesa. Sin embargo fue como si lo hiciera, ya que toda la conversación entre Bertrand y ella se desarrolló en su lengua, y muy poco pude entender. Terminada la comida, Helena y su primo subieron a la cámara de la torre, pues Bertrand dijo que quería recitarles a las damas algunos versos de los trovadores provenzales, que seguramente las distraerían mucho. Sobra decir que no fui invitada a seguirlos y pasé el resto del día con mis hijos, en mi nueva habitación.

Me tocaba compartirla con varias mujeres más, campesinas de la comarca, sucias e ignorantes, que vivían hacinadas en una estrecha sala con las criaturas que habían parido. Pensé en los míos; si Roger no volvía, su destino sería ser porquerizos o mozos de establo. El calor de la habitación, donde desde ahora iba a vivir, era insoportable y el hedor de tantas personas juntas me daba ganas de vomitar. Ramiro y Ramón, como si comprendieran mi desdicha, lloraban sin poder conciliar el sueño. Los otros niños también berreaban, y sólo la tristeza y el cansancio de mi propio llanto hicieron que finalmente pudiera dormir unas horas.

Seis meses después a mi desgracia se sumó otra carga. Di a luz un tercer niño, a quien llamé Tamím, en recuerdo de mi protector, y decidí que mientras Roger no

regresara no lo bautizaría. Quizás Helena diría que no era su hijo o él no lo creería, y pensé que Tamím sería mío solamente y por lo tanto no llevaría nombre cristiano. Me sentía débil de salud, había enflaquecido; el cuidado de los niños, puesto que ya no tenía nodriza para ellos, más el trabajo en las cocinas me agotaban. Muy rara vez Helena me llamaba a su cámara, y cuando lo hacía era aprovechando que Bertrand hubiera salido a cazar o por alguna razón se ausentara del castillo. En esas ocasiones me parecía percibir en su mirada un rasgo de culpabilidad hacia mí, y yo me preguntaba cómo no había sabido ver en ella su carácter desagradecido y mezquino.

Sin embargo poco después del nacimiento de Tamím las circunstancias cambiaron de signo. Lo supe una noche en que tuve la visión de unos peces de brillantes colores que saltaban unos encima de otros sobresaliendo del mar. Yo me bañaba junto a ellos y los peces comenzaron a dar vueltas a mi alrededor. Pensé profundamente en Naryis, tratando de recuperar su voz en lo que ya era una perdida memoria, y cerré los ojos para esperar que el significado de la visión se aclarara en mi pensamiento. «Volverás a ser la favorita del Señor», eran esas palabras las que una y otra vez me golpeaban, y de pronto una dulzura y una calma se apoderaron de mi espíritu.

Consentí en charlar y hacer bromas con los otros criados, a los que generalmente trataba del modo más parco posible pues su compañía me desagradaba, así como la mía a ellos. Bertrand y Helena habían preparado aquel día una excursión a la ermita y la ausencia de los señores les daba a todos mejor humor que el acostumbrado; libres de su servidumbre, me propusieron ir con ellos a la aldea pues se celebraba una boda. Habría baile, se recitarían romances y Tadeo tocaría la flauta. Yo nunca había escuchado hablar de Tadeo y no pensaba que su música equivaldría en algo a la que tocábamos en el palacio de mi padre, pero tampoco quería rechazar su invitación, ni estar sola ahora que volvía a sentir una tímida alegría. Con Tamím y Ramón en brazos, y Ramiro tropezando por delante de mis pasos, seguí a los criados.

Al igual que en la casa de las mujeres, tampoco en Tamarit yo había salido del recinto. Excepción hecha de algunos paseos a caballo con Enric y del riachuelo, no conocía los alrededores y en el camino pude ver que los dominios del Señor de Tamarit eran más extensos de lo que suponía. Marchamos como una media hora hasta llegar a una aldea que surgía entre las montañas, dentro de un ancho valle. Todo el pueblo estaba de fiesta, y ya antes de llegar se escuchaba la música que rodeaba a la pareja de novios. Habían dispuesto un largo mesón en la plaza y de ella comían y bebían todos, bastante borrachos. Los criados se mezclaron con los vecinos y me vi sola en medio de la celebración. Bailé con uno y con otro, y también tomé de aquel recio vino que raspaba la garganta. Los niños se sentaron mirando embobados a un joven disfrazado de diablo, y yo me sentía participar de la alegría general.

Alguien pidió silencio y las ruidosas carcajadas y gritos se aplacaron por un momento. Un muchacho conducía de la mano a un ciego que se sentó en un banquillo y comenzó a tocar la flauta. Era Tadeo. Me acerqué con los demás a escucharlo, y como me había imaginado, su ejecución era pobre y monótona, pues se limitaba a la misma melodía repetida una y otra vez, unos tonos más arriba o más abajo. Yo no había dedicado mucho tiempo al aprendizaje de la flauta, porque el laúd es un instrumento más completo y de mejores matices, pero alguna vez la había ensayado, y llevada quizá por la bebida o por la necesidad de sacar de mí la pesadumbre que no me había abandonado me aproximé al ciego y le pedí que me dejara tocar. Fueron algunos sonidos que mal recordaba de mi infancia, pero a aquellos ignorantes les pareció una música de palacio y todos me vitoreaban y daban a las palmas, de modo que tuve que repetir una y otra vez mi actuación, en medio de su euforia.

Finalmente se cansaron de bailar y de gritar «que viva la morita», y se fueron alejando hacia la mesa de la comida donde todavía quedaban restos. Me quedé a solas con Tadeo y me pidió que lo condujera hasta ella porque tenía hambre. Le ofrecí traerle algo y volví con unos pedazos de carnero que consumió con voracidad. Lo acompañé en silencio mientras engullía aquellos pedazos grasientos y casi crudos, y cuando terminó comenzó a hablarme. Era extraño hablar con él, su mirada se dirigía en otra dirección, aunque trataba de seguir el sonido de mi voz, pero erraba y cada tanto se perdía. Yo nunca antes había visto un ciego porque la mayoría de las veces, cuando un niño nacía sin vista, lo arrojaban de la casa de las mujeres, y si vivía alguien lo recogía para que aprendiera a recitar cuentos o poemas y pidiera limosna en la ciudad. Tadeo no había sido siempre ciego. Cuando era un muchacho vivía en el castillo y era el mejor halconero de Roger. Tenía más o menos su misma edad y siempre salían juntos de caza, pero en una ocasión el halcón que llevaba Tadeo perdió el sentido y se dirigió contra él en forma tan certera y veloz que nada pudo hacer para defenderse. En un instante le devoró los ojos. Roger, entonces, lo había destinado a los establos, y allí lo conducían para que ordeñara a las vacas, con las mujeres.

Tadeo me preguntó cómo era yo. Traté de imaginarme un espejo para ir así describiéndome ante él, pero me parecía imposible que la descripción de unas palabras pudiera reflejar una imagen. Él avanzó sus manos hacia mí y recorrieron mis piernas. Luego las pasó por el pelo y dijo que era muy sedoso. Preguntó el color y le dije que negro, como los ojos, y añadí que mi piel era morena.

—Soy árabe —le dije.

—Nunca he visto a una mora —contestó—. ¿Eres hermosa?

Me reí de su ingenuidad, pues, ¿cómo una mujer va a contestar que no lo es?

—Dicen que lo soy —dí por respuesta.

—¿Y quién lo dice?

—Lo dice quien me ha tenido cerca.

Se hizo un silencio, pero Tadeo quería saber más de mí.

—¿Has estado con muchos hombres? —volvió a preguntar—. ¿Eres una mala mujer?

—No —le respondí indignada y me quedé callada.

—Hubiera querido que lo fueras —musitó después de una larga pausa.

Me sorprendió tanto aquello por la tristeza que se desprendía de su tono que, aunque molesta, quise saber el porqué.

—Porque un ciego no sirve para nada y hay quien piensa que dan mala suerte. Ninguna mujer quiere estar conmigo. A veces el niño que me guía me trae una gallina o una oveja y yo me desahogo con el animal, pero después quedo muy desolado. Yo no soy una bestia para convivir con otra.

Sentí la mano de Tadeo en mis rodillas y la dejé estar. Sin duda había interpretado mal mi visión de los peces, porque aquel hombre era lo más alejado de un señor que pudiera haber. Quizá los peces significaban su ceguera pues son animales que no pueden ver fuera del mar.

—¿Qué edad tienes? —me volvió a preguntar—. Tu voz es de una mujer joven.

Se la dije y también que tenía tres hijos. Quiso saber de quién, pero me pareció deshonesto decirle que yo le había dado tres niños al Señor de Tamarit y me encontraba en aquella desgraciada situación.

—¿Se parecen a su padre? —insistió.

—Sólo se parecen a mí —y no preguntó más.

Vi entonces que los criados con quienes había venido se estaban despidiendo de los vecinos y escuché que me llamaban.

—Tengo que irme. Vivo en el castillo de Tamarit y mi señora Helena debe estar por regresar de su visita a la ermita.

Tadeo me miró, aunque en verdad no era así, pero alzó su cabeza hacia mí y parecía como si me mirara.

—Me gustaría volver a escuchar tu voz —dijo como despedida.

Yo, en ese momento, no quise prometerle que volvería. No sabía si podría hacerlo, pero estaba segura de que lo deseaba. Recogí a mis niños que se habían quedado dormidos en el suelo, debajo del mesón, y eché a andar detrás de los criados que ya se alejaban del pueblo. Iban maldiciendo su miserable vida que los obligaba a la servidumbre. Yo los acompañé en sus quejas, pero era un falso lamento. La mano de Tadeo sobre mis rodillas me ardía todavía.

Regresamos a tiempo para que Helena y Bertrand nos encontraran a cada uno en sus obligaciones y aquella noche me acosté a dormir, por primera vez en mucho tiempo, con un sentimiento de bienestar.

Al día siguiente Helena me llamó para que subiera a la torre. Mi suerte comenzaba a cambiar. Se interesó por mis hijos, preguntó mucho acerca del pequeño Tamím, al que casi no conocía pues sólo lo había visto el día del parto, y me dijo que había pensado en cambiar de nuevo mis tareas. Estaba descontenta con la nodriza de Silene y no quería que la niña siguiera a su cuidado. Por lo tanto, yo volvería a mudar mi habitación.

Durante aquellos meses en que había vivido en las cocinas, Helena y yo casi no habíamos hablado si no era para darme alguna orden o yo hacerle alguna pregunta acerca de lo que debía prepararse, pero al estar de nuevo sentada en los cojines de la cámara de las damas sentí que el recuerdo de nuestro encuentro en el río no podía haberse borrado por completo de su piel.

—¿Por qué me has castigado tan duramente durante este tiempo? —le pregunté, y sin dejarla hablar continué:

—He sido muy desgraciada viviendo con los criados y comiendo las sobras de tu mesa. Hacinada como un animal y sin tener nadie con quien hablar. ¿Qué mal te hice para que te vengaras de esa manera? No tengo la culpa de que Roger me eligiera para estar con él. Hice lo que pude para enseñarte a complacerlo y creo que lo supiste aprovechar. Entonces, ¿por qué humillarme y dejarme en una existencia tan miserable que me ha hecho desear muchas veces la muerte?

—Yo no me estaba vengando de ti porque hubieras estado con Roger. Si quieres que te diga la verdad, ni me va ni me viene. Yo no amo a Roger, tuve que casarme con él porque así me lo impuso mi madre y así convenía. Te dije una vez que mis secretos eran tristes y que algún día te los confiaría, y ese día ha llegado.

Una de las damas entró en la sala y al verme allí hizo un gesto de asco y me pasó por delante sin saludarme.

—¿No le das las buenas tardes a Aisa? —le dijo Helena en un tono cortante.

—No la había visto —se excusó tontamente.

—Pues es bien raro porque casi la pisas al pasar.

Comprendí que Helena estaba irritada con ella y que algo había sucedido que yo ignoraba.

—Te pido disculpas —contestó un poco azarada la dama—. El ajetreo de la partida me tiene muy revuelta.

—Mis primas abandonan el castillo —explicó Helena dirigiéndose a mí—. Se van a casar a otra ciudad, donde su padre les ha conseguido esposo.

—Enhorabuena —me limité a decir.

—Ahora, déjame con Aisa, tengo cosas que hablar con ella y tú estarás muy ocupada en preparar tus avíos de viaje.

Nos quedamos solas y Helena cerró la puerta con llave.

—He tenido que alejar a mis primas de Tamarit. Se habían puesto demasiado curiosas y logré que el tío de Roger les consiguiera esposo. Hubo, por supuesto, que dar una buena dote, pero me encargué de eso... ¿Qué piensas de Bertrand?

—Mal puedo opinar de alguien que no conozco. Desde que llegó no he tenido ocasión de verlo de cerca.

—Debes perdonarme, Aisa. Yo te aparté de nosotros, es verdad. Tuve celos de ti.

—Entonces, ¿ése era tu secreto? Amas a Bertrand. Bien pudieras habérmelo dicho porque yo soy tu sierva y no hubiera hecho otra cosa que ayudarte y obedecerte. Además... cuando él llegó yo supe lo que ahora me estás diciendo. No me estás revelando ningún secreto que no conociera. Ahora eres libre de amarlo. Roger estará lejos mucho tiempo y estas comadreas se irán a la porra. Por mí, no tienes que preocuparte, si quieres volverme a mandar a la porqueriza, puedes hacerlo.

—Quiero quitarte el rencor, Aisa. Todo volverá a ser como antes. Cuando Bertrand llegó, hacía diez años que no nos veíamos, no podía saber si había cambiado. Pero ahora sé que me quiere, ya no tengo miedo de ti. Te he echado mucho de menos en este tiempo. Necesitaba a alguien a quien contarle muchas cosas, y al separarte me estaba haciendo un daño a mí misma. Quiero que conozcas toda la historia.

No pude impedir sentirme conmovida. El destierro al que Helena me había condenado durante aquellos meses me había dolido, no sólo por las miserias a las que me había obligado, sino porque yo también había echado de menos su compañía. Aunque a veces su silencio y su escasa viveza me aburrieran, ella era la presencia más cercana que yo había tenido en el castillo. Todos esos sentimientos los había sofocado, pero ahora me volvían sin yo quererlo. «No terminas de aprender, Aisa —me dije a mí misma—, a vivir separando tu cuerpo de tu corazón».

Supe así que Helena era la hija de un noble del Languedoc, creyente de los cátaros, una secta hereje de los cristianos que sus sacerdotes perseguían con dureza pues decían se apartaba de la verdadera fe. Cuando murió, su madre temió que la Inquisición se volcara contra ellos. Decidió entonces casarla con un caballero cristiano del Levante y Roger de Tamarit fue el elegido. Tuvo entonces que separarse de Bertrand, su primo, y la persona a quien amaba. Bertrand también había practicado el catarismo, y durante varios años había permanecido en una vida a medias fugitiva, pues siempre temía el brazo de la Iglesia y las torturas que estaban destinadas a los herejes. Había vagado por el sur de Francia, por Italia, por España, y finalmente se había refugiado en una aldea en la región de Oc, viviendo bajo un falso nombre. Después de diez años en los que Helena se había resignado a no volverlo a ver, se habían reencontrado. El mismo Roger había propuesto que Bertrand Ros viniera a Tamarit, porque temía dejarla sola durante su larga ausencia. La tristeza que tantas veces llamaba mi atención tenía, pues, una sencilla explicación.

—¿Me comprendes ahora? —me preguntó cuando terminó su relato.

—Puedo entenderte —le dije— porque yo también tuve que dejar mi tierra, pero a diferencia tuya sólo amo a quien tengo.

Prometí a Helena guardar el secreto de su relación con Bertrand y olvidar el rencor de aquellos meses, pero había algo que necesitaba pedirle a cambio.

—Cuidaré de Silene y te acompañaré en lo que tú quieras, pero a partir de ahora necesito que tú cierres los ojos a mis salidas del castillo.

Se quedó muy sorprendida por aquella petición, pero la concedió. El recuerdo de Tadeo me había estado bailando durante nuestra conversación.

VII

Cuando despedimos a aquellas odiosas mujeres, Helena le dijo a Bertrand:

—Puesto que ya no tengo damas, necesitaré a Aisa cerca de mí. Ella recibió una educación mucho más exquisita que la mía y su conversación y sus poemas te serán muy gratos.

—¿Sabes muchos poemas? —me preguntó con cierta burla en su tono.

—Los sabía, pero hace muchos años que salí del palacio de mi padre y no he vuelto a leerlos.

—¿Sabes leer?

—Leo y escribo el árabe, juego al ajedrez y tocaba el laúd. ¿Qué más quieres saber? —contesté airada.

—Pensé que las moras eran más sumisas —se rió.

Helena cortó aquel diálogo que se tornaba hostil.

—Vayamos a dar un paseo. Quiero que los tres seamos muy amigos, pues yo los quiero a los dos y quiero que se quieran entre sí.

—No te hieras conmigo —dijo Bertrand haciendo las paces—. Soy a veces un poco burlón pero creo que Helena tiene razón. Ahora que estas arpías se fueron la vida será distinta en Tamarit. Será sólo *joi*.

—¿Qué quiere decir *joi*? —pregunté.

—Es una palabra provenzal difícil de traducir. Es la alegría, el gozo, el feliz hallazgo de uno mismo, la vida dedicada a la vida.

—Bertrand es un poeta —afirmó Helena con un sentimiento que traslucía su admiración.

—No, no lo soy, nunca he escrito un verso, pero me gusta recitar los de otros. Es lástima que no tengamos un laúd. Podrías acompañarme mientras yo los digo. Los conduje hacia la playa y nos sentamos en unas rocas cercanas a la cueva en la que había estado con Helena.

—¿No echas de menos a Enric? —le pregunté. Desde su partida ni una sola vez lo habíamos mencionado.

Pero Bertrand me interrumpió:

—Si vamos a vivir en *joi* no debemos pensar en cosas tristes. Helena me ha dicho que eres capaz de guardar los secretos y que por eso te ha confiado nuestro amor. No quiero que vuelvas a mencionar nada que recuerde a Roger.

—No hablaba de Roger sino de Enric —le contesté, pero comprendí que debía hacer como si sólo los tres existiéramos en el mundo.

El día era hermoso, yo había vuelto al favor de Helena y tomándolos a los dos de las manos los llevé a la orilla para que sintieran la frescura del agua en los pies.

La vida en el castillo cambió su ritmo. Helena abandonó por completo los hilos y los bordados que parecían ser el destino favorito de las primas de Roger. Puesto que yo me ocupaba de Silene, y Clara prefería mi compañía a la de su nodriza, su madre estaba exenta de cuidados y todas las mañanas, salvo que la lluvia lo impidiera, salía con Bertrand al campo del que no volvían hasta la hora del almuerzo. Por las tardes se encerraban en la habitación donde antes dormíamos Roger, ella y yo, y sólo después de aquella larga siesta subían a la torre, y a veces me llamaban a la cámara de las damas para disfrutar con ellos de la conversación.

Aquella tarde Bertrand dijo que era una buena ocasión para quedarnos juntos sin nada que hacer. Unos nubarrones tapaban el cielo. El agua se desencadenó con fuerza y temblaban los cristales de la ventana.

Helena le pidió a Bertrand que recitara unos versos y él la complació:
—Recitaré éstos. Son de Guillermo, el duque de Aquitania. El más grande trovador de la Provenza.

*Siempre me ha tocado la suerte
de no gozar de aquello que amo;
ni lo haré ni lo hice jamás,
porque, cuando lo hago,
el corazón me dice muchas veces:
Todo es nada.*

—Son muy hermosos, de verdad —acerté a decir—. Todo es nada. ¿Qué querrá decir el poeta con eso? Todo es nada —repetí varias veces.

—Tú no conoces el verdadero amor, Aisa —intervino Bertrand—, porque el amor es amar el hecho de amar, es sufrir porque se ama, es negarse a su placer para obtener la alegría de siempre posponerlo.

—¿No duermes con ella? —le pregunté sorprendida.

—Duelmo con ella, pero no la poseo. Duermo a su lado derecho y me voy llenando de un deseo que me hace crepitar, pero precisamente no quiero consumirlo. Quiero, al contrario, darle más y más leña para que nunca se apague. Luego dormiré con ella del lado izquierdo, y si es necesario para impedir que nos toquemos, colocaré en medio de nuestros cuerpos mi espada. Así hasta que algún día durmamos enlazados y nuestros cuerpos sean como una misma llama, pero tampoco la poseeré. Para ello es necesario llegar a la absoluta voluptuosidad, a una beatitud que me permita entrar en ella y contenerme sin derramarme. En ese momento será como una transubstanciación de nuestros cuerpos y formaremos uno solo.

—Nunca había escuchado unas ideas tan extrañas —dije.

—¿Has sentido eso alguna vez, Aisa? —me preguntó Bertrand y yo recibí un temblor de su voz.

—No lo sé, creo que no.

De pronto, sin haberlo pensado, vinieron a mí unos versos de Ibn Hazam. Los recité como si estuviera sola, como si ellos no pudieran escucharme. Tuve la visión del palacio de mi padre, ante mí se extendía la casa de las mujeres y yo estaba sentada con las otras niñas frente a mi maestra de poesía.

*Mi amor por ti, que es eterno por su propia esencia
ha llegado a su apogeo, y no puede menguar ni crecer.
No tiene más causa ni motivo que la voluntad de amar.*

Debió ser muy cálido mi acento pues ambos se quedaron en silencio. Me pidieron que lo tradujera, pues sin darme cuenta había hablado en árabe.

—¿Será eso lo que quería decir tu poeta?, ¿que la voluntad de amar es nada?

—O todo —dijo Bertrand para sí mismo.

Helena me pidió que dijera más versos de aquel Ibn Hazam.

El poema continuaba pero sus versos se habían borrado de mi recuerdo. Sólo podía decir estos:

*Te amo con un amor inalterable
mientras tantos amores humanos no son más que espejismos.*

—Es un gran poeta —volvió Bertrand—. El amor es un espejo y también un espejismo. ¿Pero cómo sabía él que el suyo era inalterable?

—Quizás porque tenía la voluntad de amar —le contesté.

—Pero el amor no es por voluntad. El amor se impone sobre nosotros —protestó Helena.

—No sé, así lo dice el poeta, la causa del amor es la voluntad de amar —repetí yo.

Me levanté y me acerqué a la ventana. Había dejado de llover pero el cielo estaba muy oscuro, parecía noche. Había un gran silencio, o quizás el mismo de siempre, y yo lo percibía con más fuerza.

—Bebamos un poco de vino —propuso Bertrand—. La poesía nos ha puesto tristes.

El vino por un momento nos calentó el cuerpo y el alma. Sentí que estábamos los tres muy solos, bañados de una soledad que nada tenía que ver con el hecho de que únicamente estuviéramos nosotros en la habitación o de que en Tamarit no hubiera otros habitantes que los del castillo. Me parecía una soledad irremisible que surgía en nosotros como había caído la lluvia, sin nuestra voluntad o nuestra decisión, sin nuestro consentimiento.

Pasaron varios días sin que pudiera ir a visitar a Tadeo. Inconvenientes, circunstancias, todo parecía estar en contra. Algo que me parecía tan fácil como ausentarme del castillo por algunas horas, caminar aproximadamente treinta minutos y encontrar a un ser que no podía desplazarse porque su invalidez se lo impedía, y que estaría allí, en aquellos malolientes establos, sentado en su taburete de ordeñar, esperándome sin otra esperanza que escuchar mi voz, se había convertido en una decisión siempre aplazada y que chocaba contra constantes obstáculos. Un día Silene tenía un malestar, otro lo tenía la nodriza, si no llovía muy fuerte o Helena me pedía que sirviera una rica comida. A nadie podía decirle que ver a Tadeo se había convertido en una voluntad a la que no podía acceder. Llegó por fin un día en que todo parecía estar en calma, Bertrand y Helena habían salido al campo y habían llevado con ellos a las niñas y a la nodriza. Una de las criadas aceptó quedarse con los míos, y yo corrí hacia los establos como si en ello se me fuera la vida.

Cuando llegué y vi a Tadeo sentado en su taburete, como si no se hubiera movido nunca de aquella posición, recordé los versos que había dicho Bertrand: Todo es nada. Verlo era todo, también era nada. Pues, ¿quién era Tadeo para que mi vida cambiara por su presencia?

—¡Hola, morita! —me saludó antes de que yo le hablara.

—¿Y cómo sabes que soy yo?

—Te olí. Pensé que no ibas a venir más.

—Pues ya ves que te equivocabas. No pude venir antes por mil razones, pero hoy sí pude.

—Tengo un vino escondido por ahí. Me lo traje para el día que vinieras.

Me indicó dónde estaba y bebimos un líquido avinagrado que no servía ni para que los curas dijeran misa, pero me lo tomé porque entendía que era el mejor regalo que Tadeo había podido encontrar. Luego señaló una covacha que se veía a poca distancia del establo y fuimos hasta allá.

—No he logrado aprender a caminar con un palo. Será porque cuando me quedé ciego tenía ya veinte años y dicen que para que un ciego aprenda a andar con el palo tiene que ser ciego de nacimiento.

La covacha era poco más grande que la cueva de la playa. Completamente oscura, tropecé con unos bultos.

—¿No tienes velas? —le pregunté, y al punto entendí mi imprudencia.

—No te preocupes, aquí la gente me conoce desde que nací y todavía se les olvida que no veo.

Nos extendimos sobre unos sacos de arpillera y Tadeo buscó a tientas mi rodilla.

—Ponme la mano en tus rodillas —me pidió—, es lo que primero he conocido de ti.

Pero después quise que me tocara los pechos, que me acariciara el vientre, que palpara mi sexo. El olor tan asqueroso que desprendía se desvaneció, tampoco me había fijado en si sus rasgos eran feos o armónicos. En verdad creo que era un hombre corriente, salvo por la falta de expresión que tenía su rostro. Por lo que me había dicho debía tener más o menos la edad de Roger, es decir, unos treinta, pero en la oscuridad de aquella pocilga éramos dos ciegos. Yo tampoco podía distinguir más que un bulto a mi lado, y ese bulto no era joven ni viejo, feo o hermoso, sucio o limpio. Era sólo un secreto que nos unía y ese secreto era saber que todo es nada.

VIII

No quiero de ti otra cosa que amor, fuera de él no te pido nada. Estaba durmiendo y de pronto desperté con la seguridad de estas palabras de Ibn Hazam como si alguien me las hubiera dictado. ¿Era eso lo que yo quería de Tadeo? Sus manos toscas acariciando mis rodillas, su áspera piel restregándose junto a la mía, sus labios tanteando los míos, ¿era aquello de lo que hablaba Bertrand?, ¿había yo alguna vez amado a alguien? Cuando Al-Munim me llamó a su presencia y yo temblaba ante él, intentando mirarlo sin que se diera cuenta mientras jugábamos al ajedrez, ¿lo amaba?, ¿podía una niña amar o era más bien un presentimiento? Un descubrimiento sin antecedente ni consecuencia, la pura espera de pertenecer a otro, la certeza de que ya le pertenecía y de que su presencia me había tomado desde siempre: la convicción de que todo deseo era anterior. Recordar a Al-Munim me dolía. No su cabeza rodando ensangrentada, era ese el recuerdo de su hija, y ya lo había olvidado. No, lo que me dolía con un dolor inexpresable era su mirada mirándome aquella noche en que fui su favorita, y yo supe, sin poderlo pensar con palabras, que ninguna duda podría establecerse en aquella posesión. Pensé entonces en Naryis y me hice la misma pregunta. ¿Amé yo a Naryis? Su presencia esquivada que yo perseguía en los corredores de la casa de las mujeres, ¿era índice de mi amor por ella, o quizá la necesidad de buscar el espejo de mí misma? ¿Me amó Naryis o solamente quiso enseñarme lo que una favorita debe saber? Cuando sus manos me tomaron por la cintura en aquella fiesta del Maharayan, ¿era el deseo quien las guiaba, o Naryis ponía en práctica su delicado conocimiento del cuerpo para pulsarlo como quien lo hace con las cuerdas del laúd?

La imagen de Roger apareció ante mis ojos. Lo vi luchando con un enorme pez, que a pesar de estar fuera del agua vivía. Supe que se hallaba en un gran peligro y que sufría intensamente, pero no llegué a pensar, en ese momento, que lloraba la desaparición de Enric. ¿Era posible que yo hubiera amado al asesino de mi padre, al verdugo de tantos inocentes como cayeron aquella noche, al Señor que decidió mi destino arrancándome de mi pueblo para servirlo en una región ajena y lejana? Yo no lo había amado ni tampoco odiado. Él, entre tantas mujeres como había en mi ciudad, me había elegido para ser su favorita, y yo había encontrado en aquella elección mi lugar. Mi cuerpo, en manos de Roger, no tenía dudas. Saber si yo lo amaba me era excesivo. El temblor de Enric, acostado a mi lado en la arena, me rozó. Su mirada asustada había quedado en mí diciéndome que yo, de un solo gesto, podía herirlo mortalmente, porque él me necesitaba sin tener poder alguno sobre mí, y yo quise responder a su inermidad. Pero tampoco creo que amé a Enric, aunque lloré mucho su muerte.

Volví a recordar a Naryis para intentar recobrar si ella me había enseñado la respuesta a las interrogantes que habían venido a torturar mi imaginación, pero encontré un vacío. Nada había en lo que me enseñó que no fuera cómo preparar mi cuerpo y disponerlo al goce del otro. Ahora yo quería saber si más allá del placer se encontraba otro reino, aquel del que hablaban los versos que había escuchado a Bertrand, aquel que anhelaba Helena, aquel que decía nuestro poeta, *te amo con un amor inalterable, mientras tantos amores humanos no son más que espejismos*. Nada había en mi vida inalterable. Todos sus acontecimientos eran la prueba de que mi destino había seguido un trazado impredecible, y los seres que me rodeaban eran como las nubes que siempre dibujan un rostro diferente. ¿Qué era yo para ellos? ¿Qué había sido yo para Helena más que una sierva, que lo mismo podía alcanzarle el cofre de sus vestidos que enseñarle un mejor ritmo para el placer que el que ella podía darse a sí misma? ¿Qué había sido yo para Roger sino un cuerpo destinado a su contento, elegido para su contento, desbordado en su contento? ¿Y Enric? ¿Había sido para él algo más que la iniciación de

un muchacho tímido que sigue las huellas de su padre? ¿Acaso Al-Munim volvió a recordar la noche en que me tuvo cuando el sol oscureció de nuevo y llamó a su lado a cualquier otra de sus concubinas? ¿Recordó que era mi padre entre tantos hijos e hijas como tenía?

Nadie me había amado nunca, ni siquiera Yadiyá se ocupó de saber si me hacía falta su sonrisa cuando estaba en los brazos de mi nodriza. Y ahora aquel poema me había suscitado un anhelo que nunca antes había puesto en palabras. Sus líneas me habían hecho creer en algo desconocido, y me habían tentado con su remota presencia, tal como de niña deseaba mirar un mar inalcanzable. ¿Era la poesía un territorio habitable o solamente la fantasía de Ibn Hazam que alguna vez quiso lo mismo que yo estaba queriendo ahora? Pensé de nuevo en Tadeo. ¿Podía amarme alguien que nunca me había visto? ¿Podría ser yo para él otra cosa que un bulto que hablaba?

Si existía algo que pudiera unir a dos seres a lo largo de los años sin que se vieran, se escucharan o se tocaran, ¿qué era y por qué yo no lo conocía? Un espejismo, una voluntad de amar, un propósito sin fin. Y sin embargo, un reino que me excluía. Al final, pensaba, cuando Bertrand y Helena estén a solas, y ella emprenda los ejercicios que le enseñé, nada ocurrirá entre ellos que sea muy diferente a lo que Tadeo y yo hacemos en su pocilga. Sus cuerpos se encontrarán, sus lenguas se mojarán la una a la otra, un centelleo brillará en su interior, y luego todo será la misma oscuridad que ven los ojos de Tadeo. Nada hay entre ellos que yo deba envidiar, me dije, y si Bertrand quiere probarme encontrará en mí a una mujer que sabe más del placer que todas las que haya conocido en sus viajes. Pues el tiempo había pasado, y yo, Aisa, era ya una mujer.

Todo es nada, pensé, y me dispuse a ir al encuentro de Tadeo. Lo encontré en la covacha sentado a la puerta y mirando el cielo.

—¡Buenos días, morita! Te echaba de menos.

Yo lo tomé de la mano y entramos a la oscuridad. Pensé que si yo hubiera sido una vieja, una mujer deforme, una obesa o un ser repugnante, para él nada cambiaría. Su apetencia de mí nada tenía que ver con mis rasgos. A veces él me había pedido que se los describiera pero no hay nada en las palabras que pueda explicar un rostro. «Tienes que creerme que soy hermosa», le dije una vez en que insistía en que le explicara cómo eran mis ojos. «Tienes que creer en mi palabra, o mejor dicho, en la palabra de los que me han visto». Y se contentó con ello.

También yo tenía que contentarme con reconocer el placer de nuestro encuentro en sus manos, en su respiración, en el calor húmedo de su boca. A través de su mirada opaca supe que la única vía para reconocer los presagios del deseo no son los ojos. En su voz yo encontraba la respuesta a lo que él quería de mi cuerpo, y él también en la mía, pues me pedía que le hablara mientras estábamos juntos, y decía que mi voz lo iba guiando en mi gusto.

A veces Tadeo recogía para mí frutas o las robaba. Me traía una jarra de leche de la que ordeñaba y también flores. Sus regalos me eran gratos y yo no le dije nunca que en el castillo disfrutaba de la misma comida que los señores y que nada me faltaba. Vestía con ropa tan buena como la de Helena, mis hijos recibían el mismo trato que los suyos, y, en mi condición de dama, los sirvientes, muy a su pesar, habían terminado por obedecerme. Pero Tadeo seguía viendo en mí a una hambrienta criadita del castillo de Tamarit, ávida de un pedazo de pan y queso, y yo preferí mantener en él aquella ilusión, ya que era lo único que le permitía explicarse nuestro encuentro. Él nunca hubiera creído que yo acudía a verlo porque era feliz en su compañía, y pensaba que mientras tuviera comida para darme yo volvería. Así pues fingía que pasaba mucha hambre y que las criadas me daban las peores sobras porque me despreciaban por mi raza.

Era su absoluta necesidad de mi cuerpo, más allá de cualquiera de sus rasgos, que él no podía ver, lo que a mí me retribuía de la soledad en que me había dejado la ausencia de Roger y la mutua entrega de Helena y Bertrand. En la oscuridad de su mundo, mis manos encontraban el cuerpo de Tadeo como por sorpresa, de modo que él no podía prever si yo tendría su miembro en mi boca o en mi vagina, si le besaría el cuello o le acariciaría su velludo pecho, si lo esperaría acostada hacia arriba o boca abajo. Y en cierta forma, era también una sorpresa para mí, porque la covacha que le servía de habitación recibía tan poca luz que muchas veces no distinguía tampoco yo sus intenciones hasta que se manifestaban. Su potencia era firme, sostenida, y podía esperarme cuanto yo quisiera, aunque siempre nuestros actos fueron rápidos, en parte porque yo no contaba con demasiado tiempo para alejarme del castillo, y en parte porque así era nuestro modo. No era mucho lo que hablábamos ni lo que podíamos compartir, salvo un olor ciego. Tadeo a veces me contaba historias de su niñez o de cuando había sido halconero de Roger, y yo intentaba relatarle mi infancia en la casa de las mujeres del palacio de mi padre, pero ni a mí me interesaban mucho sus recuerdos ni él comprendía los míos, pues se trataba de mundos tan distintos y él era un ser tan iletrado que nuestro diálogo no tenía más sentido que aprovechar un rato que sobrara después de que ambos estuviéramos agotados. No podía compensar con Tadeo la iluminación que en mí había despertado Bertrand cuando lo escuché por primera vez recitar los versos de Guillermo de Aquitania.

Bertrand y Helena se hallaban tan embebidos en su propia contemplación que ni siquiera ponían demasiado cuidado en reservarse. Con frecuencia yo entraba en la sala de la torre de las damas y los encontraba allí leyendo o hablando largamente. Como si fuera un perrillo que acudiera a los pies de su ama, Helena me dejaba estar y a veces ni reparaba en mi presencia. Él, mucho menos. Un vago gesto era todo lo que yo podía esperar como reconocimiento a mi existencia, si no era que me mandaban a buscarles vino o alguna cosa que necesitaran. Mantenían sus conversaciones en su lengua y no lo hacían por esconder sus pensamientos sino simplemente porque yo no era nada para ellos. A veces me llamaban para compartir algunas poesías, pero siempre Bertrand conseguía herirme haciéndome ver que yo no era un espíritu tan cultivado como Helena quería otorgarme, y sobre todo obligándome a sentir que yo era de una condición inferior.

Concebí el deseo de entregarme a Bertrand y entré así en una agonía que desconocía. ¿Por qué permití que aquello me ocurriera? ¿Podría haber impedido aquella crueldad contra mí misma? Si el poeta decía que la causa del amor es la voluntad de amar, ¿cómo fue posible que mi propia voluntad me hubiera llevado por un camino tan ingrato? Si hasta ese momento yo consideraba que toda mi vida había sido el cumplimiento de un designio, ¿por qué la primera vez que ejercía mi voluntad era para infligirme un sufrimiento?

—¿Por qué hay un gozo sufriente en el amor? —le pregunté un día intentando renovar nuestra conversación.

Pero Bertrand dijo que estaba cansado para explicaciones y que se retiraría a su habitación, y yo quedé exhausta. Su desaparición fue como si se cerrara todo el mundo frente a mí. Yo quería ser su sierva, quería aprender de él aquella experiencia que él me había revelado, y él ni siquiera me veía con codicia. Para él yo no existía. Y de pronto comprendí que amar es empezar a sufrir, y que había aprovechado mi primera lección.

Mi vida se había convertido en el anhelo de ver a Bertrand aunque fuera por unos breves momentos. En esperar que él me hablara y que en sus palabras hubiera siquiera un rastro de atención hacia mí. Que, aun cuando fuese una orden, al menos se dirigiera a Aisa y reconociera su existencia. En tratar de adivinar el menor capricho que

podiera complacerlo o darle alguna felicidad. Ciertamente él lo aceptaba desde la distancia de ser un señor, y yo la dama de su dama: una joven árabe que vivía cautiva, cuyo nombre olvidaría cuando se fuera, cuya vida no valía la de uno de sus perros de caza. Helena percibía la verdad de lo que me ocurría pero no se mostraba celosa ni inquieta por mi presencia. Estaba segura de que yo no era nada para él.

Los contemplaba desde lejos mirarse por tiempo que parecía infinito, cada uno perdido en el otro, apenas si rozándose, y hablando como si en cada palabra se derramaran. Yo esperaba que después se entregarían el uno al otro, pero no ocurría así, y me era inexplicable cómo sus cuerpos no se rebelaban ante aquello y cómo podían saber que se amaban si no perdían la conciencia de sí mismos. Era como una borrachera sin vino, pensaba yo, y una soledad absoluta me invadía porque yo nunca podría ser Helena.

Tuve una vez un momento de ofuscación. Helena estaba haciéndose las sangrías en la sala de la torre y Bertrand jugaba con Clara y Silene enseñándolas a montar en una yegua joven, cuando la nodriza las llamó y por un momento él quedó solo. Yo lo había estado espiando mientras reía con las niñas que estaban muy atemorizadas del animal y su imagen me dejó capturada. No había una imagen que más me hiriera que la suya agachándose para ayudar a subir a Clara sobre la montura. Salí de mi escondite y me puse frente a él. Sentado en un banquillo de madera que había utilizado para elevar a las niñas, el sudor mojaba su pelo y se refrescó echándose agua en la cara.

—Sírreme más agua —me dijo sin sorpresa, como si hubiera sabido que estaba allí mirándolo, o como si no le importara en absoluto.

Hablé sin saber lo que decía:

—Yo quiero ser el agua para ti —y al instante sentí la extrañeza de oírme a mí misma.

Bertrand me miró aún más sorprendido.

—Sírreme agua, te dije.

Fui al pozo y saqué agua. Me acerqué con el cubo y llené la jarra de la que bebía.

—Estoy a tus órdenes —continué.

—No te quiero cumpliendo más órdenes de las que te doy. Y ya he calmado la sed.

Se levantó del banquillo y se alejó. Yo me fui a mi habitación y cerré los ojos. Sus palabras quedaron golpeándome como si alguien tratando de matarme a palos no lo hubiera logrado. Si amar es empezar a sufrir, aquella era la prueba más contundente. No podía articular ningún pensamiento, no sentía nada, no deseaba nada. Si amar era la voluntad de amar, yo había ejercido la voluntad de morirme y había utilizado como instrumento a otro. Me acometió una fiebre muy alta y Helena vino a visitarme, preocupada. Tampoco quería verla a ella, ni mis hijos eran para mí ningún consuelo. Cuando Naryis me había predicho que yo sería la favorita del Señor, sin duda ignoraba a Bertrand Ros.

Tuve aquella noche una visión. Una figura, cuyo sexo no podía distinguir, se acercaba a mí enseñándome unos números: «2 de 3». A continuación aquellas extrañas cifras desaparecían y la figura se convertía en un animal, un león que se sentaba a mis pies y buscaba mis caricias como si se tratara de un perro. Desperté sudando y muy agitada, una fuerte tos me sacudía y tenía un picor insoportable en la garganta. Después me sobrevino la calma, mis hijos, que dormían al lado mío, respiraban tranquilos, y el silencio del castillo, a veces intolerable, se extendió sobre mi sueño. Dormí muchas horas y Helena ordenó que no me despertaran ni inquietaran pues estaba enferma. A mediodía bajé en dirección a la playa. Me extendí en la arena, cubierta con un manto

pues el viento refrescaba, y me dejé estar sin conciencia de las horas. Cuando comenzó el poniente comprendí mi sueño.

Regresé al castillo y encontré a Helena muy inquieta por mi ausencia. Un sirviente le había advertido que yo me encontraba en la playa y ella me había dejado estar, pero ya la noche empezaba a caer y temía por mi salud. Me recibió preocupada y me dio a entender muchas señales de su afecto por mí, pero yo no deseaba hablarle de lo que me ocurría. Comprendí que Bertrand no le había dicho nada de nuestro encuentro del día anterior ni del breve diálogo que habíamos sostenido, por lo que mi estado le era absolutamente inexplicable y lo adjudicó a alguna enfermedad. El médico que la había sangrado se hallaba aún en el castillo y Helena insistió en que debía examinarme, pero yo me negué a ello y le pedí que me dejara descansar. No hablamos más de lo ocurrido y al día siguiente yo me sentía recuperada. Únicamente obsesionada por aquel acertijo que se me había presentado en mi visión.

Mis visitas a Tadeo se espaciaron. Cuando por fin volví, su tono de voz no escondía la irritación que le había producido mi ausencia. La justifiqué diciendo que había estado enferma, pero o no me creyó o no le pareció motivo suficiente para ella. Nos dirigimos como siempre a su covacha pero nuestro encuentro fue áspero, ingrato, seco. Tadeo me poseyó como llevado de la intención de hacerme sentir una de las ovejas que a veces tomaba para descargarse. Se limitó a penetrarme varias veces, sin un gesto que delatara otra cosa que la urgencia. Cuando terminó me ofreció una hogaza de pan y la estuvimos comiendo juntos sin hablar. Luego me dijo que me fuera y así lo hice. Decidí no volver. Únicamente Bertrand aparecía en mi horizonte y aquella extrañeza me envolvía de modo tal que prefería estar a solas para entenderla.

Mi vida en el castillo siguió sus acostumbrados incidentes pero yo me sentía fuera de ellos. Era como si me hubiera ausentado de mí misma y me sorprendía encontrarme en medio de ensoñaciones que tenían como centro a Bertrand. Apenas si lo veía, no sé si porque él me evitaba, o si porque era tanto mi deseo de verlo que todo me parecía poco. Comíamos los tres, como siempre, y yo pasaba la mayor parte del tiempo en silencio. Me daba pánico hablar, decir algo que a él pudiera molestarle o parecerle necio, y también quedarme callada y que él interpretara mi silencio como prueba de estupidez o capricho. No sabía en fin cómo conducirme a mí misma y comprendí que el amor, como en mi visión, podía volver perro inofensivo al más temible león. Empezar a amar es ser inerme, pensé, y esa es mi segunda lección. Un tono molesto en su voz, una sonrisa que me parecía de burla, un gesto de enfado de su parte era temer que de pronto, y sin que mediara ninguna razón, Bertrand podría pedirle a Helena que me arrojara del castillo y ella lo obedecería sin más. Pero me fui dando cuenta de que interpretaba mal sus matices y que en verdad sus enfados tenían como causa motivos tan ajenos a mí como que el copero había derramado el vino o la comida había llegado fría o unas nubes habían impedido una tarde de caza. Yo seguía sin existir para él y esa era la razón de mi mayor infelicidad. Quería proporcionarle algo inapresable que me hiciera insustituible. Saber que yo no era más que una presencia nimia, se convirtió en una tortura. Si él había despreciado mi cuerpo, ¿qué podría ofrecerle? Si el sabio placer que él podía extraer de mí no le despertaba ni siquiera una curiosidad, ¿qué me tocaba esperar? De pronto sentí que yo no era nada, salvo lo que una vez pensé de Roger, un animal mojado de placer.

IX

Una luz muy clara entraba por las ventanas de la torre. Debía ser ya la primavera. Me asomé a ellas como había visto hacer a Helena cuando esperaba a Bertrand y yo ignoraba el motivo de su permanente tristeza. Entonces pensaba que Roger era un fruto del cual ella perdía el sabor y me sentía satisfecha de ser la favorita de mi Señor cada vez que venía a mi encuentro en el estrecho jergón que me correspondía. La voz de Bertrand me sorprendió.

—Despiójame –ordenaba.

Se sentó en los cojines y yo lo hice detrás. Su docilidad en aquel momento es uno de los recuerdos más gratos que conservo. Cuando estaba terminando, Helena entró en la sala y se burló de nosotros.

—¿Nadie echa de menos mi presencia? –preguntó.

Bertrand se levantó del suelo inmediatamente y la ayudó a reclinarse.

—No quisiera someterte a una tarea tan baja –dijo.

—Todos estamos llenos de piojos. Sácelos a mí también, Aisa.

Procedí a ello y era largo de ejecutar pues Helena tenía el pelo muy abundante. Mientras lo hacía percibí en ella un temblor, pero no me detuve en considerarlo.

—Juguemos al ajedrez –propuso Bertrand.

—Pero es un juego de dos –contesté.

—Caballero contra damas. Un hombre vale más que dos mujeres.

Dispusimos la partida y Helena y yo ganamos rápidamente.

—Vaya con la morita –exclamó Bertrand—. Has dirigido muy bien tus piezas porque yo estaba distraído, hagamos otra.

Iniciamos un segundo juego y esta vez fue algo más lento, pero Helena aceptaba sin discusión mis movimientos y de nuevo conseguí ganarle.

Bertrand estalló en risas. Estaba de buen humor y que yo le ganara lo hacía sentir como un niño desafiado.

—Dejemos el ajedrez para otra ocasión porque mi honor se verá maltrecho. Nunca había jugado con una mujer que pensara como un hombre.

—El ajedrez no tiene sexo –le contesté.

—Eres tú muy resabida, Aisa, siempre tienes una respuesta. ¿No te enseñaron que la mujer es alumna y el hombre maestro?

—Todas mis maestras fueron mujeres.

La conversación y el tono alegre de Bertrand me animaron a pedirle que volviera a hablar del amor. Quería aprender más sobre aquel desconcertante ser. Porque había llegado a pensar que el amor era un ser vivo. De pronto lo había concebido en mí, en forma silenciosa y desprevénida. Lo había sentido crecer dentro de mí y sin poderlo detener ni evitar había tomado fuerza y vida propia. Me acompañaba como un animal cariñoso que me tranquilizaba cuando me sentía desolada, pero también me mordía y me torturaba, como si fuera un enemigo que me odiara. Era una presencia que me seguía en todo momento, o que me esperaba por las noches para recordarme su existencia si llegaba a olvidarlo. Me parecía que ya no podría desembarazarme de él, y que él viviría en mí cuanto quisiera.

—¿Qué más quieres saber del amor, Aisa? –me preguntó Bertrand.

—Quiero saber –le confesé– qué esperanza tiene el amante, cuando sufre por el desprecio de su amado.

—Si quieres aprender a amar, tienes que tener paciencia. Las urgencias no son del reino del amor. Por el contrario, el amor exige largas pruebas. Dice así Guillermo de Aquitania:

*Por eso obtengo menos placer,
porque deseo aquello que no puedo obtener.*

—No me gusta sufrir —hablé como para mí misma.

—No se elige el sufrimiento. Se acepta o se rechaza —dijo Helena.

—¿Y qué ganancia hay en ello? ¿No es acaso más fácil el contento del cuerpo? El cuerpo no se escapa, en cambio el amor del que tú hablas parece una sombra. Una vez que nos acercamos a ella, se desdibuja.

—El encuentro de los cuerpos es pecado —sentenció Helena—, lo dicen los clérigos.

—Tu religión es muy dura y los clérigos odian la felicidad.

—Eso es cierto —afirmó Bertrand—. Por eso mi doctrina proclama el amor puro, el amor inocente, el amor que no busca otra cosa que la joi.

Hacía tiempo que no escuchaba a Bertrand pronunciar aquella palabra.

—Se decía de Guillermo de Aquitania que era un impío, que había fundado una abadía para reunir en ella a todas sus amantes, y que disfrazándolas de monja las tenía como hacen los moros con las suyas.

—Pero los moros no las tienen bajo engaño —reclamé—. Abiertamente están allí para contento del Señor.

Bertrand no quería aquel día hablar seriamente.

—Si la doctrina órfica es cierta y la existencia de los hombres tiene varios ciclos, en mi próxima vida quiero ser un sultán.

—Pues ya tienes aquí tu pequeño harem —rió Helena.

—Debe ser más fácil escoger a una entre cientos, que a una de dos. Las mujeres pueden ser como leonas cuando están celosas.

Reímos las dos.

—Me parece —dijo Helena— que eres un gran mentiroso y que la espera del placer que tanto predicas no es sino un arma para aumentar las ganas.

Yo reía sin convicción. Todos los gestos de Bertrand, su voz, su entonación, sus movimientos, sus bromas no hacían sino llenarme más de su necesidad. El amor del cuerpo, que tanto inquietaba a Helena, me parecía solamente el escalón para llegar a él. Quería encontrar en su mirada una llamada que me nombrara única, y en su lenguaje una palabra nunca dicha. Hubiera deseado que él fuera infeliz, que tuviera una carencia, una fisura que sólo yo pudiera llenar. Quería tener el poder de otorgarle la felicidad o la desgracia, no quería ser su favorita sino un todo absoluto que le hiciera olvidar que el resto del mundo existía. Quería, por primera vez, no ser lo que yo era, un cuerpo educado para el goce, sino alguien capaz de hacer sentir a otro mi existencia. Pero Naryis no me había enseñado ese don y ahora yo debía aprenderlo sola. Al evocarla me acordé de que una vez me había relatado que Al-Munim la poseyó junto a otra danzarina.

—El amor es un animal de muchas cabezas —se me ocurrió decir.

—Ya ves, Helena, lo que dice Aisa —añadió Bertrand—. ¿Y cómo sabes tú tantas cosas?

No le contesté, me incorporé y apoyándome contra la ventana me quedé sosteniéndole la mirada.

Me pareció que él no la retiraba, y por un instante vi en su rostro sorprendida su mirada en la mía, pero inmediatamente se recuperó y comenzó a hablar con Helena en su lengua para que yo deshiciera cualquier ilusión que me hubiera creado. Decidí retirarme a mi habitación y no volví a encontrarlos en el resto del día. Me sentía humillada, tocada por un golpe del que no tenía defensa, como un niño a la intemperie,

y me prometí a mí misma que no volvería a jugar a aquel necio juego del amor. Pero mi promesa era tan débil como poderoso el sentimiento que había hecho carne en mí. Bastó que el dolor se mitigase en algo para que mi esperanza volviera a zarandearme. ¡Qué invento tan absurdo es este!, me dije. Es producto de uno mismo y rápidamente se apropia de nosotros. Quisiera volver a recuperar mi libertad. Pero era mentira, no hubiera por nada en el mundo renunciado a aquel desconcierto. La vida me parecía un desierto y nada tenía razón de ser sino era estar con él.

Volví con Tadeo pero el secreto que nos había unido estaba ahora desvanecido. De nuevo en la covacha, sudando encima de los sacos de arpillera, sentí repugnancia de mí misma. Mi cuerpo no me obedecía porque había sido habitado por otra necesidad, y estar con él resultaba un ejercicio sin finalidad. El placer había dejado de solicitarme, quería un encuentro absoluto, quería alcanzar la *joi*. Por fin llegó la ocasión.

Bertrand y Helena habían decidido pasar el día en el campo, como solían hacer con frecuencia. Helena me llamó y me dijo que buscara también un caballo. Bertrand y ella querían que yo los acompañase. Comprendí que mi presencia había sido discutida previamente y que no había azar en su invitación. Me sentí invadida por una alegría absoluta, ya que no me cabía duda de que nuestro paseo me llevaría, de la manera que fuese, a que Bertrand estuviera conmigo. Cuando llegamos cerca del río y sacamos las provisiones, teníamos hambre y bebimos también del vino que llevábamos, luego nos acostamos en la hierba y quedamos en silencio. Helena se acercó a mí y me dijo al oído si recordaba que allí había tenido lugar nuestro primer encuentro. Había de aquello transcurrido bastante tiempo y la memoria de su piel me había abandonado, pero ella, al parecer, conservaba fresco el momento. Sin decirme más me abrazó y comenzó a hablarme con palabras muy dulces que nunca me había dicho. Yo la dejé hacer, a medias sorprendida, a medias inquieta pues temía que Bertrand se molestara al verse excluido. Entre los brazos de Helena, que me besaba con mucha fuerza, vi que él se aproximaba y se sentaba al lado nuestro. Nos miraba hacer, como si contemplara una pintura lejana, hasta que poco a poco fue acercándose. Se arrastró hasta estar completamente pegado al cuerpo que formábamos Helena y yo, y con cada uno de sus brazos nos acarició a cada una. Yo quedé paralizada ante su proximidad y un temblor me recorrió toda la espalda que Bertrand acariciaba. Me desenlacé de Helena y lo besé en los labios profundamente, decidida a hacerlo aunque él me rechazase y aunque fuera lo último que ocurriese en mi vida. La *joi* entró en mí porque Bertrand continuó mi beso, y después de un largo rato, o al menos a mí me lo pareció porque perdí conciencia exacta del paso del tiempo, escuché sus palabras atropelladas hablándome, sin saber qué me decía, pues algunas eran en su lengua. La avidez con que intentaba besarme el rostro y las lágrimas que me caían abundantemente, la sensación de estar fuera de mí, en una condición que yo desconocía, con un placer que no venía de mis órganos sino de una plenitud interior, de una pérdida de mis propios límites, me hacía sentir que aquel estado no podía prolongarse mucho. Yo comencé también a hablarle en mi lengua y no recuerdo qué le dije. En verdad no supe qué le decía.

Después sé que Helena se acercó a nosotros, sentí su cuerpo junto al mío, y mientras Bertrand se dejaba acunar entre mis pechos ella me acariciaba la espalda y el pelo. Él entonces pasó sus brazos por encima de mi cuerpo y alcanzó el de ella, y quedamos los tres así unidos en un estrecho abrazo sin movernos. Bertrand se quitó toda la ropa y yo lo vi desnudo por primera vez, fue él entonces quien se acostó en medio de nosotras y Helena tomó en la boca su miembro mientras yo lo besaba. Era como un juguete compartido y como si cada una intentara llevarlo al mayor placer, o como si entre las dos quisiéramos alcanzar la plenitud que un solo cuerpo no podría. Luego yo

me desnudé y, sentándome cerca de su cabeza, atraje a Bertrand hacia mí para que su lengua me recorriera. Helena se sentó a horcajadas sobre su cuerpo y vi su erecto miembro entrar en ella una y otra vez, al mismo ritmo en que su lengua calentaba mi interior.

Sentí un impulso a tocarla y me acerqué a ella, para desnudarla también y besar sus pechos. Acostada entre Bertrand y yo, Helena gemía, pues él aplastaba su miembro contra sus nalgas y yo chupaba de sus pezones fuertemente. Era como el deseo entre él y yo, y ambos queríamos tocarnos a través de ella. Se escurrió entre nosotros y quedamos Bertrand y yo solos, nuestros cuerpos pegados como una sola figura. Me penetró y estuvo en mí hasta que exhalé un gemido que me pareció romperme. Lloré de nuevo y Helena me acogió entre sus brazos y besó mi rostro largamente. Exhausta escuché que Bertrand la tomaba a ella y cerré los ojos.

Cuando los abrí ellos permanecían como dormidos. Un ruido me había despertado. No lejos de nosotros unas ramas se habían movido. Me quedé expectante, pensando que se trataba de un animal o temiendo que alguno de nuestros caballos se hubiera soltado. Pasaron unos minutos y las ramas se movieron de nuevo. Entonces pude ver con claridad que una persona estaba detrás. Fingí dormir para que se delatara, y en efecto en pocos instantes una mujer salió de su escondite y corrió en dirección opuesta. Pude reconocer en ella a una de las vaqueras que ordeñaban con Tadeo. Cuando Bertrand y Helena abrieron los ojos, no quise decirles nada de nuestro incómodo testigo. Regresamos al castillo en un estado de excitación y euforia que nos embargaba totalmente, y permanecemos juntos en la torre hasta bien entrada la noche.

Fuimos muchas veces felices como aquel primer día, y olvidé la desagradable visión.

El castillo entró en un revuelo cuando llegó el anuncio de la visita de fray Jerónimo de Claramunt, abad del convento próximo a Tamarit. Fray Jerónimo envió dos mensajeros que solicitaban el asilo del prelado en su viaje a otros reinos cristianos, y muy a disgusto Helena no tuvo otro camino que contestar que no habría para ella mayor consuelo, en ausencia de su esposo, que recibir a tan alta dignidad.

Bertrand no ocultaba su preocupación. Era Jerónimo de Claramunt un hombre conocido por su dureza e intolerancia ante la herejía, amigo de los obispos provenzales que habían perseguido la secta cátara, y aquella visita intempestiva no le parecía casual. Pensaba que su propósito era investigarlo a él y conocer si su presencia se debía a la intención de propagar en el Levante las doctrinas de los hombres puros, pues así se llamaban a sí mismos. Helena trataba de disuadir de él estos presentimientos pero tampoco lograba tranquilizarse, y por mi parte comprendí que, cualquiera fuese la intención de aquel hombre al visitar el castillo, su efecto sería desfavorable para todos. También yo sentía temor y le pedí a Helena que no bien llegara le hiciera saber que tanto mis hijos como yo estábamos bautizados y éramos fieles practicantes de la doctrina de Roma, y rogué a todos que desde aquel momento llamaran a mi pequeño Tamím con el nombre de Tomás. También los sirvientes se hallaban conmovidos por aquella visita y vacilaban entre considerar que Tamarit se constituiría en un lugar santo o que la presencia del ilustre huésped sería una ingrata ocasión que aumentaría sus tareas.

Llegó varios días después con su séquito, y en la entrada principal de la fortaleza lo esperaban Helena y sus hijas en compañía de Bertrand y el párroco. Yo, deliberadamente, estuve ausente pues Helena juzgó más prudente relegarme de nuevo a mi condición de sierva y pasé otra vez a alojarme en el ala reservada a los criados. La primera vez que lo vi fue en el comedor, al cual entré portando las fuentes del banquete de recepción, y él no reparó en mi presencia ni la distinguió del resto de las criadas. Fray Jerónimo era un hombre fuerte, de edad madura pero no viejo, obeso, con una voz estentórea y modales groseros y llanos que contrastaban con la elegancia de Bertrand.

Pasó toda la comida bromeando y bebiendo en abundancia y sólo a los postres, que yo había preparado, se fijó en mí y preguntó si era mora. Helena explicó mi origen y por qué me hallaba en el castillo, y fray Jerónimo quiso saber, como ya habíamos previsto, si era cristiana. Nada más se produjo entonces pero me había resultado evidente la poca simpatía que le deparaba a Bertrand y el tono duro con que respondía a las amabilidades que éste trataba de dispensarle. Terminó el banquete y se retiró a dormir a las habitaciones que Helena había dispuesto para él y sus servidores, y nosotros tres nos reunimos en la torre, a reconsiderar nuestra vida que aquel hombre estaba rompiendo.

Desde aquel primer día en que los tres habíamos compartido la *joi*, no nos habíamos separado ni un momento. Ignoro si Helena y Bertrand se habían encontrado a solas, al menos yo no había violado nuestro pacto, dos de tres, y había aprendido a amar a Bertrand en la presencia de Helena.

La intromisión de fray Jerónimo deshacía nuestra alegría y quizás esa era otra lección que me faltaba por aprender, y era que el amor es siempre una condición maltrecha. Convinimos el cese de todo encuentro, mi permanencia en las dependencias menesteriles y una actitud expectante ante los motivos de su visita. En aquella primera ocasión no se había tratado ningún tema relativo a la fe pero Bertrand insistía en que un propósito inquisitorial era la causa de su venida. Al día siguiente fue domingo y el

mismo fray Jerónimo ofició la misa, ayudado por Bertrand, quien sumisamente se inclinó a recibir la comunión, aun cuando ese rito había sido execrado por los cátaros.

Después del almuerzo dominical, en el que pude observar que fray Jerónimo comió como si fuese un puerco, ordenó que se celebrase una fiesta para los campesinos que eran siervos del castillo y mandó a llamar a los habitantes de la aldea en la que yo había conocido a Tadeo. Era verano, la claridad se prolongaba y en la oscuridad tardía las luces de las fogatas de los aldeanos resplandecían en los ojos afiebrados del abad. Parecía disfrutar aquella fiesta como si de tiempo la hubiera estado esperando, y rió y aplaudió ante las torpes danzas y canciones que los campesinos ejecutaron para él. Era costumbre que los señores del castillo los llamaran para ello en ciertas fechas señaladas, y echaban de menos que no se hubiera hecho así desde hacía tiempo, porque, desde la partida de Roger, Helena no los había vuelto a convocar, perdiendo así la oportunidad de comer y beber con una abundancia que les estaba negada.

Durante la fiesta yo ocupé el lugar que habíamos convenido, y estuve por tanto entre los criados, bien alejada de los asientos que se habían dispuesto para los señores. Busqué entre los campesinos a Tadeo pero no lo encontré, y su ausencia me inquietó. ¿Por qué Tadeo no había concurrido al castillo si la gente del pueblo lo consideraba un mago de la flauta? Pensé que no sería difícil averiguarlo y que aquel pequeño misterio necesitaba de una explicación. Mezclándome entre los visitantes fui escudriñando sus rostros hasta dar con el de la mujer que nos había espiado aquel primer día en que Bertrand, Helena y yo nos encontramos en el río.

Para suerte mía estaba muy borracha y no me fue difícil hacerla hablar. Empecé por donde sabía mejor podía complacer a un espíritu tan bajo, la maledicencia. Expuse ante ella todos los defectos imaginables que podía achacar a Helena, su ruindad, su mezquindad para conmigo, el hambre que pasábamos todos los criados y los caprichos que hacían de ella un ser cruel. La vaquera reía enseñando su boca desdentada, feliz de poder sentirse superior a un ser que era dueño de su vida, y auguraba para ella el castigo de las llamas perennes del infierno. Fui un poco más allá, confiando en que aquella mujer había bebido tanto que no recordaría nuestra conversación al día siguiente, y le insinué que Helena, ciertamente, merecía el castigo de todos los demonios. Sus carcajadas se ahogaban en los gritos y cánticos de los demás.

—Esa señora es una puta —sentenció, y acto seguido volvió a su risa.

Hice un gran esfuerzo para reír con ella pues necesitaba convencerla de mi complicidad. Mi actuación tuvo éxito.

—¡Cómo le gusta revolcarse a esa puerca! —insistió la mujer.

Le serví más vino y bebí con ella, dándole ánimos para que continuara.

—Folla como una Magdalena —y luego, acercando su avinagrado aliento, me dijo:

—Si no dices nada, te contaré aún más. Esa mujer es una demonia. No se contenta con los hombres...

Temía que algo o alguien pudiera interrumpirnos. Nos estábamos acercando a lo que era mi intención, saber si había visto o no la escena del río.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté.

—Porque una vez fui al río a lavar una ropa y escuché un ruido. Era ella que estaba con el Señor de Ros, el que dicen que es su primo, el francés, y estaban con otra mujer —volvió a las carcajadas—. Estaban los tres revolcándose como los mismísimos cochinos.

—¿Y quién era la otra? —insistí.

—A la otra no la pude ver, pero de que era una mujer no me cabe duda porque le vi el culo. Y un culo de hombre es distinto a un culo de mujer —me daba palmotadas en las piernas y me pedía más vino.

—Y tú, esto, ¿no se lo habrás dicho a nadie?

—A nadie, a nadie, ¿a quién se lo iba a decir? ¿Para que me fueran a hacer algo? Yo no le digo a nadie lo que veo, a nadie. Ni siquiera le he dicho a nadie que tú antes ibas a ver a Tadeo.

—Por mí se lo puedes decir a quien te guste.

—Sí, sí, pero no soy yo de andar sembrando cizaña. A lo mejor luego le pasa algo a Tadeo, y yo a él, yo a él le he querido, ¿sabes? Antes que se volviera ciego me iba a casar con él, pero él no quiso, y ya ves, Dios lo castigó.

—Y tú con él, ¿hablas mucho?

—Bah, a veces, cuando ordeñamos, unos días sí, otros no.

En eso un tropel se acercó a nosotras y cogiéndonos de las manos nos obligaron a salir con ellos a bailar. Pero ya había averiguado lo suficiente. No sabía cómo ni por cuáles medios, pero entre la visita de fray Jerónimo y Tadeo había un lazo. Y estaba decidida a precisarlo.

Al día siguiente de la fiesta, fray Jerónimo durmió toda la mañana para reponerse de los excesos del vino, y Bertrand, Helena y yo nos encontramos por un breve momento en la torre. Hasta entonces no había hecho otra cosa que alabar la comida, la bebida y la hospitalidad que recibía, pero Bertrand sospechaba de aquella cordialidad, y en efecto pronto pudimos corroborar sus sospechas.

El abad decía misa todos los días, y en ella Bertrand recibía obedientemente la comunión, así como Helena y sus hijas. En una de las celebraciones fray Jerónimo preparó una homilía en la que estuvo largamente hablando del pecado de herejía y de la excomunión que aguardaba a los que se atrevían a recibir la comunión en pecado. A la salida de la capilla, tomando a Bertrand por el brazo, lo llevó consigo y le dijo que había estado orando toda la noche, sin poder dormir y haciendo penitencia, pues el Espíritu Santo le había revelado que cerca de él se hallaba un hereje y le pedía su ayuda para encontrarlo. Quizás alguno de los campesinos o servidores del castillo practicaba algún tipo de herejía o de brujería, y Dios lo había enviado a Tamarit para descubrirlo. Debía rezar y hacer penitencia para obtener la gracia de reconocer al impío que estuviera cerca de él, y si esa gracia no se le concedía, llamaría entonces a los tribunales eclesiásticos para que lo ayudaran en su pesquisa.

Aquella misma noche Bertrand salió de Tamarit y no lo volvimos a ver, pero entonces yo no sabía que sería así y confiaba en su palabra de que, no bien el abad abandonara el castillo, volvería. Salí en la oscuridad a despedirlo y fue un brevísimo momento en el que no pude decirle nada de lo que sentía. No sé si él había pensado en algunas palabras para mí, tampoco las dijo. Siempre las desapariciones se consuman de manera tal que parecieran un rayo que por instantes ilumina la noche o la forma de una nube que se desvanece sin que tengamos el tiempo de recordar la figura que trazó. Vi a Bertrand subir al caballo, espolearlo y desaparecer en la oscuridad. Eso fue todo y pensé en el poeta, *todo es nada*. ¿A qué quedaban reducidos los momentos en que nos habíamos contemplado, queriendo entrar cada uno dentro del otro con más profundidad que la que su miembro podía alcanzar en mi interior? ¿Para qué habían servido la ternura y el temblor que yo había experimentado al abrazarlo? Conocer el amor y haber recibido de Bertrand su enseñanza no me habían servido para nada. El amor era un bien intangible que me había llegado sin buscarlo, y del mismo modo en que me había habitado me dejaba ahora exiliada de su reino. Se me imponía a partir de aquel

momento una tarea que había dejado atrás y era de nuevo entregarme al olvido. Pues, si bien entonces creía que Bertrand regresaría, y ciertamente lo deseaba, también me prometí a mí misma que arrancaría aquel aprendizaje de mí. En la casa de las mujeres del palacio de mi padre me habían adiestrado para ser la favorita del Señor, del Amo, del Único, pero sólo el cuerpo estaba comprometido en aquella tarea. Bertrand me había llevado por un camino que no quería volver a recorrer. En el placer de otro yo era un ser libre, en aquel ejercicio ilusorio un pedazo mío había muerto para siempre. Nada de estas consideraciones le comuniqué a Helena. Su estado de abatimiento era tal que tuvo que fingir una enfermedad para poderse recluir en sus habitaciones y evitar la presencia de aquel hombre que se había propuesto arrasar con nuestra felicidad. Fray Jerónimo aceptó la excusa de la enfermedad y anunció que cuando estuviera algo repuesta de la misma la escucharía en confesión, pues un cristiano debe estar en todo momento preparado para la muerte.

La desaparición de Bertrand fue tapada con una burda justificación que fray Jerónimo simuló creer. Ahora comenzaba el verdadero propósito de su visita, la pretendida persecución de la herejía no había sido más que una manera de atemorizarlo y alejarlo. A partir del momento en que sus intenciones se manifestaron no tuve ninguna duda de que Tadeo le había hecho saber cuál era la relación que nos unía a Bertrand, Helena y a mí, pero me costó un tiempo más llegar a saber cómo lo había logrado.

Helena me llamó a la torre, a la que ya casi nunca subía, cerró cuidadosamente la puerta y se echó en mis brazos en un llanto convulso; había ocurrido la confesión que fray Jerónimo le había propuesto y que, por más esfuerzos que ella había hecho, no había podido posponer. Nunca pensé que lo que ella me relató pudiera ocurrir. Qué poder, qué dominio, qué terror encarnaba aquel hombre para ella que la llevó a confesar, sin omitir detalle, lo que había sucedido entre nosotros tres, es algo a lo que el tiempo no ha dado explicación. Por qué no pudo fingir sus pecados, inventar faltas y omisiones, incluso fantasías que los cristianos consideran pecaminosas, es un misterio irresoluble. Por qué procedió a narrar acto tras acto, escena tras escena, momento a momento todo lo ocurrido desde la llegada de su primo y no pudo guardar para sí la intimidad de sus acciones y deseos, no lo sé ni podré saberlo. Su relato me dejó enmudecida. La abracé y lloré con ella. Creía que nuestro destino sería la muerte, pues Bertrand me había contado que los tribunales de la Iglesia podían arrojarnos al fuego, y no precisamente al del infierno. Pensé en la posibilidad de huir, y cuando logré recuperarme del impacto que había producido en mí su confesión, la persuadí de la necesidad de abandonar Tamarit con nuestros hijos hasta que Roger regresara de la expedición, pues ya había transcurrido año y medio desde su partida y era de suponer que no faltara mucho para su vuelta. Podríamos quizá refugiarnos en Oc, donde sospechábamos habría ido Bertrand, y escondernos del castigo que nos esperaba. Helena estaba de acuerdo pero tan aterrorizada que no lograba pensar con claridad, y la puesta en práctica de nuestro plan requería de lucidez y frialdad en nuestros actos, ya que el más mínimo error nos costaría la vida. Me dio algunas joyas con las que yo intentaría sobornar a un criado para que nos proveyera de caballos, un carretón y víveres, y pudiéramos emprender así la huida. No se nos escapaba que el riesgo de dos mujeres y cinco niños partiendo a los descampados en un largo viaje era tanto como pocas nuestras posibilidades de llegar con vida a la Provenza, pero en nuestra ignorancia aquella era la única salida a una muerte cierta. La actitud de fray Jerónimo echó por tierra nuestras previsiones.

Dispuso que se preparase un banquete en sus habitaciones y que Helena y yo lo acompañáramos. Sobre una mesa reposaban abundantes manjares, corderos, puercos, pernils de vaca y varios platos de patatas y verduras, más numerosas fuentes de frutas. Fray Jerónimo se sentó en el suelo y me ordenó que le sirviera. Corté varios pedazos, los puse en un plato y me incliné frente a él, depositándolos a su alcance como era costumbre en el palacio de mi padre.

—En el suelo no, que no soy un perro —me dijo—. Dámelo en la boca.

Fui poco a poco dándole trozos de aquella grasienta comida que él iba tragando como si no hubiera fondo en su estómago y pudiera almacenarla toda. Sentía que la repugnancia me iba llenando a mí, mientras ejecutaba aquella tarea, y miraba con el rabo del ojo a Helena, sentada en una silla, un poco más lejos. A medida que iba comiendo me pedía que le sirviera más vino para poder pasar lo que ingería y Helena se levantó para hacerlo ella, pero él le ordenó que se quedara en su sitio. Ya había devorado casi toda la comida y sólo faltaban las frutas, que me parecía imposible que pudieran caberle. Entonces me hizo tomar un racimo de uvas y que las fuera desgranando e introduciendo en su boca lentamente. Mientras lo hacía, se abrió los calzones y se desabrochó la camisa que tapaba su vientre. Abrió el interior y sacó su miembro.

Me quitó las uvas de la mano y me bajó la cabeza hasta que mi boca estuvo a la altura de su sexo y, apretándome contra él, hizo que la abriera y lo engullera yo a mi vez. Tuve que chupárselo largo rato, mientras él seguía comiendo las uvas. Finalmente

estalló y yo me quedé inmóvil, esperando sus órdenes. Éstas fueron que me desnudara de la cintura para arriba y que me sentara a horcajadas sobre sus rodillas. Era un hombre obeso y a duras penas podía abrir mis piernas para abarcar su gruesa cintura. Él me tomó con fuerza contra él para lograrlo y colocó su miembro flácido sobre mi vientre. Metió mis pezones en su boca y me hizo aullar de dolor, tan fuerte los mordía. Mi grito lo espoleó y su miembro se hinchó de nuevo. Yo sentía un fuerte ardor en mis pechos y me parecía que sus dientes los cortarían. Volvió a agacharme la cabeza para que sostuviera entre mis dientes su miembro, ya completamente inflado, y me ordenó que lo mordiera, hasta que él también gritó, y en su grito estalló de nuevo. Entonces se estiró en el suelo, boca abajo, apretando su gran vientre contra las losas, y me ordenó que le introdujera mis dedos, impulsándome a que cada vez lo hiciera con más fuerza e insultándome porque no lograba producirle suficiente dolor. Sus palabras no me herían en absoluto, mi único propósito era que mis dedos le infligieran el sufrimiento que deseaba y trataba de que mis manos contuvieran toda la fuerza de la que eran capaces para lograrlo. Parecía que lo estaba logrando pues un rubor brillaba en su rostro, y después permaneció como entontecido, balbuceando, pegada su cabeza al piso, en una expresión arrebatada. Helena y yo nos mantuvimos en silencio, pues pensábamos que se había quedado dormido. Al rato nos ordenó salir, así lo hicimos y corrimos a la torre. Nos acostamos una junto a la otra, y luego Helena refrescó mi frente mientras vomitaba. Los deseos de Jerónimo de Claramunt me habían estragado.

Renunciamos a los planes de fuga, pues quién podría predecir lo que nos esperaba si nos volvía a llamar a su encuentro, como era de suponer que ocurriera, y no nos encontraba. Me parecía que una vez que fray Jerónimo obtuviera de nosotras el placer que deseaba se iría, y que en cambio nuestra fuga le produciría una ira tal que nos mataría. Yo había sentido de él como un deseo de desgarrar a un animal y no me parecía posible ser otra cosa que su presa. Helena lloraba continuamente pues se preguntaba cuál sería el destino que él le daría a ella, y ello me irritaba más aún pues demasiado difícil era nuestra circunstancia para que flaqueáramos. Aquella noche Helena se arrodilló frente a la imagen del que pendía de las paredes de su habitación y estuvo rezando casi hasta el alba. Nunca la había visto así y su expresión desmayada comenzó a preocuparme.

—Esto es un castigo —me dijo—. Es un castigo porque pecamos con Bertrand, y él es el demonio que viene a castigarnos.

—No digas tonterías —me enfurecí—. Este hombre no es ningún demonio ni cosa parecida. Él supo lo que ocurría, no sé cómo pero lo llegaré a saber, y quiso aprovecharlo para su propio placer.

Pero mis palabras no la tranquilizaban y pasó gran parte del día siguiente arrodillada frente al Cristo y sin tomar alimento. Cuando estaba exhausta la ayudé a acostarse en su cama; afortunadamente fray Jerónimo se había ausentado del castillo y no fuimos llamadas. Mi preocupación por la salud de Helena me mantuvo en vela toda la noche y comencé a pensar de nuevo en nuestra huida, pero era un pensamiento que sólo servía para reconfortarme; la verdad de nuestra situación es que estábamos bajo la voluntad de aquel hombre y mientras tanto no podíamos hacer más que intentar sobrevivir. No pasó mucho tiempo sin que volviera a llamarnos. Esta vez fue Helena la que tuvo que cumplir el ritual de darle de comer en la boca, mientras yo los miraba, sentada unos pasos más allá. Esa escena se repitió una y otra vez, de modo tal que llegamos a acostumbrarnos y la repugnancia que nos inspiraba terminó por desaparecer. Si eso era todo lo que pretendía, podíamos sentirnos tranquilas y esperar confiadas a que el retorno de Roger pusiera fin a aquel episodio.

En una ocasión, terminada la escena habitual, fray Jerónimo nos impidió salir de la habitación. Se incorporó y obligó a Helena a permanecer sentada, mientras que, llamándome a mí, me hizo arrodillarme a su lado. Me pidió que le quitara la camisa y su grueso torso apareció desnudo frente a nosotras. Su espalda estaba lacerada por profundas marcas que parecían huellas de heridas o de mordidas de animal. Helena y yo cruzamos la mirada, preguntándonos el sentido de aquello, pero él me urgió a actuar. Acostado boca abajo comenzó a emitir un lamento como de perro moribundo, murmurando palabras incomprensibles, y me pareció que en algunos momentos lloraba. De pronto, con una voz muy fuerte que contrastaba con sus quejas, me ordenó que le arañara la espalda. Hice esto, intentando que le doliera tanto como él quería, pero no lograba satisfacerlo y sentía su desesperación creciente. Finalmente se me ocurrió tomar uno de los cuchillos que estaban sobre la mesa y con él comencé a hendir sus carnes, blancas y fofas, que parecían manteca. Comprendí que era esto lo que él deseaba de mí y fui haciéndolo cada vez con más saña, sintiendo que el odio que me producía su persona inspiraba mis manos y que yo también tenía placer en herirlo. Cuando la sangre brotó por primera vez, el corazón me batía fuertemente y hundí una y otra vez el cuchillo en la carne, pensando que era un cochino que yo cortaba. Después de que este acto se repitió por un buen rato, se agarró fuertemente el miembro y se dejó ir.

Yo me quedé desmadejada, mareada, y salí de la habitación tambaleante. Helena me siguió y lo dejamos allí, tirado en el suelo, en un estado de embotamiento que no lo dejaba hablar ni reparar en nuestra ausencia. Me acosté junto a Helena en la cama de su habitación y caí en un sueño profundísimo del que me desperté muy tarde. Aquel hombre que había traído la desgracia a nuestra vida me inspiraba una intensa repugnancia, y sentía ante él un terror desnudo que jamás antes había experimentado, ahora se había unido a mí a través de un vínculo que me enlodaba. En un instante perdido, que después acostada sobre la cama cuando el sol calentaba las paredes grises del castillo ya no pude asir, un perro moribundo y yo, su asesina, habíamos temblado juntos. No quise decirle a Helena lo que transcurría dentro de mí. Su rostro cada día más pálido, más demacrado y ojeroso, sus movimientos esquivos como huyendo siempre, me hacían comprender que la presencia de Jerónimo de Claramunt había roto en ella un hilo imprevisible. Hubiera querido que él no la obligara a presenciar las escenas que a partir de entonces se sucedieron pero no fue posible. Su presencia estática, sus ojos petrificados, le resultaban una pieza indispensable en el acto de supremo goce que juntos interpretábamos.

Hubo una escena que provocó su desmayo y sentí pánico de que algo mortífero pudiera sucederle, pues yo había llegado a tener por ella un verdadero afecto, y en cierta forma la consideraba mi hermana. Su mirada me parecía cada vez más inasible; había días en que vagaba por el castillo como si no conociera sus pasillos y recovecos. De pronto se hallaba en la torre, mirando el mar, como lo hacía cuando yo llegué a Tamarit e ignoraba que buscaba inútilmente en el horizonte la presencia de Bertrand. Otras veces, a una hora intempestiva, llamaba a los sirvientes pidiendo comida o que le lavaran alguna prenda. En medio de la noche bajaba a las dependencias de los mozos de cuadra y ordenaba que le ensillaran un caballo; era necesario, entonces, ayudarla a volver a su habitación y cuidar de que la vela que llevaba en la mano para alumbrarse en aquella oscuridad no le quemara su largo cabello. Algunas noches prorrumplía en gritos llamando a todos los sirvientes para anunciarles la llegada de Roger, a quien ella avistaba en la lejanía, y el menor ruido lo confundía con los cascos de los caballos de la expedición. La nodriza, espantada por aquellos cambios, trataba de impedir que estuviera con las niñas, ya que cuando Helena las veía las obligaba a arrodillarse frente al Cristo de su habitación y permanecer allí junto con ella, en actitud silenciosa y orante.

Todos aquellos padecimientos se despertaron en ella a partir de una ocasión en que fray Jerónimo añadió a su ritual nuevos detalles.

Cuando estuvimos en su presencia, nos ordenó desnudarnos. Él se sentó frente a nosotras, con un cubo lleno de barro a sus pies. Su voz al principio era un susurro que no permitía discernir bien sus palabras, y paulatinamente fue alzándose hasta llegar al grito. En su cámara, grande y de paredes desnudas, retumbaba con gran fuerza.

Poco a poco, sentadas desnudas frente a él, que también se había desnudado, comenzaron a llegarnos los insultos. Toda palabra hiriente fue usada contra nosotras y en cada una un brillo de gozo se iluminaba en su rostro. A la vez fue tomando pedazos del barro que contenía el cubo y los iba aplastando en nuestro cuerpo. En poco tiempo, aunque quizás aquello se extendió más de lo que recuerdo, estábamos cubiertas de barro de pies a cabeza, y con cada manchón nuevo que aparecía una palabra se pegaba también de nuestra piel. Cuando estábamos en aquel estado de inmundicia, me tomó de la mano violentamente y me acercó a él. Me sopló al oído los insultos que yo debía repetir, y me hizo patearlo mientras los iba profiriendo. Después me sentó a horcajadas alrededor de su cintura, y me obligó a beber el líquido que brotaba de su miembro, a la vez que él chupaba el barro que se había pegado de mis pechos. Recordé fugazmente a Naryis, cuando nos enseñaba la treceava posición de la danza, aquella que usaríamos si nos tocaba un hombre obeso como señor, y muchos años después su enseñanza había probado ser útil, pues si mi cuerpo no hubiera estado adiestrado para la flexibilidad y la contorsión, creo que algún músculo se me hubiera roto en aquel episodio. Después hundió su cabeza en mi seno y comenzó a llorar como un niño pequeño, pidiéndome que lo consolara y acariciara su pelo, y que murmurara palabras muy dulces para él, y así lo estuve haciendo hasta que se tranquilizó por completo y se acostó a dormir. Cuando lo dejé sobre su cama, vi que Helena estaba tirada en el suelo desmayada, y afortunadamente pude recobrarla rápidamente rociando sobre ella el agua de una jarra. Era ya de noche cerrada y logré entrar en las dependencias de la cocina sin que nadie me viera para buscar más agua y poder así quitarnos el barro que se nos había pegado, y cuando estuvimos en mejores condiciones, conseguimos dormir algunas horas. Helena permaneció el resto del día postrada y yo no quise salir de la torre por miedo a que él volviera a llamarme. Aquel hombre había unido en mí lo sagrado y lo profano.

El estado de desmejoramiento en que fue entrando Helena me hizo rogarle que la eximiera de acudir a su habitación, a cambio, le dije, haría para él lo que quisiera. Me obligó entonces a llevarle mis prendas de ropa para vestirlo con ellas, cosa que resultaba imposible por su gran tamaño, y hubo de conformarse con que lo cubriera con un manto, o le atara en la cabeza unos velos que yo utilizaba todavía. Me hizo llevar mis perfumes y algunas de las tinturas que usaba para pintar mi rostro, aunque cada vez lo hacía menos, y lo evitaba porque a Helena le desagradaba aquella costumbre de embellecimiento. Dibujé algún color en su rostro, y puse sobre él un bello velo de seda azul, bordado en oro, que llevaba el día en que Roger me capturó en la isla y que había guardado sin uso todos aquellos años. Me pidió entonces que yo dijera que era mi voluntad que él usara aquellos artilugios, y su voz, tan dura, se hacía dulce, débil, inerme, al rogármelo. Su figura transmutada en una mujer débil o un animal humillado ante el poderío de un ser superior, llegó a mí con una urgencia que me devoraba e intenté, para calmarla, introducir su miembro dentro mío, pero no lo logré. Estaba flácido y pequeño, y él entonces recurrió a su lengua para aplacar la intensidad que por un instante me invadió y con la misma rapidez se desvaneció, como si hubiera sido una ola que me mojara toda y súbitamente desapareciera para devolverme a la tranquilidad de una arena mansa.

Creo que él y yo supimos al unísono que no había más terreno al cual acceder, y no me sorprendió cuando a los pocos días fray Jerónimo de Claramunt anunció que su hospedaje en el castillo había terminado y que emprendía su viaje hacia otros reinos. Estuvo un mes en Tamarit, pero lo creo porque Helena había escrito en su misal la fecha en que Bertrand había partido. Mi memoria es, pues, la memoria que quedó escrita. En el tiempo de mi existencia Jerónimo de Claramunt detuvo la cuenta. Nunca he conocido a un ser que pudiera necesitar de mí tanto como él. Si hubiera pedido mi vida para completar su goce, no sé si algo lo hubiera logrado impedir.

XII

Su partida fue un gran alivio. Pensé que Helena se recobraría de su estado, e incluso, por un momento, concebí la esperanza de que Bertrand regresaría. Sin embargo, no quería o, mejor dicho no me parecía posible, que de nuevo aquel extraño sentimiento que el Señor de Ros me había dado a conocer volviera a mí. Creo que cuando su caballo se alejó en la oscuridad, arrastró consigo aquel estremecimiento que me había hecho suponer que yo existía para alguien, y supe que esa existencia no residía en ningún lugar de mi cuerpo ni yo había sido educada para conseguirla. Pero Bertrand no regresó y, por el contrario, llegó al castillo un mensajero anunciando que Roger había desembarcado de nuevo en la península y su vuelta a Tamarit estaba próxima. Creí que aquella noticia sería un consuelo para Helena, pues tantas veces la había anhelado, pero no fue así. Entró en un estado de mayor abatimiento aún y ya me era difícil convencerla para que se lavara o al menos se peinara. Pasaba todo el día metida en la cama, sin quitarse la ropa de la noche, o bien arrodillada frente al Cristo, negándose por completo a ver a Clara y a Silene.

En la espera de Roger los días se me hacían largos y Helena no me proporcionaba ninguna compañía, por lo que después de procurar que al menos comiera y bebiera, y dejarla descansando en su habitación, las horas me sobraban y decidí que había llegado el momento de aclarar el misterio de cómo Tadeo había hecho saber al abad la relación que existía entre nosotros tres. Me dirigí al pueblo y lo busqué en el establo, donde como siempre se hallaba, sentado en el taburete, los ojos perdidos en las nubes.

—¡Has vuelto, morita! —me dijo al instante.

Me pareció mejor hacerle creer que yo volvía como un perro arrepentido al amo.

—He vuelto, Tadeo. Te echaba de menos.

—¿Y cómo así, si me echabas de menos, ha pasado tanto tiempo sin que me vinieras a ver?

—No soy libre de hacer siempre lo que me viene en gana. Y dime una cosa, ¿por qué no fuiste tú al castillo cuando todos los campesinos cantaron y bailaron para los señores? Tú que tocas tan bien la flauta...

Tadeo parpadeó y su cabeza se movía nerviosa.

—No me encontraba bien, morita. Claro que me hubiera gustado ir y además porque me contaron que hubo buena comida y mejor bebida, cuando estuvo de visita este Señor de Claramunt, el abad.

—Pues sí que la hubo y te la perdiste. Fray Jerónimo de Claramunt es un hombre muy compasivo y generoso con los pobres y ordenó que se les dieran viandas tan buenas como las que comen los señores.

—Bueno, otra vez será —dijo tratando de que dejáramos el asunto.

—¿Otra vez? Pero, ¿crees tú que fray Jerónimo volverá?

—Pues, qué se yo, ¿cómo voy a saber lo que piensa un abad?

—A mí me sonó muy rara esa visita.

—Los clérigos son muy raros, no sabe uno lo que piensan.

—Pero algunas cosas sí que se saben. Por ejemplo, la vaquera esa, amiga tuya, me dijo que ella sabía muchas cosas de mi señora.

—No le pongas cuidado a esas mujeres, que no viven más que para meter el ojo en la vida del vecino.

—No, si yo no le pongo cuidado, es ella la que se lo pone a los demás. ¿A que no sabes lo que me dijo cuando estuvo en el castillo? Pues nada menos que ella había

visto pecando a mi señora Helena, la mujer más santa que yo he conocido, que se pasa el día entero arrodillada frente al Cristo.

Tadeo se quedó callado. La mano le temblaba.

—¿Y sabes qué me dijo también la vaquera? Pues que te lo había contado.

La inocente trampa dio resultado porque Tadeo era un ser de muy pocas luces.

—¿Te lo dijo la muy cabrona?

—Claro que me lo dijo, y que tú habías ido a decírselo al abad.

—Al abad no, ¿cómo iba yo a ir hasta su convento que está tan lejos?

—Pues ya ves, Tadeo, que el mundo es muy pequeño y todo se sabe.

—Pero esa hija de puta sabe muy bien que yo al convento no fui. Te lo juro, morita, ¿no me ves aquí inválido?

Me acerqué por detrás, mientras seguía perdiéndose en explicaciones, y lo agarré del cuello.

—O me dices cómo hiciste para que el abad se preocupara de la vida de mi señora, o ahora mismo le prendo fuego a tu pocilga y te quemo a ti adentro.

Trató de sostenerme la mano, pero yo lo esquivé y me alejé hasta la covacha, gritándole:

—Aquí tengo una vela y te quemo esto antes de que tú tengas tiempo de arrastrarte hasta aquí. Dime la verdad, y no se hable más.

—Pero, ¿qué te importa a ti lo que yo haya dicho de tu señora?

—De mi señora y de mí, cabrón.

Tadeo arrancó a llorar aunque es difícil saber si un ciego llora con sentimiento.

—Desde que llegó aquel hombre, el francés, no volviste por aquí. Me dejaste tirado como lo que soy, como una porquería, como un desperdicio de hombre.

—No me interesa por qué lo hiciste, lo que quiero saber es cómo pudiste hablarle al abad de nosotros.

—Perdóname, morita, no te quería hacer daño, pero me vino un odio que fue más fuerte que yo, y una vez, que me estaba en la iglesia confesando, se lo dije al señor párroco. Le dije que yo pecaba porque deseaba a la mujer de mi prójimo, se me salió. Y él me lo sacó más. Ya, después, si él fue a hablar con el señor abad, no es culpa mía.

Siguió hablando pero no supe lo que decía porque me fui de allí.

Subí corriendo las escaleras de la torre para contarle a Helena la confesión que había sacado de Tadeo, pero no había nadie. Fui entonces a la habitación esperando encontrarla en la cama pero tampoco estaba. Busqué a la nodriza pensando que a lo mejor había salido con las niñas y la vi jugando con ellas y con mis hijos en el huerto. Comencé a preocuparme y me dirigí a las dependencias de la servidumbre pero ninguno de los criados la había visto. Se me ocurrió entonces entrar en la capilla pero la hallé vacía.

Estaba segura de que algo grave le había ocurrido porque Helena nunca había salido sola del castillo y, salvo los paseos que hacía con Bertrand y luego con él y conmigo, su vida transcurría siempre adentro. No conocía tampoco las inmediaciones de la fortaleza, a excepción del río, la ermita y la playa. Desde la ventana de la torre se percibía toda la extensión de la arena, que era estrecha, y en los peñascos que formaban el pequeño acantilado no se veía a nadie. Decidí intentar las otras dos posibilidades y me encaminé hasta el río. Llegué sofocada por la carrera pero con la esperanza de encontrarla y tampoco estaba. Quedaba entonces subir una cuesta bastante empinada que llevaba hasta la ermita. Empecé el ascenso a toda carrera, saliéndome el corazón por la boca del esfuerzo. La puerta de la ermita estaba cerrada. Golpeé varias veces pero nadie contestó. Era una ermita solitaria a la cual acudían los campesinos una vez al año

con motivo de alguna festividad cristiana, de resto nadie entraba en ella y permanecía cerrada con una llave que Helena tenía en su poder, de modo que si hubiera decidido visitarla la hubiera llevado consigo. Ante el silencio que contestaba a mis golpes, di la vuelta y me asomé a un ventanuco a través del cual podía verse el interior. Esperé a que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad y permanecí un buen rato mirando, pero nada había adentro sino el polvo, los rayos de luz que se reflejaban en las losas del suelo y una imagen del Cristo. Desesperada me encaminé de nuevo a Tamarit.

Por el camino intentaba pensar en dónde podía estar Helena. Me cruzó la idea de que hubiera huido siguiendo el absurdo propósito de encontrar a Bertrand, pero me parecía inverosímil que lo hubiera intentado. Aun así, era posible, y pensé que sería necesario que los sirvientes armaran una partida para recorrer los montes e intentar dar con ella. No podría estar muy lejos, ya que de haber marchado lo había hecho a pie pues no faltaba ninguna bestia en las caballerizas. Cuando me acercaba al castillo una idea me iluminó. A pesar del cansancio en que me encontraba, pues desde la mañana no había hecho otra cosa que andar, corrí con todo el esfuerzo del que era capaz y llegué a la playa. Se me ocurrió que Helena no estaba lejos sino escondida, y que lo había hecho en la cueva. Atravesé la franja de arena hasta llegar a ella y penetré en su interior. Efectivamente, acucillada y desnuda allí la encontré.

La abracé y estuve con ella, llorando las dos. Comprendía el abatimiento en que se hallaba y que su escondite en la oscuridad de la cueva indicaba el estado de vergüenza y humillación que vivía ante el temor de que, cuando Roger volviera, alguien le enterara de los acontecimientos que en Tamarit habían tenido lugar durante su ausencia. Después que ambas nos habíamos desahogado con el llanto, intenté hablarle y consolarla. Yo había sentido miedo por su vida y el hecho de haberla encontrado a salvo era suficiente para calmarme. Sin embargo, el pavor que se leía en sus ojos pertenecía a una dimensión diferente. Helena me miraba extrañada, como si no me conociera, aceptaba mis abrazos y mis palabras de consuelo pero los recibía con perplejidad, como si le llegaran de una desconocida que le hablara en un idioma incomprensible o se refiriera a situaciones totalmente ignoradas. La besé con mucha ternura, tratando de hacerle recordar la relación que nos unía y que me pareció había olvidado. Ella me sonreía con ingenuidad pero completamente ausente, y de pronto comenzó a hablar, pues hasta el momento había permanecido en silencio.

—Es necesario purificar el castillo antes de que venga el ángel. ¿Tú has visto al ángel? Porque tú no eres el ángel, ¿verdad?...

Volví a abrazarla y, hondamente conmovida, le repetía:

—Helena, Helena, soy yo, soy Aisa, soy tu Aisa.

Ella me miraba fijamente y continuaba sonriendo.

—Estoy desnuda porque toda la ropa es impura. Pero hace frío. ¿Tú no tienes frío? Tengo que vestirme antes de que venga el ángel. Le prometí que cuando llegara todo estará purificado.

Aproveché esta mención de la desnudez para convencerla de regresar.

—Sí, hace mucho frío y el ángel puede venir. Ponte mi manto y vamos adentro para que te vistas mejor.

La cubrí con mi manto y la ayudé a levantarse. Ella se dejó conducir dócilmente y entramos al castillo.

Durante varios días con sus noches estuve velándola y no me aparté un momento de su lado. Helena cayó en un mutismo y postración que sólo interrumpía, muy de vez en cuando, para decir que el ángel estaba por llegar y que todo debía ser purificado. A veces era presa de unas visiones que la aterraban y quedaba con la vista fija en la pared murmurando. Yo sabía que sentía pánico porque me agarraba la mano, presionándola

con tal fuerza que se me ponía morada, y la veía sudar copiosamente, pero, aunque le hablaba y trataba de que ella me comunicara su visión, no lo lograba y sólo podía sacarle la misma repetición acerca del ángel y de la purificación. El párroco, enterado por los sirvientes del estado en que se hallaba, vino a verla varias veces y opinó que era una posesión demoníaca, por lo que la bañaba de agua bendita, encendía cirios a su alrededor, le untaba de aceite los ojos y los oídos y rezaba interminables plegarias. Helena se dejaba hacer pero todo aquello le resultaba lejano. Al menos los días transcurrían y yo tenía mis esperanzas puestas en que el retorno de Roger pondría fin a aquella situación.

Helena había pasado a ser como mi niña, dependía absolutamente de mí para cualquier detalle, no comía si no era en mi presencia, no se dejaba lavar o peinar por otra persona, me pedía a veces que la acunara y cantara para ella o que le recitara versos. Parecía por momentos recordar quién era yo, luego volvía a la perplejidad y me preguntaba cien veces mi nombre y por qué estaba yo en el castillo y si ya había llegado el ángel. Pacientemente yo le respondía todo lo que preguntaba, y cuando me parecía que había recobrado el sentido de nuevo volvía a su desconcierto.

El párroco sentía por mí el más profundo desprecio. Sin embargo me mandó a llamar pues sabía también que yo era la única persona que tenía alguna influencia sobre Helena y en la cual ella confiase. Los sirvientes estaban empavorecidos por la situación de la que eran testigos y convencidos de que el demonio se había posesionado del castillo. El rumor se había esparcido en la aldea y todos los campesinos vivían en un estado de terror y continuamente lo buscaban para rogarle que hiciera algo. Pensaban que una tribu de demonios invadiría la comarca y que ya se estaban produciendo señales de su presencia. Un burro muerto, un niño que nacía con alguna deformidad, una nube de aves que circundara el campanario de la iglesia, todo era para ellos signo de que lo sobrenatural se manifestaba, y se decía de una mujer que había visto sangre en el agua del pozo. La estupidez de aquellas gentes me asqueaba y le dije al párroco que Helena estaba enferma y que yo, en la casa de las mujeres del palacio de mi padre, había visto algunas mujeres que enfermaban así y eran tratadas con el mayor cuidado hasta que se recuperasen. Esto indignó al hombre, pues en su ignorancia pensaba que el harem era un prostíbulo, y me gritó que no volviera a mencionarlo en su presencia. Él también estaba convencido de que Helena estaba poseída por el demonio y la única salida que veía era que fuera conducida a la catedral de la ciudad, para que un obispo pudiera exorcizarla. La razón de su llamado era que me consideraba la única persona con poder para convencerla de que se trasladase. Comprendí que no era posible luchar contra su imbecilidad y le prometí ayudarlo, pero le recordé que Roger estaba pronto a venir y que sería más conveniente esperarlo. Este argumento lo tranquilizó y le pareció que mi opinión era prudente, de modo que me despedí de él y regresé al castillo.

Un humo negro envolvía la torre. Altas llamas salían por las ventanas y era insoportable el calor y el hedor que despedían. Todos los criados gritaban y corrían sin concierto de un sitio a otro, intentando sofocar el fuego, pero era muy poca el agua almacenada en los aljibes porque el verano había sido muy seco, y era nada lo que lograban. Despavoridos echaron a correr y no obedecían a mis pedidos de ayuda. Probé subir a la torre pero las escaleras estaban incendiadas; desde lo alto llegaban aullidos que no podían ser sino de Helena y los niños. Corrí hacia afuera para hablarles a través de la ventana, pero era demasiado alta y no me oían. Yo sí escuchaba sus lamentos y entre ellos reconocí la voz de mis hijos. Ramiro, Ramón y Tamím murieron en el incendio sin que yo pudiera evitarlo. Desesperada volví a las escaleras. La voz de Helena, gritando que había venido el ángel, llegó de pronto a mí. Envuelta en llamas, se asomó en lo alto y me dijo:

—Ya todo está purificado.

Unos tablones de madera cayeron sobre ella y no la vi más. Una voz seguía lamentándose. Al principio no podía precisar si era de uno de mis hijos. La escuchaba llorar y decir mi nombre y comprendí que era Silene que había tratado de bajar las escaleras pero las llamas la detenían. Nunca había tenido afecto por aquella niña, sin embargo, sentí que debía salvarla, y corrí a la habitación de Helena para buscar en ella todas las mantas que hubiera. Cubriéndome con ellas comencé de nuevo a subir los peldaños de la escalera. Silene, por su parte, había iniciado lo mismo en sentido contrario, y yo percibía su voz cada vez más cerca. Finalmente logré acercarme lo suficiente para agarrarla y de un empujón la tomé en mis brazos y corrí escaleras abajo. Un vivísimo dolor me cruzó el rostro. Las llamas me habían tocado y mi cara quedó deformada para siempre.

Con Silene en los brazos salí del castillo, y tirada sobre la arena estuve llorando muchas horas hasta que unos campesinos, enterados del incendio, acudieron a nuestra ayuda. A mi dolor se unía el odio. Si no hubiera sido por aquel imbécil que obligó a mantener cirios encendidos para alejar a los demonios de Helena, ella nunca hubiera podido consumir la purificación. Cuando el fuego por fin cesó, pude entrar en la torre. Las piedras de sus muros habían resistido, pero algunas columnas y parte del techo eran de madera y habían ardido fácilmente. Encontré allí calcinados los cuerpos de Helena, de Clara y de mis tres hijos. Recogí sus cenizas y las guardé en un cofre, luego las esparcí en el mar. No creo que yo quise ser madre, mis hijos fueron la consecuencia de haber estado con Roger, pero sus cuerpos formaban parte del mío y su pérdida fue sentir que un lobo me había arrancado las entrañas. Un enorme vacío me invadió. La idea de morir no me fue extraña, y creo que la resistí porque nada había ya en mi corazón, ni siquiera el deseo de desaparecer. Me pareció que mi vida era como las gotas del agua, algo perdido en lo inmenso, algo desvanecido en el tiempo.

Me quedé con Silene en el ala de la servidumbre, y los campesinos, quizás dolidos de cuanto había ocurrido, nos traían alimentos. Faltaban pocos días para la llegada de Roger, y cuando divisé en la lejanía las naves de su expedición corrí con ella de la mano y sentadas en la arena esperamos el desembarque.

XIII

Roger y yo cruzamos en nuestra mirada las desapariciones. Cuando saltó a tierra ya era evidente para mí el vacío que recortaba la ausencia de Enric donde debería haber estado, en lo alto del navío, al lado de su padre, y cuando Roger levantó en brazos a Silene y le preguntó por su madre y su hermana, sabía que no las vería más.

La niña rompió en llanto y sus lágrimas eran más elocuentes que cualquier palabra. Roger me interrogó y yo le dije:

—Hubo un incendio.

Miró entonces hacia el castillo, cuya torre ennegrecida confirmaba mi explicación. Preguntó entonces por Ramón y Ramiro y le contesté:

—También.

Ya que ignoraba la existencia de Tamím nada le dije sobre su muerte. Los gritos de los hombres desembarcando la carga, el chillido de las aves que sobrevolaban el castillo y el chasquido del agua rompiendo en la arena rodearon nuestro silencio. Emprendimos el camino los tres, él adelante y Silene y yo tomadas de la mano. Roger subió a la torre y entró en la sala de las damas. Ya las cenizas se habían limpiado y todo parecía estar igual que siempre, salvo por el oscuro color de las paredes y la desnudez del espacio. Abrió la ventana y miró desde ella.

Roger pareció darse cuenta entonces de la llaga que el fuego había dejado en mi rostro y que yo aún no había visto.

—Aisa me salvó —dijo Silene—. Todos se quemaron y Aisa entró y me sacó a mí.

—Tu salvación le quedó marcada —dijo él.

No hablamos más ese día porque Roger estuvo muy ocupado en que sus hombres reacondicionaran los daños causados por el fuego. Por la noche me llamó a las dependencias de servicio, donde se había preparado algo de comer. Nos sentamos en los taburetes de la cocina y me comunicó la muerte de Enric. Había desaparecido en el mar, en medio de un combate. Probablemente fue herido, cayó al agua y no se escucharon sus gritos.

—Todo se ha perdido —dijo mirando fijamente los surcos de la mesa en que comíamos—. Todo se ha perdido.

No supe qué contestarle. Sentía con él que el castillo había muerto, y en un vuelco de las circunstancias todo parecía haberse desvanecido. Preguntó entonces por Bertrand. Le expliqué que su ausencia se había debido a asuntos urgentes que lo reclamaban en su tierra, y omití la visita de Jerónimo de Claramunt. Si luego Roger se enteraba de ella por otros caminos, intentaría dar otra explicación a mi olvido. Quiso también saber más detalles acerca de cómo se había producido el incendio. Creo que Silene no supo nunca que era su madre quien lo había prendido, o por lo menos yo intenté convencerla de que había sido un accidente. La aleccioné para que hablara poco a su padre del tiempo en que había estado ausente para no despertar en él más dolor. Le conté a Roger que Helena, por un exceso de piedad, había ordenado mantener encendidas varias velas frente a una imagen sagrada que había dispuesto en la sala de las damas, y que, desgraciadamente, un fuerte viento las había empujado y hecho caer sobre unos vestidos que ambas cosíamos. El fuego los había devorado rápidamente y se había extendido durante la noche, de modo que cuando yo desperté las llamas eran inmensas. No sé si creyó en mis mentiras, pero las aceptó.

Su espíritu quedó muy abatido con la sombra de tantos desaparecidos, y volvió a sus obligaciones más para seguir viviendo que por interés. Me pidió que me ocupara en todo de Silene, y yo le prometí hacerlo. Vagábamos los tres por el castillo sintiendo que las piedras de sus muros eran tan pesadas que caerían sobre nosotros. Pasado un tiempo,

Roger me pidió que me casara con él. Nunca hubiera pensado en una proposición más sorprendente. Quería tener más hijos que llevaran su nombre y una esposa que lo acompañara en su vejez.

—No eres un viejo —le dije riendo.

Pero ya su risa fuerte y abierta había desaparecido.

—Cásate conmigo —insistió—. Llamaré al párroco para que celebre nuestro matrimonio el próximo domingo.

Recordé mis anhelos de niña, cuando pensaba que podría llegar a ser la concubina de un sultán de Granada, y viviría entre fuentes y rosales en el palacio más hermoso que la imaginación pudiera crear. Pero el destino me traía a ser la señora de la lúgubre mansión en que se había transformado Tamarit. Decidí darle tiempo al tiempo y le pedí a Roger que una proposición tan alta como la que me hacía debería ser mejor pensada. Entretanto yo estaba siempre con él y dormíamos juntos en la habitación que había sido de Helena. Su cuerpo seguía siendo fuerte y hermoso pero algo en mí se había quemado también. El encuentro con él no me producía placer alguno. Me dejaba hacer y esperaba a que él se agotara. Tampoco intentaba agradarle como en otros tiempos, y él no parecía notar la diferencia. Ofrecía mi cuerpo como un pasivo bien y él así lo tomaba, como una ofrenda que en algo lo consolaba de tantas tristezas. La alegría de sentir su vara enhiesta penetrándome no la encontré más, y mientras él se hundía dentro de mí miraba por la ventana las estrellas, como si en su distancia yo me encontrara a mí misma.

La vida en Tamarit fue recobrando poco a poco su rutina. Roger tomó nuevos sirvientes entre los campesinos de la aldea y comprobé que nadie le habló de los hechos que tanto los habían perturbado. Nadie mencionó la visita del abad, ni los rumores de posesión demoníaca, ni las señales sobrenaturales que los habían aterrado. Probablemente el miedo a su señor los hacía callar y en ese silencio entró también el párroco, quien siguió viniendo a decir la misa, sin soltar una palabra y limitándose a ofrecer el sacrificio por el sagrado descanso de los que habían muerto en el incendio. El silencio se extendió sobre el castillo y me pareció que yo había sido testigo de circunstancias que pronto serían olvidadas. Roger, sin embargo, quiso conmemorar mi heroísmo al salvar a su hija, y nombró a la torre quemada como Torre de la Mora. Nunca más nadie entró en sus maltrechos muros.

Temía a veces que Bertrand, ignorante de todo, regresara y que su presencia despertara el secreto, pero no ocurrió así y también su existencia comenzó a parecerme una ruina que debía ser olvidada.

XIV

Los años fueron pasando y perdí un poco la cuenta. Un día me sorprendí porque llegó la fecha de mi nacimiento y establecí que tenía treinta años. Roger no había insistido en su propósito de que me casara con él, quizás comprendiendo que no había mayor ventaja en ello, pues de hecho yo era su mujer y me parece que los años junto a Helena me habían adiestrado a comportarme en todo como ella. Silene había crecido sana y hermosa, y yo había procurado sacarla un poco de la ignorancia en la que la tenía su absoluta falta de educación, pero no era una niña muy aventajada y le aburrían las enseñanzas que yo pretendía darle, de modo que apenas aprendió a leer algunas letras y dos o tres poesías, que a fuerza de repetírselas logré que recordara. Le pedí a Roger no tener más hijos, pues era demasiado el dolor que me había dejado la muerte de los primeros, y él consintió en ello, de modo que se abstenía de terminar con su satisfacción dentro de mí. Yo sentía que no quería quedarme mucho más tiempo con ellos y tener nuevos hijos me ataría para siempre. Si el destino me los había quitado, me había a cambio devuelto la libertad y no quería perderla. Sin embargo, era una libertad capturada, pues no lograba hacer uso de ella, y fue necesario esperar a que las circunstancias sufrieran un nuevo sesgo.

A partir del día en que abandoné Tamarit no fui más feliz, diría que fui más desdichada, pero había comprendido que la felicidad o la desdicha son términos extraños y que mi vida transcurría por otros caminos. Vine a Tamarit porque Roger asesinó a mi padre, a toda mi familia, y destruyó a mi pueblo. ¿Era esa una causa para la felicidad? Mi continuidad en el castillo, como señora del mismo, se hubiera debido a que Helena no sólo murió sino que hizo morir a mis hijos, ¿era esa una vía hacia la dicha? La vida me había enseñado a soportar sus sorpresas y, si la presencia de Bertrand representó para mí la mayor razón de existir, también fue el principio de las calamidades. No, no esperaba que la cordura o el recto sendero de la lógica me llevaran de la mano. De modo que confié en que alguna señal me indicara el momento de partir, y cuando se manifestó lo hice. No volví la vista atrás.

La noche en que me fui comí con Roger y Silene en silencio, como lo hacíamos la mayoría de las veces. Después acompañé a Roger al lecho y me ofrecí como siempre. Cuando me desnudé a su lado, ya su cuerpo estaba caliente y templado su miembro. Lo introdujo en mí y lo dejó estar hasta que sintió que la excitación lo ganaba, y entonces se retiró. Yo lo besé en los labios y acaricié su pecho velludo. Le pedí que me acariciara con las manos y lo cumplió obedientemente hasta que sintió en mí un débil estremecimiento. Fue como un animalito cálido que se removió en mi interior. Un cosquilleo rápido y tierno que me acompañó durante breves instantes en mi cuerpo pero un largo tiempo en mi memoria. Fue la última vez que estuve con él.

Cuando me aseguré de que dormía, abandoné el castillo y me dirigí a la aldea. No le tenía miedo a la noche y conocía muy bien el camino, llegué antes de que amaneciera y esperé escondida el momento justo para ejecutar mis planes. A las primeras luces, me encaminé al establo. Sabía que Tadeo estaría al llegar. Me quedé acurrucada en el alto del desván donde guardaba el forraje de las vacas, hasta que escuché sus pasos vacilantes y su voz dándole las gracias al muchachito que lo acompañaba. Las otras mujeres que ordeñaban con él no habían llegado aún, pero lo harían pronto, era necesario actuar con rapidez. Bajé del desván y me puse detrás de él. Sintió un ruido y preguntó:

—¿Quién anda ahí?

Giraba una y otra vez la cabeza tratando de oler al extraño, pero yo me movía de lugar rápidamente para confundirlo. No me había puesto el perfume que siempre usaba

pues sabía que me delataría. Al fin se cansó de buscar la presencia que sospechaba, se sentó en el taburete y comenzó a canturrear mientras ordeñaba. Cuando el cubo de leche estuvo bastante lleno, me acerqué. Esperé a que se agachara a recoger un trago de leche con el cucharón, estaba segura de que lo haría porque él mismo me había contado muchas veces que ser ordeñador le recompensaba con desayunar gratis todas las mañanas. Cuando su cabeza estuvo cerca del cubo, aproveché la sorpresa y con todas mis fuerzas la hundí en el líquido. Lo tuve así hasta que su forcejeo cesó, hasta que la blancura de la leche se ensució con una espuma negruzca y sanguinolenta, hasta que sentí que lo que le quedaba de vida era un temblor que me pertenecía. Nunca había matado a un animal, ni siquiera había visto cómo lo hacía otro. Palpar el desvanecimiento de la vida tan íntimamente me produjo el último placer que me dio Tadeo. Salí del establo cuando ya las vaqueras se aproximaban y me escurrí por las calles de la aldea. El sol estaba alto y me dirigí hacia un descampado, allí me aguardaban aquellos con quienes desde ahora compartiría mi destino.

Había pasado por la aldea una compañía de juglares que recorría la comarca en dirección al sur. Su presencia había sido muy sonada porque nunca antes había ocurrido otra en Tamarit. Silene, enterada de ella, ya que los criados no hablaban de otra cosa, pidió permiso a Roger para irlos a ver y fuimos las dos al pueblo para asistir a su representación. Eran tres hombres y una mujer vieja. De los hombres, el dueño del carromato, que se llamaba o se hacía llamar Solimán, practicaba el número del tragafuegos, que decía haber aprendido en Oriente, aunque dudo que aquel fuera su origen. Los otros dos recitaban romances y tocaban el laúd y la pandereta, la mujer echaba la buenaventura ayudándose de unos naipes sucios y desgastados. Los campesinos asistían a su espectáculo embobados, como si se sintieran ellos reyes a cuya presencia habían acudido los artistas más preciados. Silene participaba también con los ojos muy abiertos de un acto que la distraía en algo de la triste vida que llevaba. Cuando los cómicos terminaron su ejecución y desplegaron el sombrero para que les arrojaran las monedas, que bien pocas fueron, una de las mujeres del pueblo tuvo la idea de gritar:

—¡Que toque la morita!

Al parecer mi arte de la música se había transformado en una leyenda más del pueblo, y a pesar de los años transcurridos, aún se recordaba. Silene me instaba a que lo hiciera, y todos los presentes comenzaron a auparme para que tomara el laúd. Solimán se acercó a mí y me lo entregó. Sin saber muy bien por qué, lo tomé y comencé a tocar. Apenas si recordaba algunos fragmentos perdidos de lo que alguna vez había aprendido siendo niña, pero a Solimán le parecieron sorprendentes y cuando terminé de tocar lo poco que sabía me dijo:

—Si te vienes con nosotros ganaremos mucho dinero.

Yo me reí porque me pareció una broma, pero Solimán insistió.

—Podrías tocar tú y que baile el mono.

—¿Qué mono? —le pregunté todavía más divertida.

—Tengo un mono pero ha estado un poco enfermo. Por eso no lo quise sacar hoy. Ven a verlo.

Lo acompañé al carromato, y en efecto, arrebujado en una manta había un monito arrugado que me miró como si fuera una persona, pero entonces yo no sabía que ésa es la manera habitual de mirar de los monos.

—Y también te puedo enseñar a echar las cartas porque ésa me parece que va a durar poco.

Miré a la mujer que comía muy lentamente una manzana porque casi no tenía dientes.

—¿Y qué camino llevas? —pregunté.

—Vamos al sur, a Granada, pero son muchos días de camino y hay montañas muy altas y lentas de atravesar, así que antes hay que hacer un poco de fortuna para poder tener de qué comer hasta el final del viaje. ¿Tú de dónde eres? ¿Vienes del sur?

Le contesté que no, que había nacido en Tamarit, porque me parecía un hombre muy mentiroso, y si él me mentía, yo también.

—Pero tú eres mora —insistió.

—Mora soy, pero de aquí.

—Bueno, como tú quieras. A mí me da lo mismo de donde seas. Si te quieres venir con nosotros, estaremos en el pueblo dos días más. Luego será difícil que nos encuentres, así que piénsalo bien.

Volví al castillo esperando tener una visión que me señalara mi decisión pero la visión no se presentó. Dormí sin sueños y cuando me desperté me pareció que la invitación de Solimán era lo más absurdo que me había acontecido. Sin embargo no lograba quitármela de la cabeza. Se me ocurría que era quizá la única posibilidad de llegar al sur, aquel deseo de mi infancia que, aletargado, siempre vivía en mí, pues viajar sola era imposible y que se presentara de nuevo alguien que me ofreciera ir, más que improbable. Pasé el día distraída, dándole vueltas a la idea y esperando de nuevo que la noche me trajera una visión, pero tampoco ocurrió y comprendí que aquella decisión debía tomarla sola. A la mañana siguiente me dirigí al pueblo en busca de Solimán. Lo encontré dándole de comer al mono.

—Parece que está un poco mejor. Claro, como ha comido...

—¿Y qué comen los monos? —le pregunté interesada porque el animal me llamaba mucho la atención.

—Pues de todo, como las personas.

—¿Cuánto recogiste anoche?

—Vaya, lo de siempre, unas moneditas.

—¿Y la que echa las cartas?

—Ésa se queda aquí. No la quiero llevar más porque vamos para el invierno y, cuando el frío apriete, se me va a quedar en el camino. Bueno, ¿y qué has pensado? ¿Te vienes conmigo, morita? Oye, que no me has dicho cómo te llamas.

—Aisa —contesté—, y pensándolo bien me voy contigo. Pero eso sí, cuando llegemos al sur, me separo.

No creo que lo había pensado bien. Simplemente las palabras salieron así, y también cuando le dije a Solimán que estaría de vuelta a la madrugada del día siguiente.

Montada en el carromato de Solimán dejé a Tamarit para siempre. La visión que había estado esperando se presentó entonces. Miraba el cielo, había muchos cuervos dando vueltas a los sembrados y vi cómo infinidad de pájaros diminutos se posaban en mis manos, componían una nube que me rodeaba y me ensordecía. No supe entonces entender su significado y pensé que el tiempo me lo daría.

Nuestra representación siempre seguía el mismo orden. Primero salían los dos hombres que recitaban los romances, uno los cantaba y el otro le daba a la pandereta. Luego venía yo con el laúd y por último el número principal, que era Solimán con el tragafuegos. En las acampadas comencé a enseñarle al mono para que bailara mientras yo tocaba, y poco a poco logré que el animalito hiciera algunos movimientos que remedaban una danza, recompensándolo con algo de comer, pero el número no divertía mucho a los espectadores porque el mono, a los pocos pasos, se volvía al carromato, y nos abucheaban y hasta se retiraban de la función gritando que los habíamos engañado porque Solimán, al principio, anunciaba al mono que baila. Decidimos que el número del mono no iba bien y que sería mejor darle más bombo a mi parte, y que en vez de tocar yo el laúd lo hiciera uno de los juglares y que yo bailara la danza de los siete velos. Más de una vez tuvimos que salir del pueblo escondidos porque alguien había dado aviso de que los juglares estaban invitando al pecado.

En tanto tiempo Solimán nunca me había buscado para que estuviera con él. Al principio eso me había sorprendido, no deseaba hacerlo pero me extrañaba que a él tampoco. Mi curiosidad se resolvió una noche en que el cansancio no me dejaba dormir y me revolcaba insomne en las mantas sobre las que dormía en el carromato al lado del mono. Solimán dormía en frente de mí y los dos hombres debajo del carro, pues este era pequeño y no cabíamos todos adentro. Cuando el frío era muy intenso nos turnábamos, pero casi siempre Solimán me daba a mí la preferencia. Esa noche en que no lograba dormir, un ruido debajo de mí me llamó la atención y agucé el oído. Eran Solimán y uno de los juglares. Comprendí por qué yo no había despertado su interés y me pareció bien. Moverme en la anchura de aquellos campos me había conferido una sensación de poseerme a mí misma, no ser la favorita de nadie daba mayor extensión a aquella nueva condición. Sin embargo, la visión de la nube de pájaros rodeándome se repitió insistentemente, sin que yo pudiera hacer nada por apartarla de mí, y comprendí que aquel sentimiento de libertad estaba por terminar.

Llegamos a una gran ciudad, a cuyas afueras acampamos. Solimán me había hablado mucho de ella, mareándome con las maravillas que allí nos esperaban y la fortuna que lograríamos atesorar antes de partir hacia las montañas que nos separaban del sur. Estaríamos en la ciudad hasta que pasara el invierno y en los primeros avisos de la primavera llegaríamos a sus faldas.

A los pocos días de haber dado nuestro espectáculo de siempre, Solimán tenía novedades en cuanto a mi participación.

—Esto de que bailes con el laúd no les hace gracia —me dijo—, hay que cambiar el numerito.

—Si quieres vuelvo a intentar que baile el mono —le contesté muy desprevenida.

—Yo he pensado en otra cosa. Vamos a ir a medias.

Yo no ganaba dinero con él, recibía a cambio la comida que compartíamos entre los cuatro, un hueco y una manta para dormir en el carromato, y a veces, pero muy de vez en cuando, unas monedas que me daba para que comprara alguna ropa. Tampoco me había hecho falta tener más y mi único propósito era estar con ellos hasta que

llegáramos a Granada, donde yo pensaba independizarme y vivir en mi comunidad. La proposición de Solimán me tomaba, pues, por sorpresa.

—¿Y cómo será eso? ¿En qué vamos a ir a medias?

—Pues en lo que vas a estar mejor empleada.

—¿Y en qué será?

—En lo que les gusta a los hombres.

Lo dejé hablando solo y me metí en el carromato. Nunca antes me habían ofendido de esa manera. Él me siguió y de un salto se montó y se agachó al lado mío. Buscó en un cofre en el que guardaba sus cosas y sacó un espejo. Me lo puso delante y yo me vi por primera vez después del incendio. Supongo que mi gesto habló por mí.

—¿A que no te habías visto la cara? Eres más fea que el mono —dijo riéndose—. De culo, bien, pero de cara, hay que ver cómo te dejaron esos señores.

Estuve vagando por la ciudad, sintiendo que Solimán tenía contra mí una verdad brutal y que contra aquella arma era poco lo que yo podía hacer. Volví al anochecer y lo encontré furioso, maldiciendo y preguntando por mí, pues había pasado la hora de la función sin que yo hubiese aparecido.

—Eso para que veas —le dije— que soy un ser libre.

—Eres libre, libre de estar con las ratas. ¿Qué andabas haciendo? ¿Buscabas marido? Con el asco que da verte no vas a encontrar quien te quiera tener en su casa todos los días. Convéncete, Aisa, tú tendrás que estar con los hombres, pero poco tiempo, lo que dure el dinero que paguen por ti, y en ese oficio más vale que tengas quien te proteja, porque esas mujeres son carne de pudridero.

—¿Y qué pasa si no quiero?

—Pues nada, que te vas por donde viniste, porque con nosotros tienes poco qué hacer. Por tu número dan pocas monedas, y en cambio yo tengo que darte comida y manta. Tú acuérdate de la vieja que dejé en Tamarit.

Después de la danza de los siete velos, Solimán daba a entender a la concurrencia que el que quisiera verme a solas no tenía más que decirlo y pagarle lo establecido, y muy fiel a su promesa empezó a darme una quinta parte de lo que recaudaba.

—Yo soy hombre de palabra —me dijo la primera vez que me pagó.

¿Para eso había sido educada como favorita? ¿Para que aquellos sucios, no muy distintos a los animales que cuidaban, entraran en mi cuerpo? ¿A qué entraban? A nada. Incapaces de comprender la menor sutileza del amor, entraban a dejar en mí el líquido que les sobraba. Sus manos toscas tocando mi cuerpo eran como pezuñas que se arrimaran a un árbol para quitarse el barro. Sus miembros erectos, que después sacudían flácidos, eran un apéndice que la naturaleza les había dado y que ellos eran incapaces de poner al servicio de la más delicada escena que puede ejecutarse. Lloraba mientras los sentía hurgar en mí, porque insistentemente venía a mi recuerdo la imagen de Al-Munim y el fresco olor de sus vestidos. La sonoridad de sus manos acariciando mi cuerpo de niña me hería en la distancia del recuerdo y pensaba que aquella inauguración no merecía este final al que mi destino me había traído. Los dejaba hacer y esperaba que uno tras otro salieran del carromato, pues en él tenía lugar el encuentro, y a veces ni me importaba pensar en que cualquier día una enfermedad acabaría conmigo. Sentí que si la destrucción me llegaba por medio de alguno de aquellos que escupían dentro de mí, esa sería, al fin y al cabo, la única manera de terminar con aquella indignidad a la que me había sometido Solimán.

Ciertamente, su presencia vigilando la entrada y salida de los hombres al carromato, no estaba de más porque algunos estaban borrachos, otros creían que yo era

una burra que podían llevarse a cuestas cuando terminaran conmigo, y tampoco faltaban las cuchilladas entre los que esperaban y se quejaban del frío mientras hacían turno. Solimán era un buen guardián y no permitía que ninguno se sobrepasara, ni que me pegaran tampoco y menos que se fueran sin pagar, y si había alguno que por el vino se enloquecía lo sacaba a palos y llamaba a los otros dos hombres para que la fiesta terminara en paz.

—¿Ves, morita, que te hago falta? —me decía—. Los hombres son muy brutos y el olor de las hembras los saca de quicio.

—Si lo sabrás tú... —le contesté. Y me dio un bofetón que me sacó sangre.

—Me tienes como un animal —le dije una vez llorando, pero a él no le importó mi queja.

Comprendí entonces lo que era no tener nombre, ni voz, ni voluntad. Ser un pasto que otro come, ser un pedazo de carne que otro usa para limpiarse. Ninguno me miró a la cara mientras me montaba, ninguno me habló y yo tampoco dije nunca una sola palabra en su presencia. Nunca permití que ninguno metiera su lengua en mis labios. Mi pueblo acostumbra a dar a los niños dos nombres, uno para que todos lo conozcan, y otro para sí mismo, para que guarde en su secreto algo irrefutable. En mi absoluto silencio yo guardé el despojo de lo que aún quedaba de mí, y en él iba todo mi desprecio. Pero aún me quedaba un escalón de la humillación al que no había descendido. Era posible, y yo tenía que llegar a saberlo, convertirse en carne para la risa.

Faltaba ya poco para que terminara el invierno y la codicia de Solimán no se contentaba con lo que habíamos ganado. Desde que me explotaba, tanto él como los dos bujarrones habían dejado de trabajar. Vivían los tres a costa mía, porque ya ni recitaban romances ni tocaban la pandereta, y, en cuanto a Solimán, decía que el asunto del tragafuegos le había roto la garganta y que ya no quería hacerlo más. Estaba cada vez más ronco y había veces en que no tenía voz ni para llamar a los que vendrían aquella tarde al carromato. Faltaba dinero para comprar los víveres necesarios para el paso de las montañas y ya tenía ganas de irse de aquella ciudad, así que se le ocurrió una manera de doblar las ganancias. Me dijo que volvíamos a la representación, y que, antes de que pasaran los hombres al carromato, yo haría otra vez el numerito del mono.

Me pareció imposible porque el mono nunca había bailado, y enseñarle ahora, después que tenía meses sin intentarlo, no daría resultado. Además el animal vivía en un estado de pánico. La gente alrededor del carro lo asustaba y había que tenerlo atado siempre a una rueda para que no se escapara porque todos sus movimientos indicaban esa intención. Así se lo dije a Solimán, que volver a lo del mono no iba a traer más dinero y, en cambio, podía ser que le diera por morder a alguien y nos viéramos nosotros perseguidos.

—Yo creo que al mono le va a gustar lo que se me ha ocurrido —y no volvió a hablar más del asunto hasta la noche.

Entonces, cuando ya estaba la fila de hombres esperando que se descorriera la manta que tapaba la entrada del carromato, le escuché, desde adentro, el anuncio de lo que se le había ocurrido, no sé si a él o a alguno de los otros dos. Un coro de risas me impedía oírle con claridad. Escuchaba algo, y luego más risas. De pronto descorrió la manta y quedé frente al público. Desconcertada no hallaba qué hacer hasta que el mono cayó encima de mí, empujado por su dueño. Solimán comenzó a darme las órdenes y estas fueron que me desnudara. El mono se quedó mirándome fijamente y se rascaba una oreja. Solimán me hizo acostarme boca arriba, y tomarlo con las manos, acuclillarlo sobre mí. Yo obedecí y el mono también. El miembro se le extendió y se le puso rojo. Los espectadores comenzaron a dar voces y a gritar palabras que casi no entendía,

porque la furia que me invadía me hacía estallar la cabeza. Escucho aún sus carcajadas y algunas de sus palabras, pero escribirlas es demasiado hiriente. El mono se aferró a mis rodillas y, desenfrenado, agitó contra ellas su miembro hasta que se desahogó. Sentí durante aquella escena que Solimán había logrado convertirme en lo que había dicho, en un despojo, y que recuperar dentro de mí la solidez de un ser humano tomaría mucho tiempo.

Cuando los espectadores se fueron, yo me tapé con una manta y me tiré en el interior del carro. Solimán se acercó a mí y me habló con un cierto tono de arrepentimiento.

—Ya no haremos esto más, morita. Hemos ganado mucho dinero y será suficiente. Ya sé que te he obligado a esta porquería, y me duele, no creas, me duele, porque tú y yo hemos sido buenos socios. Oye, cuando lleguemos a Granada, a lo mejor, nos retiramos de cómicos, ¿qué te parece? Allí hay buen comercio. Ponemos un bazar y vendemos algo. Oye, me parece que no has comido nada, y con el frío que hace, te voy a traer algo.

Volvió con unos pedazos de tocino y un porrón de vino, y los dejó al lado mío. Me hice la dormida, porque no tenía la fuerza de matarlo como hice con Tadeo, y salir corriendo del carromato, bajo la helada que cayó aquella noche, y en el estado de debilidad en que me encontraba, hubiera sido matarme a mí. A la mañana siguiente, antes de que los hombres se despertaran, vacié mi odio sobre quien menos lo merecía. Con el mismo cuchillo con que Solimán me partió unos pedazos de tocino, le rebané el pescuezo. Pensé que aquello le provocaría quebrarme a palos y sentí que si yo no era capaz de matarme a mí misma estaba bien que otro lo hiciera. Pero no fue así. Apartó el cuerpo del mono con el pie y dijo:

—Una boca menos.

Pocos días después emprendimos la subida de la montaña y no volvimos a hablar de aquellos episodios. Solimán parecía estar bastante enfermo y pasaba las noches sin dormir, ahogado en tos. Llegamos a Granada él y yo solamente. Los otros dos se escaparon una noche llevándose todo el dinero.

Para sobrevivir tuvimos que recurrir a pedir limosna. Ninguno de los dos nos encontrábamos en condiciones de ejecutar algún acto del repertorio y afortunadamente un clima más benigno nos permitió subsistir durmiendo en la intemperie y comiendo de la generosidad de otros, pero aquella situación era insostenible y además el estado de salud de Solimán no dejaba de empeorar. Comenzó a escupir sangre y pasaba a veces tanto tiempo asfixiado en la tos que parecía que allí mismo moriría. Pensé entonces en una solución, antes de que ambos muriéramos, y que vino a ser para mí la salvación.

—Véndeme —le propuse un día—, ya los dos juntos no podemos más y nos vamos a caer muertos en la primera esquina.

No sé si a él se le había ocurrido antes pero lo aceptó de inmediato. Nos dirigimos al zoco y Solimán, con lo poco que le quedaba de voz, comenzó a anunciarme. Los paseantes se detenían, miraban mi rostro deformado, mi cuerpo quebrantado por la delgadez y el estado de agotamiento en que me tenía el hambre, y pasaban de largo. Algunos, incluso, me abrían la boca para examinarme los dientes.

Hubo uno que estuvo a punto de cerrar el trato, pero después de escudriñarme bien, se arrepintió.

—Es muy vieja —dijo.

Verdaderamente mi aspecto era tan enfermizo que pasaba por tener unos cuarenta años.

Una mujer estuvo también cerca de llevarme porque le hacía falta una criada y no tenía mucha fortuna para pagar una joven, pero me obligó a quitarme el manto que me cubría los hombros, y mis brazos flacos y flácidos la desanimaron.

—Esta no tiene fuerzas para nada, y tendré que darle bien de comer antes de que sirva para algo.

Así estuvimos un día y otro, tratando de que alguien me comprara para que Solimán recibiera algún dinero y yo tuviera un dueño que siquiera me alimentara, pero no lo lográbamos.

—¿Ves lo que te dije? Eres carne de pudridero, no hay quien te lleve, ni regalada.

Pero yo estaba segura de que alguien aparecería. Había tenido una visión distinta a las anteriores. Era más bien un sueño en el que yo me veía a mí misma niña, jugando en los patios de la casa de las mujeres del palacio de mi padre, y aquello me parecía de buen agüero. Un trozo de felicidad parecía escaparse de alguna parte.

—Hay que tener paciencia —le decía—, y mientras tanto no te quejes porque he recogido limosna y hoy tendremos con qué comer.

En los meses que transcurrieron, Solimán estaba tan avejentado que en nada recordaba al que yo había conocido en Tamarit tiempo atrás. Casi no podía ponerse en pie y alguno se apiadó de nosotros y nos dio un pequeño rincón en una tienda para que durmiera allí mientras yo salía a mendigar por la ciudad. Había llegado el verano y el calor lo reanimó un poco, parecía que la tos se le hubiera mejorado y llegó también el que habría de ser mi dueño.

Era un viejo árabe, y desde luego no demasiado rico, pues si no, no se hubiera fijado en mí. Me acordé de cuando era niña y discutía con Fátima acerca de cuán bello o poderoso sería el marido que nos tocaría en suerte. Ella había muerto a los dieciséis años y yo me encontraba ahora intentando desesperadamente convencer a aquel anciano de que comprarme sería una bendición para sus últimos años. Y lo creyó. Cuando pasó delante de nosotros y escuchó la voz de Solimán ofreciéndome en venta, se detuvo. Me miró, preguntó qué edad tenía, por qué tenía la cara tan fea y por qué estaba tan flaca. Luego sacó unas monedas, no supe cuántas valía yo, pero a Solimán le parecieron suficientes. Cerraron el trato y a los pocos minutos yo eché a andar detrás de él. Volví la cara para ver si Solimán se despedía de mí pero no lo hizo. Estaba agachado contando una y otra vez el dinero.

Viví con él hasta su muerte, ocurrida unos pocos años después. Era un hombre algo irascible y muy terco, pero no era malo y creo que me tomó cariño. Mi única obligación era cuidar en todo de él, prepararle la comida y aplastársela bien para que pudiera tragarla porque le quedaban pocos dientes. Ayudarlo a bañar porque era muy limpio y además cumplía con todas las abluciones, por lo que se nos iba gran parte del día en aquello. Traerle té o cualquier otra infusión y a veces leerle algún verso del Corán porque ya había perdido mucho la visión. Todo eso yo podía hacerlo sin dificultad y debo decir que hasta lo cumplí con afecto. Aquel hombre me necesitaba y entraba en grandes angustias cuando comenzaba a llamarme a gritos y yo no acudía. Ya al final la cabeza no le regía, me confundía con otras personas y me llamaba por otros nombres, supongo que el de una hija o alguna de sus mujeres. Se le caía la baba y tenía que estar todo el tiempo a su lado, limpiándolo incesantemente porque también se hacía sus necesidades encima. Pero en verdad no me era tan desagradable. Cuando envejeció tanto que ni siquiera de su nombre parecía ya acordarse, dejó de pedirme que le acariciara el miembro. Parecía un dedito largo y flaco, pero él disfrutaba cuando yo se lo acariciaba, era como un cosquilleo que le hacía decir:

—Otra vez, otra vez, que me gusta mucho.

Creo que alguna vez llegué a sentir ternura de su placer. No distaba mucho de un niño, y su mueca de contento cuando sentía mis dedos estirándole el sexo me hacía sonreír. Por otra parte, cuando se quedaba dormido me podía llegar hasta el mar y quedarme allí, a solas, sin que nadie me molestara. Era una pequeña aldea de la costa, habitada por gente de mi pueblo, todos los vecinos me conocían y me trataban con respeto. Cuando él murió, me dejó su casa, y yo pude sostenerme del oficio de alfarera que me enseñaron las mujeres del pueblo.

Vienen ahora muchas jóvenes a aprender conmigo el trabajo del barro. Las niñas son curiosas, yo también lo fui, y a veces me piden que les cuente mi historia, pues todos saben que no nací aquí, y aunque de mi llegada han pasado muchos años es un pueblo tan apartado y solitario que el ser forastera sigue llamando la atención. Yo les gasto bromas y a veces mezclo la verdad con ellas. Una vez les dije que era la hija de un valí y les causó mucha gracia. Ninguna lo creyó pero les gustó la historia y me pidieron que la continuara. Les narré cómo había transcurrido mi infancia en el palacio de mi padre y todas pensaron que yo tenía una gran imaginación. A veces yo también lo pienso. No sólo el paso del tiempo sino las circunstancias sobrevenidas en ella, me hacen pensar que me invento mi vida. Mirándola en la lejanía, la verdad y la ficción se me confunden y no logro levantar totalmente el velo que las separa. Me confundo, pues, sin saber si lo que escribo es una fabulación o un recuento que extraigo de mi memoria.

Perdida en la distancia de lo que fueron mis deseos, me llegan también estrofas de los poemas que aprendí. Dicen que los viejos recuerdan mejor el pasado que el presente y lo creo cierto pues las muchachas se burlan porque se me olvida dónde he puesto los utensilios para tornear, y en cambio, a veces les recito versos que ellas, que nunca han ido a la escuela, escuchan con gran atención:

*Obrad como si no os hubiera conocido nunca,
que yo también obraré como si no me hubieseis conocido
ni amado.
Siendo como soy el eco, que responde a lo que se le diga,
si queréis hoy algo, pensadlo bien antes.*

—¿Quién es ese poeta? —me preguntó una de ellas.

—Es un gran poeta de nuestro pueblo. Su nombre es Ibn Hazam —le expliqué.

—Nunca lo había escuchado mencionar —contestó ella en su ignorancia.

Me pidieron que les recitara más estrofas, pero el resto del poema lo he olvidado. En verdad, todo es ya un gran olvido de mí misma y me pregunto para qué aprendí todo cuanto llegué a saber en mi destino de favorita del Señor. De los otros he sido el eco de su goce, y cuando las muchachas de la alfarería me preguntan para qué escribo continuamente, si ya pronto voy a morir y nadie en esta aldea puede leer, les digo:

—Para saber que yo soy Aisa-Umm-al-Hakam, hija del valí Al-Munim-Umm-al-Hakam, y que ésta ha sido mi vida.